

GANADOR DEL CILIP CARNEGIE MEDAL 2014

DIARIO DEL
BÚNKER
KEVIN BROOKS

«PENSÉ QUE
ERA CIEGO.
FUE ASÍ COMO
ME ENGAÑÓ»



Lectulandia

Linus, un joven de dieciséis años, se despierta atontado en un búnker. Lo han secuestrado. No entiende por qué. Nadie se comunica con él. Su único contacto con el exterior es un ascensor que baja cada mañana con provisiones. Días más tarde en el ascensor aparecen otras personas a las que también han secuestrado.

No tienen nada en común entre ellos. ¿Qué quiere el secuestrador?

Lectulandia

Kevin Brooks

Diario del bunker

ePub r1.0

Titivillus 30.04.16

Kevin Brooks, 2013

Traducción: Joan Josep Mussarra Roca

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ePubLibre



Edición conmemorativa
Tercer aniversario

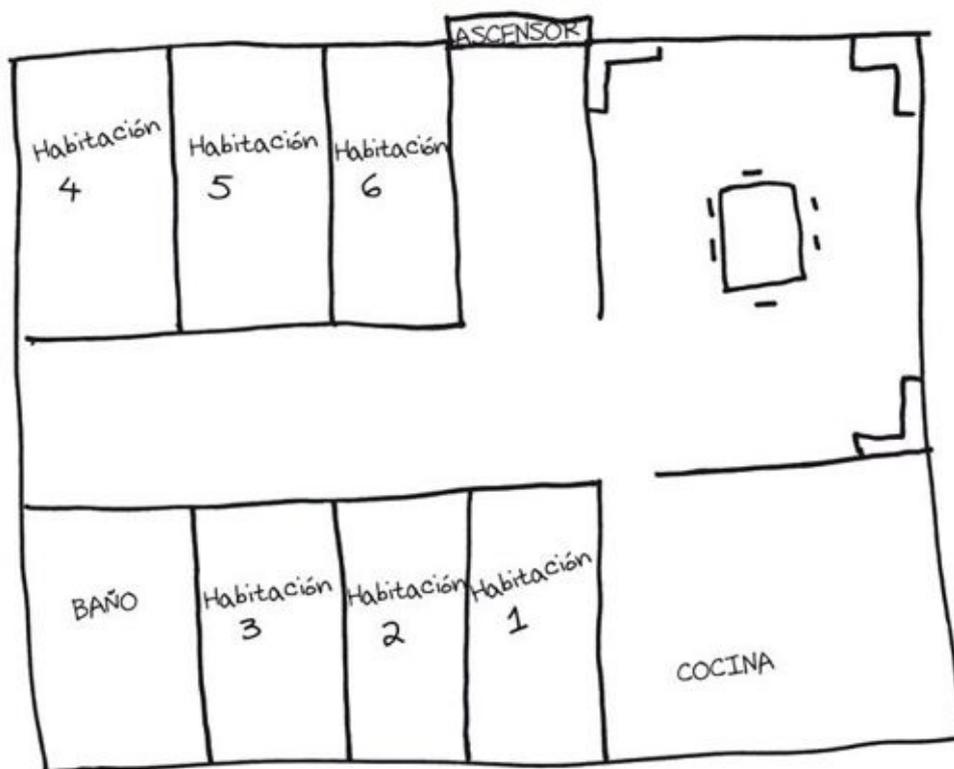
Lunes, 30 de enero

10.00 de la mañana.

Esto es todo lo que sé. Que estoy en una vivienda de techo bajo, rectangular, toda ella de hormigón encalado. Debe de medir unos doce metros de ancho y dieciocho de largo. Un pasillo la divide en dos, y de la mitad de este sale un segundo pasillo que termina en un ascensor. A lo largo del pasillo principal hay seis habitaciones, tres a cada lado. Todas tienen el mismo tamaño, tres metros por cinco, y en todas ellas hay una cama de armazón de hierro, una silla de respaldo rígido y un pequeño armario. A un extremo del pasillo hay un baño, y en el otro una cocina. Al lado de la cocina hay una sala más grande, y en el centro de esta una mesa de madera rectangular y seis sillas también de madera. En cada una de las esquinas de esa sala hay un banco en forma de L.

No hay ventanas. Ni puertas. Solo se puede entrar y salir en ascensor.

El plano de este lugar vendría a ser así:



En el baño hay una bañera de acero, un lavamanos también de acero y una taza de váter. No hay espejo, ni armario, ni accesorios. En la cocina hay un fregadero, una mesa, varias sillas, un fogón eléctrico, una nevera pequeña y un armario empotrado en la pared. El armario contiene una palangana de plástico, seis platos de plástico,

seis vasos de plástico, seis tazas de plástico, seis juegos de cubiertos de plástico.

¿Por qué seis?

No lo sé.

Aquí no hay nadie más que yo.

Tengo la sensación de hallarme bajo tierra. La atmósfera de este lugar es pesada, compacta, húmeda. No es húmeda, pero se siente húmeda. Y huele a casa vieja, pero nueva. Como si se hubiera construido hace tiempo pero no se hubiera utilizado nunca.

No hay interruptores para la luz.

Hay un reloj en la pared del corredor.

Las luces se encienden a las ocho de la mañana y se apagan de nuevo por la noche.

Se oye un murmullo sordo por las paredes.

00.15

No hay ningún movimiento.

El tiempo pasa con lentitud.

Pensé que era ciego. Fue así como me engañó. Aún no me puedo creer que cayera en la trampa. Una y otra vez revivo mentalmente todo lo que ocurrió con la esperanza de poder cambiar algo, pero el desenlace siempre es el mismo.

Era un domingo a primera hora de la mañana. Ayer por la mañana. Yo no hacía nada fuera de lo normal, solo daba vueltas por la explanada que está frente a la estación de ferrocarriles de Liverpool Street y me esforzaba por no pasar frío. Buscaba despojos del sábado por la noche. Iba con las manos en los bolsillos, la guitarra colgada a la espalda y los ojos mirando al suelo. La mañana del domingo es un buen momento para encontrar material. Mucha gente se emborracha el sábado por la noche. Tienen que correr para no perder el último tren. Se les cae de todo. Dinero, tarjetas, sombreros, guantes, cigarrillos. El personal de limpieza se lleva casi todo lo que pueda tener algún valor, pero a veces se les escapa algo. Una vez encontré un Rolex falso. Lo vendí por un billete de diez. Así que siempre merece la pena echar una ojeada. Pero la mañana de ayer tan solo encontré un paraguas roto y un paquete de Marlboro medio vacío. Dejé el paraguas, pero me llevé los cigarrillos. No fumo, pero siempre viene bien tener cigarrillos.

Y el caso es que estaba allí e iba de un lado para otro, a mi bola, y entonces vi que dos trabajadores de la estación salían por una puerta lateral y se me acercaban. Uno de ellos era un tío legal, un joven negro llamado Buddy que normalmente no me complica la vida, pero al otro no lo conocía de nada. Era un tío corpulento, con gorra de visera y punteras de acero en las botas, y tenía pinta de querer buscarme

problemas. Seguramente no era esa su intención, y de todos modos no creo que me hubieran hecho nada, pero siempre es mejor no correr riesgos, así que bajé la cabeza, me cubrí con la capucha y me marché hacia la parada de taxis.

Y fue entonces cuando lo vi. Al ciego. Impermeable, sombrero, gafas de sol, bastón blanco. Estaba de pie tras una camioneta de color oscuro. Creo que era una Transit. Las puertas estaban abiertas y había una maleta de aspecto pesado en el suelo. El ciego pugnaba por meter la maleta en la parte de atrás del vehículo. No lo conseguía. Le pasaba algo en el brazo. Lo llevaba en cabestrillo.

Debía de ser muy temprano y la estación estaba desierta. Oí que los dos empleados sacaban sus manojos de llaves y se reían de algo, y por el golpeteo de las punteras de metal del tío corpulento noté que se alejaban de mí, en dirección a la escalera mecánica por la que se sube al McDonald's. Esperé un rato para estar seguro de que no regresaban y volví a prestar atención al ciego. Aparte de la camioneta Transit, la parada de taxis estaba vacía. Ni esos taxis de color negro ni nadie que esperase. Solo estábamos el ciego y yo. Un ciego con el brazo en cabestrillo.

Tuve un momento de duda.

Me dije: «Podrías marcharte, si así lo quieres. No tienes por qué ayudarlo. Podrías alejarte sin hacer ruido. Está ciego, no se va a enterar, ¿verdad que no?».

Pero no me alejé.

Soy buen muchacho.

Tosí para que se diera cuenta de mi presencia, y luego me acerqué y le pregunté si necesitaba ayuda. Él no me miró. Mantuvo la cabeza gacha. Y eso me pareció raro. Pero entonces pensé: «¿Y si es lo normal entre los ciegos? ¿Para qué van a mirar a alguien si de todos modos no pueden verlo?».

—Es por culpa de este brazo —murmuró, y señaló al cabestrillo—. No consigo levantar la maleta.

Me agaché y la agarré. No era tan pesada como me había parecido.

—¿Dónde quiere que la coloque? —le pregunté.

—En la parte de atrás —me dijo—. Gracias.

No había nadie más en la camioneta, no había nadie al volante. Me pareció muy extraño. En la parte de atrás de la camioneta apenas había nada, tan solo unos pocos tramos de cuerda, varias bolsas de la compra y una sábana vieja y cubierta de polvo.

El ciego dijo:

—¿Podrías dejar la maleta en los asientos de delante? Así luego me sería más fácil sacarla.

Empecé a sentirme algo incómodo. Allí había algo que no encajaba. ¿Qué hacía ese tío en aquel lugar? ¿Adónde iba? ¿De dónde había venido? ¿Por qué estaba solo? ¿Cómo diablos iba a poder conducir? Un ciego con el brazo roto...

—¿Serías tan amable? —insistió.

«¿Y si resulta que no está ciego del todo? —pensé—. Quizá la visión que tiene es suficiente para conducir. ¿O será uno de esos que se hacen pasar por inválidos para

que les concedan aparcamiento gratuito en zonas de estacionamiento limitado?».

—Por favor —decía—, tengo prisa.

Acallé mis propias dudas y entré en la camioneta. ¿Qué me importaba el que estuviera ciego o no? Solo tenía que colocarle la maleta dentro del vehículo y marcharme. Ir a buscar un lugar donde no hiciera frío. Esperar a que empezase el día para dedicarme a mis asuntos. Ver a quién encontraba... Sinoreja, Bob *el Mono*, Windsor Jack. Enterarme de lo que se cocía por ahí.

Cuando me acercaba a los asientos delanteros, sentí una sacudida, y me di cuenta de que el ciego había subido también a la camioneta.

—Te voy a enseñar dónde tienes que ponerla —dijo.

Comprendí que se trataba de una trampa, pero ya era demasiado tarde, y en el mismo instante en que me di la vuelta para encararme con él, me agarró por la cabeza y me puso un trapo húmedo sobre el rostro. Sentí que me ahogaba. Me entraba un producto químico por la nariz... cloroformo, éter... a saber. No podía respirar. No me llegaba el aire. Los pulmones me ardían. Pensé que iba a morir. Forcejeé, traté de pegarle con los codos y las piernas, le di patadas, golpeé el suelo con los pies, sacudí la cabeza como un loco, pero no me sirvió de nada. Era fuerte, mucho más fuerte de lo que parecía. Sus manos me agarraron por el cráneo como unas tenazas. Al cabo de unos segundos empecé a sentir como un aturdimiento, y luego...

Nada.

Debí de quedarme inconsciente.

Mi siguiente recuerdo es que estaba sentado en una silla de ruedas dentro de una caja grande de metal. Sentía la cabeza reblandecida y estaba despierto tan solo a medias, y por un instante o dos llegué a pensar seriamente que había muerto. Lo único que veía enfrente de mí era un túnel de luz blanca y desagradable. Pensé que debía de ser el túnel de la muerte. Pensé que me habían metido dentro de un ataúd de metal.

Cuando por fin entendí que no había muerto, que no estaba dentro de un ataúd, que la gran caja de metal no era más que una cabina de ascensor, y que la puerta estaba abierta, y que el túnel de la muerte no era más que un pasillo de paredes blancas, sentí tal alivio que por unos segundos me vinieron ganas de reír.

No duraron mucho.

Me puse en pie y anduve a tumbos por el corredor, y no estoy seguro de lo que ocurrió luego. Puede que volviera a desmayarme, no lo sé. Lo único que recuerdo es que la puerta del ascensor se cerró a mi espalda y el ascensor subió.

No creo que fuera muy lejos.

Oí cómo se paraba... *ding-ding*.

Eran las nueve de la noche. Todavía me encontraba mal, y estaba aturdido, y una y otra vez eructaba y sentía en la boca un asqueroso sabor a producto químico y a gas. Tenía un miedo de muerte. Estaba aterrorizado. Tembloroso. Totalmente confuso. No sabía qué hacer.

Entré en una de las habitaciones y me senté en la cama.

Tres horas más tarde, a las doce en punto, las luces se apagaron.

Me quedé sentado durante un rato en una oscuridad pétrea, siempre con el oído atento por si el ascensor bajaba de nuevo. No sé qué esperaba, tal vez un milagro, o quizá una pesadilla. Pero no sucedió nada. Ni ascensor, ni pisadas. Ni la caballería, ni los monstruos.

Nada.

La casa estaba tan muerta como un cementerio.

Pensé que tal vez el ciego estuviera esperando a que me durmiese, pero no iba a dormir. Estaba bien despierto. Y mis ojos no se cerraban.

Pero me imagino que debía de estar más cansado de lo que yo mismo pensaba. O eso, o aún estaba bajo los efectos de la sustancia con la que me habían drogado. Probablemente fueran ambas cosas a la vez.

No sé qué hora podía ser cuando finalmente me dormí.

Esta mañana, al despertar, aún estaba a oscuras. No he tenido esa sensación de «¿dónde estoy?» que dicen que te asalta cuando despiertas en un lugar desconocido. En el mismo momento de abrir los ojos ya sabía dónde estaba. Por supuesto que aún no sabía dónde estaba, pero sí sabía que era la misma oscuridad ignota con la que me había ido a dormir. He vuelto a sentir el olor a subterráneo en el aire.

La habitación sigue envuelta en la más absoluta negrura. No hay luz. No se ve nada.

Me dirigí a tientas hasta la puerta y salí al pasillo, pero mi situación no mejoró. Estaba oscuro como el infierno. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados. No veía nada. No sabía qué hora era. No veía el reloj. Ni siquiera era capaz de imaginarme qué hora podía ser. Ni ventanas, ni vistas, ni cielo, ni sonidos. Tan solo una oscuridad impenetrable y el rumor sordo en las paredes que me enervaba.

Me sentía como si no fuera nada. Como si existiera en la nada.

Negrura en todas direcciones.

Tocaba las paredes y daba golpecitos en el suelo con el pie para tratar de convencerme de que yo mismo existía.

Tenía que ir al baño.

Estaba a la mitad del corredor, con las manos en las paredes para no perderme, cuando de pronto se han encendido las luces. ¡Plam! Un estallido silencioso y todo el lugar ha quedado iluminado por un resplandor blanco y aséptico. Estaba muerto de miedo. No he podido moverme durante unos cinco minutos. Me he quedado allí, de

pie, con la espalda contra la pared, luchando por no mearme en los pantalones.

El reloj de la pared hacía tictac.

Tictac, tictac.

Y mis ojos se han sentido atraídos por él. Me ha parecido que era muy importante saber qué hora era, ver algún movimiento. A eso sí podría encontrarle algún significado. Me imagino que buscaba una señal de vida. Algo con lo que pudiera contar.

Eran las ocho y cinco.

He ido al baño.

A las nueve, el ascensor ha vuelto a bajar.

Era un momento en el que buscaba por la cocina. Trataba de encontrar algo que me sirviera como arma, un objeto afilado, o de gran peso, o afilado y de gran peso. No he tenido suerte. Todo lo que había estaba atornillado a la pared, o soldado, o era de plástico. He mirado dentro de la cocina por si podía arrancar algún trozo de metal, o algo, y entonces he oído que el ascensor subía de nuevo. Zuummmm, un zumbido fuerte, un pesado clunc, un brusco clic...

Y entonces el sonido del ascensor que bajaba... Ssshhh...

He agarrado un tenedor de plástico y he salido al pasillo. La puerta del ascensor estaba cerrada, pero he oído bajar la cabina... Ssshhh...

He puesto el cuerpo en tensión. He sujetado con fuerza el tenedor de plástico. Yo mismo lo encontraba patético, inútil. El ascensor se ha detenido. Ding. He roto el mango del tenedor y he palpado la arista con el dedo pulgar, y he mirado mientras la puerta se abría... chssss.

Nada.

Estaba vacío.

De niño, había tenido un sueño recurrente sobre un ascensor. El sueño tenía lugar en un gran bloque en medio de una ciudad, junto a una rotonda. No sé qué tipo de edificio era. Un bloque de apartamentos, un edificio de oficinas, algo así. Tampoco sabía qué ciudad podía ser. Desde luego no era la mía. Era una población grande, tirando a gris, con un gran número de edificios altos y calles anchas y grises. Un poco como Londres. Pero no era Londres. No era más que una ciudad. Una ciudad soñada.

En el sueño, entraba en el edificio y esperaba el ascensor, miraba las lucecitas, y al llegar la cabina entraba dentro, la puerta se cerraba y, de pronto, me daba cuenta de que no sabía adónde iba. No sabía a qué piso quería ir. Qué botón había de pulsar. No sabía nada. El ascensor empezaba a subir, se movía, y entonces, como cada vez que se repetía el sueño, me asaltaba el pánico. ¿Adónde iba? ¿Qué era lo que iba a hacer? ¿Tenía que pulsar un botón? ¿Tenía que gritar pidiendo ayuda?

No recuerdo nada más.

Esta mañana, al bajar el ascensor y abrirse la puerta, me he mantenido a distancia durante un rato, me he quedado lejos de la puerta, con los ojos clavados en ella. No sé qué esperaba. Me imagino que tan solo quería ver si sucedía algo. Pero no ha sucedido nada. Al final, más o menos al cabo de unos minutos, me he acercado con mucha precaución y he mirado dentro. No he entrado, tan solo me he quedado frente a la puerta abierta y he mirado al interior. No había mucho que ver. La cabina no tenía controles. Ni botones, ni luces. Ni trampilla en el techo. Nada, salvo un portafolletos de plexiglás sujeto con tornillos en la pared del fondo. Plexiglás transparente, tamaño A4. Vacío.

Hay otro portafolletos igual que ese en la pared del pasillo, al lado del ascensor. Este está lleno de hojas blancas de papel A4, y a su lado hay un bolígrafo sujeto a la pared con un clip.

???

Debe de faltar poco para la medianoche. Llevo casi cuarenta horas en este lugar. ¿Lo he calculado bien? Sí, creo que sí. En cualquier caso, llevo mucho rato aquí y no ha ocurrido nada. Todavía estoy aquí. Todavía estoy vivo. Todavía contemplo las paredes. Escribo estas palabras. Pienso.

Me han pasado por la cabeza mil preguntas.

¿Dónde estoy?

¿Dónde está ese ciego?

¿Quién es?

¿Qué es lo que quiere?

¿Qué me va a hacer?

¿Qué voy a hacer yo?

No lo sé.

Bueno, veamos, ¿qué es lo que sí sé?

Sé que no me han hecho daño. Me conservo de una sola pieza. Piernas, brazos, pies, manos. Todo funciona.

Sé que estoy hambriento.

Y asustado.

Y confuso.

Y furioso.

Me ha vaciado los bolsillos. Llevaba un billete de diez libras escondido en uno de los calcetines y ahora ya no está. Debe de haberme registrado.

Cabrón...

Creo que sabe quién soy. Dios sabrá cómo se ha enterado, pero seguro que lo

sabe. Solo puede ser eso. Sabe que soy hijo de Charlie Weems, sabe que mi padre es un ricacho, me ha capturado para pedir rescate. Un secuestro. Eso es. Un secuestro. Lo más probable es que haya contactado con papá. Lo habrá llamado. Habrá conseguido su número de algún modo, lo habrá llamado y le habrá pedido rescate. Medio millón en billetes usados dentro de una maleta de cuero negro. Déjela en una estación de servicio de la autopista. Si le cuenta algo a la policía, me cortará las orejas.

Sí, es eso. Seguro que sí.

Un secuestro.

Seguro que en estos momentos papá conduce a toda velocidad por la autopista, con la cabeza reventada por la droga y el coñac, fatigado y de mal humor, cabreado porque una vez más va a tener que gastarse el dinero por mí. Es como si le viese la cara congestionada, los ojos inyectados en sangre, bizqueando por culpa de los focos de la carretera, entre murmullos de rabia. Sí, es como si lo viera. Debe de estar preguntándose si habría tenido que regatear, si habría podido ofrecerles ciento cincuenta mil y llegar a un acuerdo por trescientas mil.

Lo primero que me va a decir cuando me tenga en sus manos es: «¿Dónde coño has pasado estos últimos cinco meses? He sufrido por ti como un imbécil».

Las luces se han apagado.

Martes, 31 de enero

8.15

Es el tercer día.

No he comido desde el sábado.

Estoy famélico.

¿Por qué no me da de comer? ¿Qué le pasa? ¿Por qué no se deja ver? ¿Por qué no me amenaza, ni se pone duro, ni me dice que me calle, estilo «Haz lo que te digo si no quieres sufrir»... por qué no hace nada? Lo que sea...

¿Cómo es que sigo aquí?

¿Dónde está papá?

Empiezo a pensar que se habrá negado a pagar el rescate. Sería muy propio de él. Es capaz de creerse que todo esto es una broma, o un montaje. Que me he secuestrado a mí mismo. Sí, eso es. El niño rico y desorientado, hijo de un padre semifamoso, desesperado por llamar la atención, organiza su propio secuestro para hacer sufrir a papá.

Mierda.

Tengo tanta hambre...

Hay una Biblia en el pequeño armario. La noche pasada me aburría tanto que la saqué y me puse a hojearla. Entonces llegué a la conclusión de que tampoco estaba tan aburrido y volví a meterla en el cajón.

Hay una Biblia en cada una de las habitaciones. Lo he comprobado. La Biblia en el cajón de arriba, una libreta en blanco y un bolígrafo en el del medio. Esta libreta, este bolígrafo. Los cajones tienen cerrojos y hay una pequeña llave encima de cada uno de los armarios. Seis llaves, seis libretas, seis bolígrafos, seis habitaciones, seis platos...

¿Seis?

No, todavía no entiendo por qué.

Las libretas son de buena calidad..., cubiertas forradas de cuero negro, páginas blancas e inmaculadas. Páginas en blanco. Muchísimas páginas en blanco. No sé por qué, pero eso me molesta.

El bolígrafo es un Uni-Ball Eye, serie Micro, de color negro. Tinta líquida resistente al agua y a la luz. Un producto de Mitsubishi Pencil Co. Ltd.

Por si te interesaba saberlo.

Ya son las nueve menos cuarto.

Las luces llevan cuarenta y cinco minutos encendidas.

Anoche pasé un rato afilando el tenedor de plástico roto. No tenía otros instrumentos que las uñas y los dientes, pero creo que he realizado un buen trabajo. No se ve muy amenazador y no creo que me sirviera para matar a alguien, pero ha quedado lo bastante afilado como para hacer daño.

Si estoy en lo cierto, el ascensor va a bajar dentro de cinco minutos.

Y ha bajado. Solo que esta vez no estaba vacío.

Dentro había una niña.

Al verla, se me ha derretido el corazón y se me ha nublado el cerebro. No he podido moverme, ni pensar, ni hablar, ni hacer nada. Era demasiado y no podía asimilarlo. Estaba sentada en la silla de ruedas, la misma silla de ruedas en la que había llegado yo, con el cuerpo ladeado, los ojos cerrados y la boca entreabierta. Tenía el cabello revuelto y enredado, y la ropa arrugada y sucia de polvo. Los surcos de las lágrimas le oscurecían las mejillas.

Yo no sabía qué hacer. No sabía qué sentir. No sabía nada. Lo único que he hecho ha sido quedarme en pie con el tenedor de plástico afilado en la mano y contemplar como un idiota a la pobre niña.

Entonces se me ha inflamado el corazón y un torbellino de emociones ha empezado a girar dentro de mí. Cólera, piedad, pánico, odio, confusión, desesperación, tristeza, locura. Y he querido chillar y gritar y derribar las paredes. He querido golpear algo, golpear a alguien. Golpearlo a él. ¿Cómo ha podido hacer esto? ¿Cómo es posible que alguien haga esto? Pero si solo es una niña, por Dios bendito. Solo es una niña.

He cerrado los ojos, he respirado hondo, y he vuelto a sacar el aire poco a poco.

«Piensa», me he dicho a mí mismo.

«Piensa».

He abierto los ojos y he observado a la niña, en un intento por encontrar señales de vida. Aún tenía los ojos cerrados y sus labios no se movían.

Respira... por favor, respira.

He esperado, sin dejar de observarla.

Al cabo de unos diez segundos que se me han hecho muy largos, la niña ha movido la cabeza, ha tragado saliva y ha abierto los ojos. Entonces me he liberado de la parálisis que me atenazaba el cuerpo, he entrado precipitadamente en el ascensor y he sacado la silla.

Se llama Jenny Lane. Tiene nueve años. Por la mañana, cuando iba a la escuela, un policía la paró en la calle y le dijo que su madre había sufrido un accidente.

—¿Cómo sabes que era policía? —le he preguntado.

—Llevaba un uniforme y una gorra. Me ha enseñado una placa. Me ha dicho que me llevaría al hospital.

Entonces se ha puesto a llorar de nuevo. Estaba hecha un desastre. Ríos de lágrimas, ojos de espanto. Temblaba como una hoja. Tenía una ligera raspadura en el labio y un corte y un moretón en la rodilla. Lo peor de todo era que respiraba muy rápido. Respiraciones breves, bruscas, ahogadas. Daba miedo. Yo me sentía totalmente indefenso. No sé lo que hay que hacer con una niña pequeña en estado de *shock*. No controlo ese tipo de cosas.

Después de sacarla del ascensor, la he llevado al baño y he esperado a que se lavara. Luego le he llenado un vaso de agua y la he acompañado a mi habitación, y me he esforzado por que se sintiera cómoda. Era lo mejor que podía hacer. Tranquilizarla. Consolarla. Hablarle. Sonreírle. Preguntarle si se encontraba bien.

—¿Te encuentras bien?

Ha sorbido moco y ha dicho que sí con la cabeza.

—¿Te duele algo?

Ha dicho que no con la cabeza.

—Siento una cosa rara en la barriga.

—¿Te puso un trapo en la boca?

Ha asentido de nuevo.

—¿Y qué te ha pasado en la rodilla?

—Me di un golpe. No pasa nada.

—¿Te ha...?

—¿Qué?

—¿Te ha...? —He tosido para disimular mi propio sentimiento de incomodidad —. ¿Te ha tocado o algo así?

—No. —Se ha limpiado la nariz—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Estará en el piso de arriba.

—¿Qué hay en el piso de arriba?

—No lo sé.

—¿Quién es él?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Va a bajar?

—No lo creo.

La niña ha mirado a su alrededor.

—¿Qué es esta casa? ¿Vives aquí?

—No, ese hombre me trajo aquí.

—¿Para qué?

—No lo sé.

No lo sé, no lo sé, no lo sé... no debían de ser las respuestas más tranquilizadoras del mundo, pero por lo menos había dejado de llorar. Su respiración también mejoraba.

Le he preguntado dónde vivía.

—En Harvey Close, 1 —ha respondido.

He sonreído.

—¿Dónde? ¿En qué ciudad?

—En Moulton.

—¿En Moulton de Essex?

—Sí.

He asentido, y he vuelto a asentir mientras pensaba qué más podría decirle. No soy muy bueno para charlar. No sé qué es lo que se supone que hay que decirles a las niñas de nueve años.

—¿A qué hora te ha parado el policía? —le he preguntado.

—Hacia las siete y media.

—¿No era muy temprano para ir a la escuela?

—Íbamos de excursión a una central *nuclear*.

—Querrás decir «nuclear».

—¿Cómo?

—Déjalo, no importa. ¿Por eso no te habías puesto el uniforme de la escuela? ¿Porque ibais a salir de excursión?

—Sí.

Vestía una chaqueta corta de color rojo, una camiseta, pantalones vaqueros y zapatillas de deporte. La camiseta tenía un estampado con la figura de un tigre.

—¿Cómo te llamas? —me ha preguntado.

—Linus.

—¿Cómo?

—Linus —he tenido que repetirlo, como me ocurre casi siempre—. Liii-nus.

—Es un nombre muy raro.

He sonreído.

—Sí, ya lo sé.

—¿Tenemos algo para comer, Liii-nus?

—Por ahora no.

He mirado las zapatillas de deporte que lleva puestas. Nuevas, pero baratas. Con bandas laterales. Cordones deshilachados.

—¿A qué se dedican tu mamá y tu papá, Jenny? —le he dicho.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por curiosidad, nada más.

La niña trataba de desenmarañarse el cabello.

—Papá trabaja en un Homebase. No le gusta mucho.

—¿Y tú mamá?

Se ha encogido de hombros.

—Es mi mamá.

—Pero ¿trabaja?

Ha negado con la cabeza.

—Nooo.

—Entonces ¿no sois ricos?

Ha arrugado la frente.

—¿Ricos?

—Olvídalo. Toma. —Le he dado mi chaqueta con capucha. En la habitación no hacía frío, pero la niña se había puesto a temblar de nuevo y tenía la cara muy pálida —. Póntela, así no te enfriarás.

No, entonces esto no es un secuestro. Por lo menos no es un secuestro para cobrar rescate. Un tío que trabaja en una cadena de tiendas como Homebase no puede pagar mucho, ¿verdad que no? Y además, si sabe quién soy, ¿por qué se molesta en secuestrar a alguien más? A nadie se le ocurriría asaltar un banco y parar a mitad de la fuga para desvalijar una máquina expendedora de chicles, ¿verdad que no? Solo lo haría un idiota.

No tendría ningún sentido. No le veo el motivo.

Esto no es un secuestro.

Y eso quiere decir que...

¿Qué?

Que tengo que salir de aquí... eso es lo que quiere decir.

Tenemos que salir de aquí.

El problema es que no se me ocurre cómo. Todo esto está construido con hormigón muy sólido. Las paredes, el suelo, el techo. Solo se puede salir en ascensor. Pero eso es imposible. Cuando el ascensor baja, la puerta se abre. Cuando el ascensor sube, la puerta se cierra. La puerta es de metal. Muy gruesa. Y el propio ascensor parece indestructible. Y aunque pudiera salir por la puerta cuando el ascensor esté arriba, ¿qué haría luego? No sé lo que me encontraría al otro lado. No sé cuánto mide el pozo del ascensor. Podría encontrarme con treinta metros de paredes lisas de hormigón.

Y en cualquier caso, seguro que nos observa.

Esta tarde, mientras Jenny dormía, he echado otra ojeada por todo el lugar. Una ojeada muy atenta. He ido de un lado para otro, he mirado esto, he mirado aquello, he hurgado por todas partes, he pateado las paredes, y también el suelo.

Es imposible.

Como tratar de escapar de una caja sellada.

Al cabo de un rato, me he sentado a la mesa y he contemplado el techo. Ha sido inevitable pensar en el hombre que está ahí arriba. ¿Qué debe de hacer ahora mismo? ¿Estará sentado, de pie, paseando? ¿Se ríe? ¿Sonríe? ¿Se hurga la nariz? ¿Qué estará haciendo? ¿Quién es? ¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué?

¿Quién eres?

¿Qué es lo que quieres?

¿Qué es lo que buscas?

¿Qué es lo que pretendes?

Y ha sido entonces, mientras daba vueltas a estas preguntas, cuando de pronto me he dado cuenta de lo que tenía ante los ojos. Había una rejilla circular colocada en el techo, justo encima de la mesa. Hacía unos minutos que la veía, pero mis ojos no la habían procesado. Una rejilla circular de unos diez centímetros de diámetro, hecha con malla metálica de color blanco, fijada a ras del techo. Me he fijado bien, para estar seguro de que no me la imaginaba, y entonces he mirado a mi alrededor y he visto otras. Una, dos, tres, cuatro. Hay cuatro, distribuidas a intervalos regulares por el pasillo.

Me he levantado y he mirado en el resto de las habitaciones.

Las rejillas están por todas partes. Hay una en el ascensor, otra en la cocina, otra en el baño, y en cada una de las habitaciones.

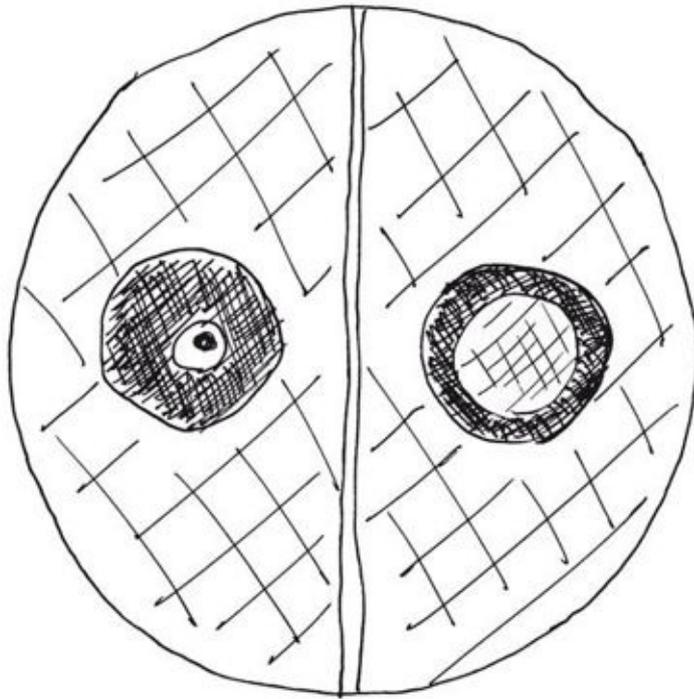
He vuelto a la sala y me he subido sobre la mesa para verla más de cerca.

Cada una de las rejillas es un círculo perfecto dividido en dos. Una ligera brisa cálida entra por uno de los lados, y otra corriente igualmente leve escapa por el otro. Debe de ser un sistema de ventilación.

Y de calefacción.

Pero hay algo más.

En cada una de las mitades de la rejilla hay un pequeño agujero hecho con un corte en la malla. Dentro de cada uno de los agujeros hay un aparatito con pinta de micrófono. Uno de ellos es un disco plano, plateado, del tamaño de una moneda de cinco peniques, el otro es una pequeña cuenta de color blanco, con un ojito de cristal en el extremo.



Viene a ser

algo así.

Micrófono.

Cámara.

Mierda.

He intentado arrancarlos. He metido los dedos en la rejilla y he tratado de despegarla por la fuerza, pero no he logrado agarrarla bien. Los aparatitos están demasiado bien sujetos y la reja es demasiado fuerte como para romperla. He hurgado en ella, la he examinado, la he golpeado con la palma de la mano. La he golpeado. Con fuerza. Pero tan solo he logrado herirme la piel de los nudillos.

Y ha sido entonces cuando he perdido el control.

Algo se ha roto dentro de mí y he empezado a escupir y a chillarle a la rejilla como si hubiera enloquecido.

—¡CABRÓN! ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué no me enseñas tu cara de cabrón, eh? ¿Por qué no haces nada? ¿QUÉ ES LO QUE QUIERES?

No me ha respondido.

23.30

Me he calmado un poco. Me he esforzado por tener pensamientos plácidos y silenciado la rabia que sentía. A pesar de todo, aún siento un miedo de muerte y aún estoy furioso de verdad y aún tengo ganas de chillar hasta que se me salga el corazón por la boca... pero ahora ya no estoy solo. No puedo hacer simplemente lo que quiera. Si empezase a desvariar y a vociferar, quizá me sentiría algo mejor, pero no beneficiaría en nada a Jenny. Ya está sufriendo bastante. Lo último que le conviene es

la compañía de un loco.

Esta tarde ha despertado y ha llorado mucho rato, lagrimones mezclados con mocos que le bajaban por el rostro y le mojaban la ropa. Luego se ha hecho una bola con todo el cuerpo y ha pasado un rato en el suelo, y murmuraba en voz baja para sí misma. No me ha gustado, me ha preocupado. Me he sentido mejor cuando se ha puesto a llorar de nuevo. Esta vez los sollozos no le hacían sacar tanto moco ni tanta lágrima, pero han sido mucho más ruidosos. Llamaba a su mamá y a su papá, temblaba y sacudía el cuerpo, gimoteaba, bramaba.

He hecho todo lo que he podido.

Me he sentado junto a ella.

He estado pendiente de ella.

Sollozaba, daba alaridos, tenía espasmos, y yo estaba sentado a su lado y lloraba también unas pocas lágrimas silenciosas.

Ojalá hubiera podido ayudarla mejor.

Pero no he podido.

Luego, después de que se le acabaran las lágrimas, Jenny me ha dicho que tenía hambre. No ha gimoteado, ni nada parecido. Tan solo me ha dicho: «Tengo hambre».

—Yo también —le he contestado.

—Seguro que no tienes tanta hambre como yo.

Probablemente es verdad. Ahora ya no siento tanta hambre. Pero de todos modos, sé que debería sentirla. Hoy, en un par de ocasiones, he notado cansancio, como si no me quedara energía, y estoy seguro de que ha sido porque llevo mucho tiempo sin comer. No es que me preocupe demasiado. He pasado hambre otras veces. Sé lo que es. Se puede aguantar mucho tiempo sin comer.

Mierda. Al pensar en ello, me ha vuelto el hambre.

De todos modos, es un consuelo saber que Jenny está hambrienta. Porque es una buena señal, ¿verdad que sí? Como cuando nos encontramos mal y nos falla el apetito, y entonces empezamos a mejorar y nos vuelve el hambre.

Eso es bueno, ¿verdad que sí?

No lo sé.

¿Qué voy a saber? Solo soy un muchacho. Tengo dieciséis años. No sé lo que hay que hacer para cuidar de otra persona. Nadie ha cuidado nunca de mí, y siempre he tenido que cuidar de mí mismo.

Pero, a pesar de todo, el estómago me dice que Jenny ya se siente mejor. No es bueno que sufra hambre, por supuesto. Pero me preocuparía todavía más si no la sufriera.

Hoy al anochecer, mientras colocaba de nuevo la silla de ruedas en el ascensor, Jenny me ha preguntado para qué era la cosa de plexiglás atornillada al fondo de la cabina. Lo ha llamado bandeja.

—¿Para qué es esa bandeja, Linus?

—No lo sé.

La ha observado durante un rato y luego se ha fijado en la de la pared del pasillo. Parecía pensativa. Ojos castaños claros, boca pequeña y curiosa.

—¿Y si le pedimos que nos mande comida? —ha dicho—. Escríbele una nota.

—Ya sabe que tenemos hambre —he contestado.

La niña ha alargado el brazo y ha cogido una hoja de papel del portafolletos.

—Quizá quiere que se lo pidamos. Algunas personas son así. No te dan nada si tú no se lo pides.

Me he quedado mirándola. Ha agarrado el bolígrafo que estaba en la pared, luego se ha agachado y ha puesto la hoja de pared en el suelo, dispuesta a escribir.

—¿Qué le pido? —ha dicho.

No he podido reprimir una sonrisa.

—Pídele que nos deje salir.

Ha escrito:

«Por favor *dejanos* salir».

—¿Y qué más? —ha dicho.

—Pregúntale qué quiere.

Ha escrito: «*Que* quieres».

—No te olvides de los signos de interrogación.

Ha añadido los signos de interrogación y luego ha escrito: «Por favor danos de comer. Pan. Queso. Manzanas. Patatas fritas. *Chocolate*. Leche. Y te».

—¿Te gusta el té? —le he preguntado.

—Sí.

Ha escrito: «Sopa. *Tuallas*. Pasta de dientes y cepillo de dientes».

—Escribes bien —le he dicho.

Me ha lanzado una mirada.

—Ya no soy una niña pequeña.

—Perdona.

Ha asentido con la cabeza.

—¿Algo más?

—Pienso que ya tenemos suficiente.

Ha escrito: «Gracias».

Luego se ha puesto en pie y ha colocado la hoja de papel en el portafolletos del ascensor, y ha vuelto a dejar el bolígrafo en el clip de la pared.

—¿Crees que esto va a funcionar? —le he preguntado.

Se ha encogido de hombros. Parecía satisfecha consigo misma.

—Si no funcionara, tampoco tendría mucha importancia, ¿no? —he dicho.

—No.

—No vamos a estar mucho peor de lo que ya estamos.

—Exacto.

He sonreído.

—Seguro que te crees muy lista.

—Más lista que tú.

Ya es casi medianoche. He avisado a Jenny de que las luces van a apagarse.

—Se apagan a las doce —le he dicho—. Todo se queda muy oscuro. Pero no te preocupes, volverán a encenderse por la mañana.

—No tengo miedo a la oscuridad —ha respondido—. Me gusta.

Se ha puesto a dormir en la cama de mi habitación. Yo voy a dormir en el suelo. He traído mantas y almohadas de las otras camas y me he hecho un nido muy confortable junto a la puerta. Me recuerda un poquito la noche en la calle. Mantas, cartón, portales.

Un hogar lejos del hogar.

Me alegro de que Jenny no tenga miedo a la oscuridad.

Ojalá yo no tuviera.

Miércoles, 1 de febrero

La vida nos gasta bromas. Hace cinco meses hui de Londres para escapar de la mierda de la escuela y de la violencia emocional que reinaba en mi hogar. No fue fácil, y aún no estoy seguro de haber tomado la decisión correcta, pero el caso es que lo hice. Me esforcé y luché por encontrar lo que buscaba, y aunque de todos modos no lo encontrara, acabé por acostumbrarme a la libertad de las calles y empecé a organizarme la vida. Y ahora estoy aquí, atrapado en el lugar más mierdoso del mundo entero, emocionalmente desgarrado.

¿Una broma?

Sí, una broma hilarante de verdad.

Quizá haya sido mi *karama*, como diría Sinoreja. «Es tu puto *karama*, Linus. Eso es. Claro que síiii». Sinoreja. El simpático de Oreja. El atontado al que le falta una oreja. Me pregunto qué debe de hacer en estos momentos. Probablemente, arrastrar los pies por los pasillos del metro, envuelto en su abrigo viejo y sucio. Murmurará los mantras que él mismo se inventa y tragará el agua de grifo que lleva en la botella de sidra. Sinoreja siempre bebe agua de una botella de sidra, bebe a litros. Una vez le pregunté por qué lo hacía.

—¿Qué quieres decir? —me respondió.

—¿Por qué bebes agua de una botella de sidra? Sabes que con eso provocas a los borrachos.

—Sí, los provoco. Sí, síiii.

—¿Por eso lo haces?

—¿Hago el qué? Vete a tomar por culo.

—Dejémoslo correr.

—¿Qué dices?

Alegría incoherente.

Libertad.

Karma.

Tendré que pensar en ello.

Jenny ya estaba despierta esta mañana cuando se han encendido las luces. He sacado la cabeza de debajo de la sábana, he mirado por la habitación y estaba allí, sentada sobre la cama, con los ojos clavados en mí.

—Has tenido un sueño —ha dicho.

—¿Ah, sí?

—Nuestro perro sueña. Entonces sacude las piernas y gimotea.

—¿Y yo hacía lo mismo?

—Creo que llorabas.

Estupendo.

—¿Cómo se llama? —le he preguntado—. Tu perro.

—Woody.

—Un buen nombre.

—Es como Woodbine, pero más corto.

Estaba vestida y aún llevaba puesta mi chaqueta. Se había subido la capucha y le cubría casi toda la cara. Parecía un monje en miniatura.

—¿Puedo bañarme? —pregunta.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos agua caliente.

—Me da igual. Me bañaré con agua fría.

No le he dicho nada de las cámaras y los micrófonos. No quiero asustarla. El miedo que yo paso es suficiente para los dos. Y solo con pensar que el hombre estará ahí arriba y la observará mientras está en el baño, y penetrará en su intimidad... Por Dios, me entran ganas de vomitar.

—Deja que vaya a verlo —le he dicho, y me he puesto en pie—. Voy a ver si hay agua. Tú te quedas aquí. No voy a tardar ni un minuto.

He ido a la cocina y he encendido el fogón eléctrico. Cuando ha empezado a calentarse, he arrancado una tira de tela del interior de mi jersey acolchado y he sacado el tenedor de plástico roto que llevaba en el bolsillo. Cuando el fogón se ha puesto rojo, le he acercado el tenedor, he esperado a que se fundiera y he dejado caer gotas de plástico fundido sobre los extremos del trozo de tela. Antes de que pudieran enfriarse, he echado a correr por el pasillo. He puesto la silla debajo de la rejilla, me he encaramado, he tendido los brazos y he pegado la tela debajo de la cámara. El plástico fundido estaba casi seco y me ha parecido que no quedaba bien pegado a la tela, pero he pensado que si apretaba con fuerza podía funcionar.

No ha sido posible.

En el momento en que empezaba a colocar la tela, las luces se han apagado y el baño ha quedado sumido en la oscuridad, y un momento después una sustancia caliente y de olor penetrante ha entrado por la rejilla y he sentido fuego en los ojos. No sé lo que era. Gas, líquido... como un aerosol. Caliente, acompañado por un silbido como de vapor. Escocía como mil diablos. He chillado, he soltado la tela, me he cubierto los ojos con las manos y me he caído de la silla.

Me habré golpeado la cabeza con algo, con la bañera, o con el lavamanos. No lo recuerdo.

He pasado un rato inconsciente.

Cuando he despertado, las luces habían vuelto a encenderse y Jenny estaba agachada a mi lado y me humedecía los ojos con la manga de mi chaqueta, que ella misma había empapado.

—¿Qué te ha ocurrido? —me ha preguntado—. ¿Estás bien? Tienes los ojos raros.

—¿Raros?

—Están rojos e hinchados.

Me he palpado la cabeza. Tenía un chichón grande como un huevo detrás de la oreja. Al tocarlo, un cuchillo al rojo vivo se me ha clavado en el cráneo.

—¿Te duele? —ha preguntado Jenny.

—Solo un poco.

Después de esto, no me ha quedado otro remedio que hablarle de los micrófonos y las cámaras. Yo no quería, y no me ha gustado nada tener que decírselo, pero no se me ha ocurrido otra posibilidad. ¿Qué otra cosa podía hacer? Probablemente habría logrado impedirle durante un tiempo que se bañara, probablemente habría sido capaz de inventarme alguna excusa, pero se lavaría igualmente cuando le pareciese que estaba sola, aun cuando no lo estuviera. No puedo vigilarla todo el tiempo. Que quede bien claro, inventaré algo para impedir que funcionen las cámaras; no voy a permitir que ese cabrón se salga con la suya. Pero me va a llevar un tiempo. Y mientras tanto, tendremos que atender a nuestras necesidades corporales.

No sé qué hacer.

Este lugar me está arrastrando a la locura.

Después de que le contara lo de las cámaras, Jenny se ha pasado un rato sin hablar, no hacía más que mirar a la rejilla, y luego a mí, y luego de nuevo a la rejilla.

—¿Nos ve desde ahí arriba?

—Creo que sí.

—¿Siempre?

He asentido con la cabeza.

—Es probable.

—¿Y entonces...? —Su voz se entremezclaba con las lágrimas—. ¿Qué va a pasar cuando esté aquí? ¿Cuando esté...? Ya me entiendes.

—Esto no va a durar mucho tiempo —le he dicho con voz cariñosa—. Voy a pensar algo, te lo prometo.

Ha pasado mucho rato en silencio. Miraba al suelo, jugueteaba con la manga de mi chaqueta. Lágrimas silenciosas le surcaban las mejillas. Finalmente ha levantado la mirada hacia mí y me ha dicho:

—Ese hombre es malo, ¿verdad?

—Sí, es malo.

Ha asentido lentamente con la cabeza y ha levantado la mirada hacia el techo.

—Eres un hombre malo. Un hombre muy malo.

00.30

Bueno, ¿verdad que parece imposible? La idea de Jenny ha funcionado. La nota

para pedir comida. A las nueve, el ascensor ha bajado con una bolsa de la compra, y al abrirla hemos encontrado dentro casi todo lo que le habíamos pedido: un pan de molde ya cortado, un paquete de queso, dos manzanas, dos chocolatinas Mars, dos paquetes de patatas fritas, una botella de leche, un paquete de té en sobrecitos, una pastilla de jabón, dos toallas, dos cepillos de dientes y un tubo de dentífrico.

—No ha respondido a tu pregunta —ha dicho Jenny—. No nos ha contado qué es lo que quiere.

—¿Y qué más da? —le he respondido sonriente—. Vamos a comer.

Lo hemos sacado todo del ascensor, hemos llevado al baño las toallas y demás, y luego nos hemos puesto a comer. Bocadillos de queso, patatas fritas y chocolatinas Mars. En mi vida había comido algo tan rico.

—¿No quieres una de las manzanas? —ha preguntado Jenny.

—Tengo alergia a la fruta —he contestado—. Cómetela tú.

—Gracias. —Le ha pegado un gran mordisco y se ha puesto a masticar—. ¿Qué te pasa si comes fruta? ¿Te salen erupciones en la piel?

—Se me hincha la cabeza.

Jenny ha levantado las cejas.

—De verdad —le he asegurado—. Se me hincha la cabeza, los ojos se me ponen saltones y se me empieza a caer la piel de la cara.

Me ha puesto una sonrisa burlona.

—Te lo estás inventando.

He agarrado la manzana.

—Ahora lo verás.

Se ha reído y me la ha quitado de la mano.

—¡No! No quiero verte con la cabeza hinchada.

He hinchado las mejillas y le he hecho una mueca.

Jenny ha eructado.

Yo me he reído.

Por ahora, todo va bien.

No tenemos hervidor, ni cacerolas, y tampoco agua caliente, así que tendremos que hacernos el té con agua fría. No es una maravilla, pero siempre será mejor que nada.

Acabamos de escribirle otra nota:

«Hervidor.

»Cacerolas.

»Linterna / velas.

- »Pan.
- »Mantequilla.
- »Queso.
- »Jamón.
- »Leche.
- »Zumo de naranja.
- »Copos de maíz.
- »Plátanos.
- »Chocolate.
- »Sopa.
- »Patatas fritas.
- »Pollo.
- »Barritas de pescado.
- »Zanahorias.
- »Judías.
- »Espaguetis precocinados.
- »Una radio.
- »Un televisor.
- »Un teléfono móvil».

Las tres últimas peticiones las he añadido porque sí. Jenny ha insistido en que escribiéramos «Te damos las gracias» al final de la nota. Cuando no miraba, he añadido mi propia posdata: «Aunque nos cueste, tío, aunque nos cueste».

Más tarde.

El día de hoy me ha pasado con mucha rapidez. Las horas vienen y van a gran velocidad. Será porque estoy con Jenny. Tengo por costumbre estar solo, y me gusta. Me gusta estar solo. Me siento bien conmigo mismo. Siempre había pensado que si algún día me abandonaban en una isla desierta, o me encerraban en una celda sin compañía, o algo parecido, lo iba a llevar bien. Lo aguantaría. Sabría apañármelas yo solo. Y me las he apañado, ¿verdad que sí? He pasado bastante tiempo aquí abajo sin nadie más. No me gustaba, pero no porque estuviera solo. No era porque estuviese solo. No me gustaba porque aquí abajo no hay nada que me guste, tan simple como eso. Por lo tanto, sí, me las apaño yo solo. Pero tengo que reconocer que me va muy bien estar con alguien. Alguien con quien pueda hablar, alguien con quien pueda comunicarme. Así me siento mejor.

Mi situación no es menos mierdosa que antes, desde luego. Ni menos terrible. Ni menos nada, en realidad. Pero lo llevo bien.

Ahora ya son las nueve de la noche. El ascensor ha subido.

Jenny lee la Biblia.

Estoy en mi nido y te hablo a ti, luego me hablo a mí mismo, después a ti...

Acabo de preguntármelo. ¿Quién eres tú?

¿A quién le estoy hablando?

No lo sé.

No se me ha ocurrido quién puedes ser tú. Sé que estás en algún lugar, pero ahora mismo no estás en ninguna parte, y tan solo hablo para mí mismo.

Tengo que pensar en lo de las cámaras.

Es medianoche, las luces se apagan.

Jueves, 2 de febrero

Esta mañana el ascensor ha bajado con casi todo lo que habíamos pedido. No había ninguna linterna, ni velas (y por supuesto tampoco una radio, ni un teléfono móvil), pero sí que nos ha mandado un hervidor, una cacerola de aluminio —ambos sin estrenar— y toda la comida y la bebida que habíamos pedido, excepto el pollo. No sé por qué. Probablemente no habrá ningún motivo. También había un tenedor de plástico para sustituir el que rompí y fundí.

El hervidor es uno de esos chismes pasados de moda que silban y que hay que poner en el fogón. No tenemos enchufes. El fogón eléctrico y la nevera están atornillados al suelo y no puedo separarlos de la pared para ver la conexión. Me imagino que los cables atraviesan el muro. Tendré que investigarlo. He de investigar un montón de cosas. Cómo salir de aquí, cómo ocultarnos de las cámaras, cómo evitar los efectos de la suciedad.

Por ejemplo: el olor.

Todo empieza a oler mal. Los dos nos hemos lavado con cierta regularidad, pero no sirve de nada que nos lavemos si llevamos siempre la misma ropa. No podemos impedir el mal olor. Y de todos modos no nos apetecerá desnudarnos para lavarnos bien mientras las cámaras nos observen. Ya tenemos bastantes problemas con todo lo demás. Jenny solo va al servicio después de que se apaguen las luces. No sé cómo lo logra. Yo me esfuerzo por ignorar las cámaras. Por ignorarlo a él. Por fingir que no está ahí. Que no hay cámaras, que nadie me mira. Cierro los ojos, me imagino que estoy en otro lugar, trato de creérmelo.

Tienes que creértelo... eso es. Tienes que creerte tus propias mentiras.

El olor a cuerpo sin lavar no es agradable, pero tampoco me importa mucho. Ya estoy acostumbrado. Aunque viviera en la calle, siempre me las había apañado para ir bastante limpio, pero a muchos otros les daba igual. No creo que Sinoreja se lave alguna vez. Es comprensible. Como consecuencia, huele un poco. ¿Y qué? Todo el mundo huele. No es tan grave. Y una vez el olor corporal alcanza ciertos niveles, ya no empeora mucho más. Entonces, ¿por qué vamos a esforzarnos en estar limpios? ¿De qué nos sirve? De muy poco. Yo lo intentaba tan solo porque, cuando estoy sucio, se me ve muy sucio. Me pongo asqueroso, como un insecto que saliera de debajo de una roca. Llevo el cabello muy largo, y si no me lo cepillo de vez en cuando, o por lo menos me lo arreglo con los dedos, se me enmaraña como en unas maromas viejas y sucias y se me pone pinta de chiflado. Y si no me lavo, la piel se me vuelve de un color grisáceo, y entonces me veo enfermo y con cara de yonqui. No es que me importe mucho tener pinta de yonqui chiflado, pero no me favorece cuando toco música en la calle. A la gente no le importa dar dinero a un joven sin techo si tiene aspecto angelical, pero si ven por la calle a un zumbado con el cabello guarro

piensan que se va a gastar el dinero en *crack*, o en heroína, y eso les parece mal. Se equivocan. Se E-QUI-VO-CAN. Ya es triste tener que pedir dinero para pitillos y alcohol, pero ¿para drogas? Ah, no. No le voy a dar mi dinero a un drogadicto.

Tomemos como ejemplo a *Windsor Jack*. Windsor no es lo que se dice guapo, tiene la nariz ganchuda y mirada de mala persona, y una sola pierna. Bueno, una y media, en realidad. Se durmió una noche que tenía el cerebro en otra parte, siguió dormido durante veintiocho horas con la pierna doblada bajo el cuerpo, y cuando se despertó estaba muerta, inútil, sin sangre. La perdió de la rodilla para abajo. De todos modos, Windsor se pasa todo el día sentado en la calle con la mano tendida. No dice nada, ni lleva ningún letrero de cartón, nada. Se queda allí sentado, exhibe el muñón y tiende la mano, con la esperanza de provocar lástima y que le den dinero. Pero no le dan mucho, porque tiene ese aspecto miserable y feo, y siempre está colgado. Con ojos que miran fijamente, rostro inexpresivo, como un zombi. Como si llevara la palabra DROGADICTO tatuada en la frente. En cierta ocasión le dieron un bocadillo. Una vieja desdeñosa con un abrigo beige. Yo tocaba música cerca de allí y vi cómo se inclinaba y le ponía un bocadillo envuelto en papel en la mano. Le dijo que dejara las drogas y comiera. Windsor miraba el bocadillo como si fuera una mierda de perro. Entonces, cuando la vieja se marchaba, levantó los ojos y se lo arrojó contra el cogote.

Más tarde.

La situación ha cambiado. Ha cambiado a mediodía. Jenny estaba en la cocina y comía un cuenco de copos de avena, y yo me había sentado a la mesa y miraba a la rejilla del techo, y pensaba qué podría hacer para inutilizar las cámaras sin que se me llenara la cara de veneno. Todo estaba en silencio. Todo era normal. Todo funcionaba de acuerdo con la rutina. Siempre hay una rutina, no importa dónde estés. Uno no tarda en acostumbrarse. Las luces se encienden a las ocho de la mañana, el ascensor baja a las nueve. El ascensor vuelve a subir a las nueve de la noche, las luces se apagan a medianoche. Largas horas sin hacer nada. Esperar, pensar, sentarse, echarse, levantarse, andar en círculo. No me gusta, pero me voy acostumbrando, y cuando nos acostumbremos a algo ya no nos parece tan malo.

Así que allí estaba, sentado a la mesa, mirando al techo, absorto en mis pensamientos, en planes y estrategias, en sombreros, máscaras, escudos y otros medios para cubrirme, cuando de pronto se ha cerrado la puerta del ascensor —clunc— y la cabina se ha puesto en marcha.

Sshhh...

He consultado el reloj.

¿Eran las doce?

El ascensor no sube a las doce.

No sigue la rutina.

Eso no es bueno.

Jenny ha salido de la cocina limpiándose unas gotas de leche del mentón.

—¿Qué es ese ruido?

—El ascensor.

Ha mirado instintivamente el reloj.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

Me he levantado de la silla, me he acercado a la puerta del ascensor y he escuchado. El zumbido se había detenido. El ascensor había llegado hasta arriba.

Me he vuelto hacia Jenny.

—Vuelve a la cocina.

—¿Por qué?

—Haz lo que te digo, por favor.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé. Por favor, vete a la cocina.

He oído en lo alto el sonido del ascensor que volvía a ponerse en marcha...

Cunc, clic, ssshhh...

Los ojos de Jenny se han llenado de miedo.

—No te preocupes —le he dicho—. Probablemente no será nada. Espera en la cocina mientras voy a ver lo que ocurre. Cierra la puerta, ¿vale? Te llamaré dentro de un minuto.

Jenny ha vacilado y ha mirado hacia la puerta del ascensor.

—Vete —le he dicho.

Ha regresado a la cocina y ha cerrado la puerta. Me he vuelto hacia el ascensor. Ha descendido con un murmullo y ha hecho clunc al detenerse. El corazón me late con fuerza y las manos me sudan. Me las he secado con la camisa y he respirado hondo. La puerta del ascensor se ha abierto... chsss...

Dentro había dos personas: una mujer en la silla de ruedas y un hombre tirado en el suelo, con los pies atados y las manos sujetas detrás de la espalda. La mujer estaba inconsciente. La habían drogado, igual que a Jenny y a mí. Lo he oído en su aliento... amargo, dulce, horrible. Llevaba el maquillaje todo corrido y un reguerillo de vómito se le había secado en la boca. El hombre estaba despierto, pero tenía mala pinta. Llevaba la boca cubierta por una mordaza sanguinolenta, le sangraba la nariz y el ojo izquierdo estaba tan inflamado que no podía abrirlo. Su ojo derecho me miraba con furia.

—¡Mmmm! —mascullaba a pesar de la mordaza—. ¡Hijjjodeppputta! ¡Mmmmm!

Me he quedado muy sorprendido, pero, desde luego, no tan aturdido como cuando llegó Jenny. No sé muy bien por qué. Seguramente porque esta vez eran adultos. Los adultos son distintos, ¿no? Cuando vemos a un adulto que sufre, nos da lástima igualmente, pero ni la mitad de la que nos inspira un niño. Me imagino que será por la indefensión del niño. Nos afecta. Nos parte el corazón. O puede que no.

Puede que esto solo me ocurra a mí. Puede que les tenga antipatía a los adultos.

Qué más da.

Esta vez no me he quedado quieto.

He empezado por sacar la silla de ruedas con la mujer, y luego he llamado a Jenny y hemos ido a buscar al hombre. Era corpulento, pesaba tanto que no podíamos arrastrarlo, así que he empezado por tratar de aflojarle las cuerdas que le sujetaban las muñecas. Estaban anudadas con fuerza.

Jenny se ha acercado cautelosamente a la mujer.

—Trae agua —le he ordenado.

—¿Quién es? —ha dicho, con los ojos puestos en ella. Entonces se ha vuelto hacia el hombre—. ¿Y quién es ese?

—Todavía no lo sé. Trae agua, por favor.

Jenny se ha ido a la cocina y yo he insistido con las cuerdas. El hombre sacudía las piernas.

—Mmmm uhh uhh...

—Estate quieto —le he dicho.

—Nnocoñño... nunh...

—Estate quieto, por Dios.

Al cabo de un par de minutos he logrado desatarle los nudos. Se ha soltado bruscamente los brazos y se ha quitado la mordaza que llevaba en la boca.

—¡Joder! —ha farfullado, a la vez que sacudía las manos para reactivar la circulación—. ¿Por qué no has empezado por quitarme la puta mordaza? ¡Mierda! ¡Hostia puta, si no podía ni respirar!

Es un hombre corpulento. Muy corpulento. Alto. Fornido. Duro como la roca. Manos grasientas, cabello corto de color castaño grisáceo. Pantalones vaqueros de trabajo, botas, sudadera desteñida con las mangas cortadas.

Se ha sentado en el suelo y ha empezado a desatarse los pies. Al mismo tiempo que desanudaba las cuerdas, ha echado una mirada a su alrededor con el ojo bueno.

—¿Qué es esta mierda? —ha preguntado—. ¿Quién eres? ¿Dónde está ese gilipollas...?

—¡Eh! —he exclamado.

Ha dejado de hablar y me ha mirado con rabia.

—Estoy de tu lado —le he dicho—. Trato de ayudarte. ¿Por qué no te callas un minuto mientras voy a ver si puedo hacer algo por ella? ¿Estás de acuerdo?

Me ha lanzado una mirada dura. Muy dura. Ha sorbido el reguerillo de sangre por la nariz y se ha limpiado la boca con el dorso de la mano. Luego ha mirado a la mujer que estaba en la silla de ruedas. Empezaba a recuperarse. Gimoteaba y murmuraba y levantaba la cabeza. Jenny estaba de pie a su lado con una taza llena de agua en la mano, y nos miraba con los ojos muy abiertos tanto a mí como al hombre corpulento. La niña tenía un miedo de muerte.

—¡Mierda! —ha exclamado el hombre, y ha vuelto a la tarea de desatarse los

pies.

He ido a ver a la mujer. Jenny la ayudaba a beber agua. Le sostenía la taza a la altura de los labios. Al tenerme cerca, ha apartado la taza, ha doblado bruscamente el cuerpo y ha vomitado en el suelo.

El hombre corpulento se llama Fred.

—¿Fred y qué más? —le he preguntado.

—Fred y nada más.

Pues vale.

La mujer se llama Anja. Se tiene que pronunciar Anya, como Tanya pero sin la T. Anja Mason. Es una de esas mujeres seguras de sí mismas que siempre consiguen todo lo que se proponen. Veintimuchos, lenguaje elegante, cabello de color miel, nariz bonita, labios gruesos y bien dibujados, dientes perfectos, un collar de plata al cuello. Vestida con un top de color blanco, una falda corta negra, medias y tacones altos.

A papá le encantaría.

Dice que está «en el sector inmobiliario», aunque no sé muy bien lo que quiere decir. Será que vende casas. La han capturado gracias a eso. Tenía una cita para enseñarle un piso de lujo en planta baja a un tal Fowles, en una avenida muy apartada al oeste de Londres. A las diez de esta mañana. Había ido sola. Ha aparcado el coche. Fowles la esperaba en el escalón de la entrada. Le ha sonreído y le ha dado los buenos días. Anja le ha abierto la puerta y lo ha invitado a entrar. Parecía un hombre muy agradable.

—¿No te ha dicho nada más? —le he preguntado.

Anja ha tratado de acordarse.

—No, la verdad es que no. Que yo recuerde, no.

—¿Nada?

Me ha contestado con un deje de irritación en la voz.

—No me acuerdo, ¿vale?

Nos ha contado que le ha enseñado el recibidor, y luego la sala de estar, y finalmente lo ha acompañado a la cocina. El hombre ha aprovechado un momento en el que Anja se volvía para señalarle el parqué con la mano y la ha dormido con cloroformo. Dice que está segura de que era cloroformo porque su marido trabaja «en la industria química».

Al oírlo, Fred se ha reído.

—¿Solo por eso?

—¿Qué quieres decir? —se ha extrañado Anja.

—¿Cómo sabes que era cloroformo?

—Por mi marido —ha repetido—. Tiene un cargo directivo en una multinacional de la industria química.

—¿Y qué coño importa eso? ¿Es que trabaja en el departamento de cloroformo?

Ella le ha lanzado una mirada gélida.

—¿Tú qué problema tienes?

Fred no le ha respondido, no ha hecho más que sonreírle con dureza y rascarse el brazo.

Yo sé qué problema tiene. Es yonqui, adicto a la heroína. Lo sé por la forma en que camina, la manera de mirar, la pose. Las marcas en los brazos.

—¿Cuánto hace de la última vez? —le he preguntado.

Ha sorbido moco y ha vuelto bruscamente la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

He imitado el gesto de clavarse una jeringa.

Se ha encogido de hombros y se ha frotado de nuevo el brazo.

—Esta mañana, un par de horas antes de que la camioneta me atropellara.

Dice que trabaja como carrocero por Camden Town, y estoy seguro de que me dice la verdad, pero no creo que me lo haya contado todo. Reconozco enseguida a los ladrones. Ladrón, traficante, matón, sinvergüenza. Proponle lo que sea y seguro que lo hará. Es un hombre de esa especie. Dice que anoche había salido para ir a algún sitio en Essex. Dice que no recuerda adónde. Dice que se perdió. Que alguien le robó el coche.

Sí, claro.

A las once de esta mañana andaba perdido por el campo y trataba de encontrar el camino de vuelta a Londres. Ha hecho autostop, ha tratado de encontrar una estación de tren, ha buscado un coche que pudiera robar. Mientras caminaba por una estrecha carretera rural ha oído una camioneta. Se ha vuelto para levantar el pulgar, la camioneta se ha abalanzado sobre él, lo ha golpeado con fuerza y lo ha arrojado a la cuneta.

—He sentido un dolor de cojones —dice, al mismo tiempo que se frota el hombro—. Pensaba que me lo había roto. Y entonces, cuando salía arrastrándome de la cuneta, cubierto de hojas y de barro y de mierda, alguien me ha dado en la cabeza con una barra de hierro. —Como si se le hubiera ocurrido de pronto, le ha sonreído a Anja y le ha dicho—: Sé que era una barra de hierro porque mi mujer trabaja en una fábrica de barras de hierro.

Anja le ha puesto mala cara.

—Qué gracioso.

Pues sí, ha sido muy gracioso.

Fred ha proseguido con su explicación.

—Y ya está. Me he quedado como un tronco. Creo que me ha dado otros dos golpes para asegurarse, y luego debe de haberme llevado a la camioneta y me ha maniatado. Lo siguiente que recuerdo es que me ha metido como si fuera un saco dentro de un puto ascensor. —Ha movido la cabeza con disgusto—. El cabrón ese es muy fuerte, no se lo voy a negar.

Ha vuelto a frotarse el brazo y se ha secado el sudor de la frente.

—¿Estás bien? —le he preguntado.

—Empiezo a notarlo.

—¿Es chungo?

—Dentro de un rato lo será.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Tienes algo que puedas darme?

—No mucho. Té, agua...

—¿Té?

Me he encogido de hombros.

—¿No tendrás aspirinas?

—Las he pedido.

Ya eran más de las diez y el ascensor había vuelto a subir. Había puesto una nueva lista de la compra. Comida, aspirinas, vendas, zumo, cigarrillos para Anja y Fred.

Ha sido en ese momento cuando Anja ha reconocido a Jenny.

—¡Dios mío! —ha exclamado, mirándola fijamente—. Eres ella, ¿verdad que sí? Eres la niña que ha salido en las noticias, la que había desaparecido. Mierda... ¿qué es esto? ¿Qué diablos ocurre aquí?

Les he contado a ella y a Fred todo lo que sabía, que no es mucho. Les he contado cómo nos capturaron a Jenny y a mí. Les he contado lo del ascensor, y cómo lo hacemos para pedir suministros. Y lo de las luces, las cámaras, los micrófonos.

Anja ha estado a punto de sufrir un ataque cuando ha comprendido lo que implica la presencia de las cámaras.

—¿Nos está qué?

—Nos está observando —he repetido—. Nos escucha.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Ha clavado los ojos en mí.

—¿Me estás diciendo que, vaya a donde vaya, ese viejo verde me verá?

—Así es.

—¿En todas partes?

—Sí —he asentido con un suspiro.

—¡Ah, por Dios! Qué asco. No pienso tolerarlo. Tienes que hacer algo. Tienes que sacarme de aquí.

—¿Yo?

—Me da igual quién lo haga —ha dicho entre sollozos—. Yo solo quiero salir de aquí. Ahora mismo. —Ha puesto cara de desesperación—. Esto no puede ser verdad. Tengo citas pendientes... tengo cosas que hacer. —Se ha echado a llorar—. Tengo que salir de aquí.

Me he vuelto hacia Fred.

—Entonces —ha dicho, a la vez que sorbía moco— ¿no tendremos aspirinas hasta mañana?

—A las nueve de la mañana, si a él le parece bien.

—¿Y tampoco cigarrillos?

—No.

—Mierda.

Un poco más tarde.

Ahora que Fred y Anja están con nosotros, todo ha cambiado, y creo que el cambio no me gusta. Ya sé que tampoco había nada que pudiera gustarme antes de que ellos llegaran, pero pienso que me había acostumbrado a esa vida... Estaba solo con Jenny, y ambos nos esforzábamos por cuidar el uno del otro.

Pero ¿ahora...?

No lo sé.

Me siento como nervioso, inquieto.

Fuera de lugar.

Esto no me gusta.

Estoy fatigado.

Ha sido un día largo.

Mañana volveré a escribir.

Viernes, 3 de febrero

Anoche se me ocurrió que Jenny quizá se sentiría más cómoda si dormía en la habitación de Anja. Pero cuando se lo dije me puso morros.

—Yo pensaba que te caía bien.

—Sí, me caes bien.

—Yo pensaba que éramos amigos.

—Sí, somos amigos. Pero es que...

—¿Qué pasa?

—Bueno... es que eres chica.

—¿Y qué?

—Que yo soy chico.

—¿Y qué?

Exhalé un suspiro.

—Yo solo quiero decir que...

—Anja no me gusta.

—¿Por qué no?

—Me parece desagradable. Es muy creída.

—Tiene esa manera de ser. No significa nada.

—A mí no me gusta.

—Estoy seguro de que es buena persona.

—Pues ¿por qué no te vas tú a dormir a su habitación?

—Muy graciosa.

Jenny sonrió.

Y la conversación se quedó ahí.

Esta mañana el ascensor ha bajado sin traernos más sorpresas. Tan solo una bolsa llena de comida. Ni aspirinas, ni vendas, ni cigarrillos. Jenny y yo hemos sacado la comida y nos hemos puesto a desayunar, y entonces se ha presentado Anja. Sin maquillar, con los ojos legañosos, la ropa arrugada. Parecía cansada y frágil, y en cierta manera resultaba más accesible.

O por lo menos me lo ha parecido a mí.

—Buenos días —he dicho.

—¿Cómo?

—Buenos días.

Me ha mirado con antipatía.

—¿Tenéis cigarrillos?

—Lo siento, pero no.

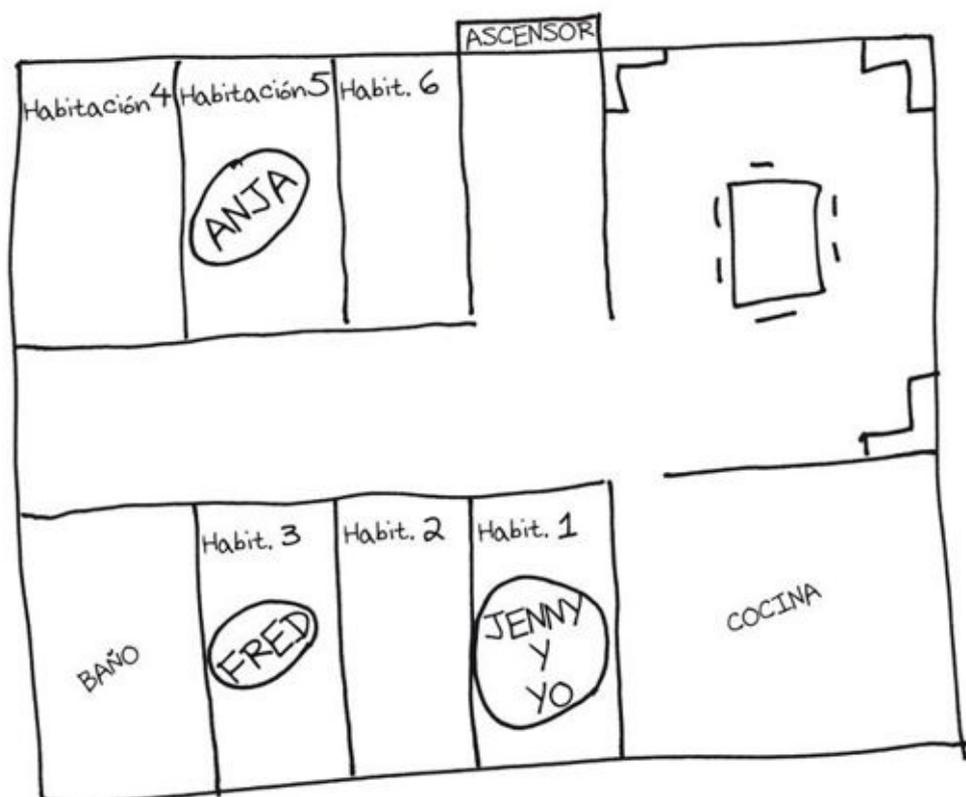
—¡Mierda! —ha mascullado entre dientes—. ¡Mierda!

Se ha dado la vuelta y ha salido con pasos bruscos.

He mirado a Jenny.

Ella se ha encogido de hombros.

Hemos continuado con el desayuno, en silencio, como un par de niños cuando la madre está de muy mal humor. Anja ha vuelto a irrumpir en la cocina para beberse un vaso de agua y todavía murmuraba palabrotas entre dientes, y le he echado una mirada de complicidad a Jenny, sentada al otro lado de la mesa, y me he dado cuenta de que ella me devolvía la mirada con un destello de malicia, como para decirme: «¿Lo ves? ¿Ves lo que te había dicho? Es desagradable».



Para que

estés informado, te dibujo un plano con las habitaciones que ocupa cada uno:

¿No ves nada raro?

Quizá sea pura coincidencia, pero, aparte de Jenny y yo, parece que todos los demás tratemos de mantenernos tan separados como nos sea posible. Y eso es raro, ¿no te parece? Porque estamos aquí, atrapados en esta situación de pesadilla, desesperados por encontrar una salida, y nos comportamos como si fuéramos unos desconocidos en un autobús.

¿O quizá no es tan raro?

Supongo que debe de ser normal actuar de este modo.

Después del desayuno he ido a ver cómo se encontraba Fred. He llamado a su

puerta y no me ha respondido. He llamado de nuevo y he acercado el oído. Nada. Lo he llamado por su nombre, he vuelto a llamar, y entonces he abierto la puerta y he mirado dentro. Estaba echado sobre la cama, con el cuerpo hecho una bola, sin más vestido que unos pantalones cortos. Las sábanas estaban caídas por el suelo, y le he visto cicatrices y tatuajes por todo el cuerpo, marcas de jeringas por los brazos y las piernas. Tiene un montón de cicatrices. Se había tapado la cabeza con la almohada y sudaba como un loco, y gimoteaba como un bebé.

El síndrome de abstinencia.

Aunque doblara las piernas, la cama era demasiado pequeña para él. Y eso que debe de medir, como mínimo, un metro ochenta por uno veinte.

—¿Cómo estás? —le he preguntado.

—Unnnhh —ha respondido.

—¿Quieres un poco de té?

—Unh.

—No nos han llegado aspirinas. Tendrás que aguantar.

—Funnhh...

—Te voy a dar un poco de té...

De camino hacia la cocina, he pasado frente a la habitación de Anja. La puerta estaba abierta y la he visto sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas y los brazos contra el pecho.

Jenny tiene razón, es desagradable. Guapa, pero desagradable. Tiene esa abrumadora confianza en uno mismo que solo puede provenir del dinero y la belleza.

—¿Quieres comer algo? —le he preguntado.

Ha vuelto bruscamente la cabeza al oír mi voz.

—¿Cómo?

—¿Te apetecería comer algo?

—¿Cuánto tiempo vamos a pasar aquí?

—No tengo ni idea.

Se ha apartado el cabello con la mano.

—Esto es insoportable. —Se ha puesto a mover el pie arriba y abajo, y luego se ha vuelto y me ha mirado. Una mirada larga, de la cabeza a los pies. Me ha examinado como si fuera un mueble o algo parecido. Al final, ha parpadeado, ha arrugado la nariz y ha apartado el rostro.

—¿Qué está haciendo la policía con el caso de Jenny? —le he preguntado.

—¿Cómo?

He suspirado.

—¿Qué decían en las noticias a propósito de Jenny?

—¿Qué Jenny?

La he mirado con ojos enojados.

—Ah, ya entiendo —ha respondido—. La niña... —Se ha encogido de hombros—. Creo que era una de esas peticiones de ayuda que pasan por televisión, ¿sabes?,

una rueda de prensa con los padres y demás. Y ha salido mucho en los periódicos, han salido muchas fotos, ya me entiendes.

—¿La policía tenía alguna pista?

Anja ha vuelto a encogerse de hombros.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—¿Han dicho si tenían alguna pista?

—Sinceramente, no he seguido en absoluto esa historia. Ahora mismo estoy muy atareada. No tengo tiempo para...

—Tendrías que empezar a salir de tu pozo de mierda —le he soltado.

—¿Disculpa?

—Ya me has oído. Deja de compadecerte, por Dios.

Me ha mirado con rabia.

—Para empezar, estaría bien que le hablaras a Jenny —he dicho entonces—. Ya sé que te va a costar, pero podrías fingir que tienes corazón.

Ha movido la cabeza con desagrado.

—No tengo por qué aguantar estas idioteces.

Me he encogido de hombros.

—¿Y tú qué vas a saber? —me ha replicado con sorna—. ¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes.

Yo quería que la respuesta sonara a tío guay, pero creo que no me ha funcionado.

La punta de su pie subía y bajaba a cien kilómetros por hora.

—Tendrías que haber ido cuando estaba oscuro —le he recordado.

—¿Disculpa?

—Al baño. Te lo dije la noche pasada. Tendrías que haber ido cuando estaba oscuro.

Ha descruzado las piernas, se ha frotado la rodilla, se ha sacado del zapato algo que la molestaba y luego ha cruzado las piernas de nuevo.

—¿Quieres que vaya contigo? —me he ofrecido.

—¿Cómo dices? ¡Pues claro que no!

—No voy a mirar. Me quedaré entre la cámara y tú, con la cara hacia el otro lado, para que no pueda verte.

Los labios se le han puesto rígidos. Se los ha mordido, me ha mirado intensamente, y luego ha vuelto el rostro. Nos hemos quedado en silencio.

He esperado un minuto y luego me he dado la vuelta para marcharme.

Ya en la puerta, he oído un sollozo leve. Me he vuelto otra vez. Anja había bajado la cabeza y hablaba con voz temblorosa.

—¿Por qué hace esto? —decía mientras lloraba—. ¿Qué he hecho yo? No me lo

merezco. No es justo.

—Toda esta historia no tiene nada que ver con la justicia.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Si me necesitas, estoy en la cocina —le he dicho.

El verano antes de fugarme fue muy cálido. Largo, cálido y tedioso. Como de costumbre, papá no solía quedarse mucho por casa, y yo me pasaba la mayor parte de las vacaciones viajando con él por el mundo, en hoteles y apartamentos impersonales, o —cuando se hartaba de que no lo dejara ir a su bola— en casa de amigos y parientes varios, a la mayoría de los cuales no conocía ni me gustaban. No logré estar en casa con papá hasta una semana antes de volver a la escuela. Y de todos modos no hacíamos más que discutir. Casi siempre sobre lo mismo.

—No entiendo por qué tengo que ir a un internado, papá. ¿Por qué no puedo ir a una escuela normal, una escuela cerca de casa?

—Sabes muy bien por qué, Linus. Lo hemos hablado un millón de veces.

—Sí, pero...

—Dame otro año, ¿vale? Cuando haya puesto en marcha todos estos proyectos ya no tendré que viajar tanto, y entonces...

—El año pasado me dijiste lo mismo.

—Ya lo sé. Pero...

—Y también el anterior.

—Ahora será distinto. Te lo prometo. Dentro de un año todo se va a arreglar.

Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que había llegado el momento de marcharme.

A las 23.55

Esta noche tan solo he escrito una breve lista de la compra. Tenemos comida suficiente para mañana, y por eso solo le he pedido ropa y algo para leer. No me he molestado en preguntarles a los demás si querían algo. Me estoy hartando de hacerles de mamá. Saben muy bien cómo funciona esto. Si les interesa algo, que lo pidan ellos mismos.

Después de dejar la nota en el ascensor, me he quedado dentro durante un rato, con la mirada fija en la cámara. Sabía que sería inútil, pero lo he hecho de todos modos. Estaba tenso e irritable y no se me ha ocurrido nada mejor que hacer. Así que me he quedado allí, con la mirada fija en la cámara, para ver lo que ocurría. Han llegado las nueve, han pasado, y el ascensor no se ha movido.

—Venga —he dicho, mirando hacia arriba—, sácame de aquí. Te prometo que no voy a hacerte nada. Tan solo quiero verte, charlar contigo.

No ha habido respuesta.

He sonreído.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no te fías de mí?

Nada.

He esperado un minuto más, y entonces he suspirado y he salido de la cabina. Tan pronto como me he alejado de la puerta, los motores del ascensor han empezado a murmurar, y entonces he saltado dentro de nuevo.

El murmullo se ha detenido.

He mirado al techo.

—Supongo que si sigo con esto acabarás por hacerme algo desagradable, ¿verdad que sí?

El silencio empezaba a molestarme.

—Está bien —he dicho, y he salido—. Ya te pillaré en otro momento.

Mientras me alejaba por el pasillo, he oído cómo el ascensor subía. La puerta se ha cerrado, el murmullo ha comenzado y el ascensor se ha ido para arriba. He ido al baño, he abierto el grifo de agua fría y me he metido dentro sin desnudarme.

Falta poco para que se apaguen las luces. Mi ropa todavía está empapada y tiemblo debajo de la manta. Creo que ha bajado la calefacción. Ese cabrón es vengativo.

Pero al menos ya estoy limpio.

Jenny no ha hecho ruido en toda la noche.

Anja no se ha dejado ver desde la mañana.

Fred suelta de vez en cuando una especie de aullidos.

Se me ha ocurrido lo que puedo hacer con la cámara del baño.

Sábado, 4 de febrero

Ni ropa nueva ni nada para leer. Fred sigue fuera de combate. He resuelto el problema del baño y me he electrocutado.

Esta mañana, al encenderse las luces, le he explicado a Jenny mi idea para el baño. Es tan sencilla que me siento idiota por no haberlo pensado antes. Jenny ha sido la primera en intentarlo. Ha salido con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué tal ha ido? —le he preguntado.

—Estupendo.

Su rostro estaba radiante. Ha sido una maravilla verlo. Querría quedarme con ella y empaparme, bañarme sin más en su alegría, pero la idea me gustaba demasiado. Casi he llegado a sentir vergüenza.

—Bueno —he dicho—, creo que tendría que ir y darle la noticia a la señorita Estirada.

Me he acercado a la habitación de Anja, he llamado, he esperado a que me respondiera y he entrado. Todavía estaba en la cama. La habitación olía mal. Tenía los ojos hinchados y el cabello enmarañado y sin brillo.

—¿Sí? —ha dicho.

Había un envase de copos de avena en el suelo y una hogaza de pan en el pequeño armario.

—¿Sí? —ha repetido.

—¿Cómo estás hoy?

—¿Qué quieres?

Le he echado una mirada al pan.

—¿Un aperitivo de medianoche?

—Tenía hambre.

—Podrías comer con nosotros, ¿sabes? No somos unos salvajes.

—¿Querías algo?

Le he mostrado la sábana que llevaba en la mano.

—Privacidad.

—¿Cómo?

Le he enseñado el agujero, del tamaño de una cabeza, que había abierto en la sábana

—Solo tienes que ponértela —le he explicado—, como si fuera un poncho. Puedes ir al baño, lavarte y emplear la taza sin que él vea nada.

—¿Eso es todo?

Le he lanzado una mirada.

—Pensaba que estarías contenta.

—Sí, desde luego, ahora mismo estoy en éxtasis.

No se me ha ocurrido nada que pudiera decirle. He clavado los ojos en ella. Estaba tendida en una posición un tanto desagradable, como doblada, con las rodillas plegadas hacia arriba y un brazo debajo de la manta. La otra mano jugueteaba nerviosamente con el collar de plata que llevaba al cuello.

He olisqueado, he mirado por la habitación, y entonces he vuelto a mirarla a ella.

—¿Qué? —ha preguntado.

—Vuelvo dentro de un minuto.

He salido de la habitación y he seguido el pasillo hasta la cocina. He mirado en el fregadero, luego en el armario, luego debajo del fregadero. Me he detenido un instante, he mirado en todas direcciones, y luego he regresado a la habitación de Anja. Estaba sentada y se cubría hasta el pecho con la sábana.

—¿Te importaría decirme qué es lo que estás haciendo? —ha exclamado.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está el qué?

—La palangana en la que meas.

—¿La qué?

Trataba de fingir que estaba molesta y dolida, pero no le ha funcionado.

He suspirado.

—La palangana de la cocina ha desaparecido. Apuesto a que debes de tenerla escondida debajo de las sábanas. La has estado utilizando para mear, ¿verdad que sí? Se huele desde aquí.

—¿Cómo te atreves?

De repente, me he sentido muy cansado.

—Mira, tía —he dicho—, ya sé que no es agradable que te vigilen en todo momento, pero todos nosotros navegamos en el mismo barco. Piensa en lo que haces. Meas en la palangana, la vacías en el váter, vuelves a dejarla en el fregadero. Y entonces nosotros lavaremos los platos en esa misma palangana, comeremos con esos platos, nos tragaremos los microbios de tus meados, nos pondremos enfermos y nos moriremos. ¿Es eso lo que quieres?

La cara se le ha puesto roja como un tomate.

—Yo iba a...

—No, no ibas a hacer nada. Mira, no puedes pensar solo en ti misma. No puedes esconderte aquí con la esperanza de que esto se acabe.

Por un instante se le han visto chispas en los ojos, y luego ha bajado el rostro, avergonzada.

—Tengo miedo.

—Todos nosotros tenemos miedo. —He agarrado la sábana-poncho y la he arrojado sobre su cama—. Si tienes que ir al baño, llévate esto. Y recuerda que tienes que lavar muy bien la palangana antes de devolverla a su lugar.

Dios mío, este sitio va a acabar conmigo.

Esta noche, después de que el ascensor subiera, he pasado un rato mirando a la puerta cerrada. Mirando y pensando. Pensando y mirando. Esa puerta es tremenda. Lisa, plateada, de textura granulosa, sólida, hermética. No tiene resquicios en los bordes ni abajo. Ni marcas. Ni defectos. Ni arañazos.

Después de contemplarla durante un rato, he agarrado una cacerola de la cocina y le he arreado un buen golpe. No ha servido para nada, pero así me he sentido mejor. La he golpeado varias veces, y luego le he dado patadas, y al final he dejado la cacerola en el suelo y he golpeado en la puerta con las dos manos. Un relámpago me ha atravesado el cuerpo y me ha lanzado al suelo.

La puerta estaba electrificada.

Han pasado dos horas desde entonces.

Las manos todavía me tiemblan.

Mañana será domingo. He pasado una semana aquí. Siete días. Algunas veces me siento como si llevara aquí toda una vida, y otras como si acabara de llegar.

Los recuerdos van y vienen.

Mi casa, la casa donde vivíamos antes de que mamá muriera. Papá. La escuela. La estación, el metro, la gran escultura metálica en Broadgate... todo eso queda ya en el pasado, en otro mundo, en otro planeta. A años luz de aquí. Pero las pequeñas cosas... aún las conservo en la memoria. Recuerdos a medio formar de los tiempos en los que era niño, pequeñas historias, mitos. Momentos. Las cosas de la calle. Las que están fuera del tiempo. Las que no lo están tanto. Como la mañana del domingo pasado. Aún recuerdo lo que sentía con los pies en el andén, el hormigón liso y gris, frío y llano. Siento el peso de la guitarra que se me clavaba en el hombro. Siento el chirrido de la cuerda del do cuando la guitarra me rebotaba contra la espalda. ¿Qué más oigo todavía? Los sonidos del domingo por la mañana. El rumor de las palomas. El tráfico de las primeras horas. El golpeteo de las botas con punta de acero del tío corpulento que trabajaba en el andén. Calzado de matón. Clac clac. Clac clac. Clac clac. Luego el sonido se desvanece, la película que tengo en la cabeza se rebobina y vuelvo a estar en la parte de atrás de la camioneta del ciego. La camioneta sufre una sacudida y me doy cuenta de que el ciego ha subido detrás de mí y comprendo que se trata de una trampa, pero ya es demasiado tarde. Me agarra por la cabeza y me pone un trapo húmedo sobre el rostro y siento que me ahogo. Me entra un producto químico por la nariz. No puedo respirar. No me llega el aire. Los pulmones me arden. Pienso que voy a morir. Forcejeo, trato de golpearlo con los codos y las piernas, le doy patadas, golpeo el suelo con los pies, sacudo la cabeza como un loco, pero no me

sirve de nada. Es fuerte, mucho más fuerte de lo que parece. Sus manos me agarran por el cráneo como unas tenazas. Al cabo de unos segundos empiezo a sentir como un aturdimiento, y luego...

Nada.

Lo que constato entonces es que han pasado siete días y aún estoy aquí sentado, pensando en todo ello. Y lo que me molesta de verdad es no saber más que entonces. Todavía no sé dónde estoy. Todavía no sé lo que hago aquí. Todavía no sé lo que quiere. Todavía no sé cómo escapar. Todavía no sé lo que me deparará el futuro. Todavía no sé lo que voy a hacer.

No lo puedo soportar.

Lo odio todo. Incluso esto, esta ridícula libreta, este diario, o como sea que haya que llamarlo. Lo desprecio. Porque ¿de qué me sirve, al fin y al cabo? ¿Para quién escribo? ¿Quién eres? ¿Por qué te hablo? ¿Qué vas a hacer para ayudarme?

Nada.

Menos que nada.

Si existes, si lees esto, será que probablemente he muerto. Porque si logro escapar de aquí, lo primero que voy a hacer será quemar esta libreta. Te voy a quemar a ti. Dejarás de existir. Pero entonces...

Un momento.

Si salgo de aquí y te quemo, si te borro de la existencia, ¿habremos de entender que no has existido nunca?

Mierda..., me cuesta hacerme a la idea.

Vamos a pensarlo.

Ahora mismo tienes que existir. Si no, es que estoy muerto.

Pero no lo estoy. Y ninguno de los dos sabe cómo va a terminar todo esto...

Por lo tanto...

Mierda.

No puedo perder el tiempo con esto.

Me encuentro mal.

Me voy a dormir.

Domingo, 5 de febrero

Por la tarde, no sé muy bien a qué hora. He sufrido una diarrea muy mala durante todo el día. Tengo la boca seca y me duele el vientre.

No puedo levantarme de la cama.

No me quedan energías para escribir.

Más tarde, por la noche.

Sigo en la cama. No sé qué hora es. Me había dormido. Oigo a los otros hablando en la cocina. Jenny, Anja, Fred. Es un sonido reconfortante, pero al mismo tiempo me deprime. Me siento excluido. Ahora, por fin, todo el mundo habla con todo el mundo, y yo me encuentro mal y no puedo tomar parte. No es justo.

Toda esta historia no tiene nada que ver con la justicia.

Todavía más tarde.

Parece que el estómago se me haya calmado. Aún me duele un poco, pero no mucho. Solamente un dolor sordo, en lo más profundo. Hace un rato que no tengo que ir al servicio, y eso es bueno. La diarrea constante es una buena mierda. No era ningún chiste. Diarrea, borboteos intestinales, malos olores... olores muy malos. Esta habitación está verdaderamente apestosa.

Jenny me ha traído cuencos de sopa durante toda la noche. Sopa caliente, leche caliente, toallas frías. Le digo una y otra vez que no quiero comer nada, pero ella me lo trae igualmente. Por si acaso, dice. Cada vez que entra, hace esfuerzos por no arrugar la nariz, pero no logra evitarlo. No le echo la culpa. Este olor es para arrugar la nariz.

Le he insistido en que esta noche tiene que dormir en otro sitio.

—Pero necesitas a alguien que cuide de ti —ha replicado.

—No sé lo que tengo, pero se te podría contagiar —le he explicado—. ¿Quién cuidará de mí si tú te pones enferma?

—Bueno... —Ha vuelto a arrugar la nariz—. Creo que podría dormir en la habitación de al lado.

—Así al menos respirarás.

Me ha mirado con una sonrisa incómoda.

—Mira —le he dicho—, voy a dejar la puerta abierta, ¿vale? Si te necesito, daré golpes en la pared. Y si tú me necesitas...

—Silbaré. Sé silbar muy bien.

Ha silbado para demostrármelo. Luego ha recogido la bandeja con la sopa ya fría

y ha salido.

Fred ha venido hace un rato. Dice que todavía se siente como una mierda, pero le parece que lo peor ya ha pasado. No pinta bien. Ha perdido mucho peso. Se le han puesto los ojos como lagrimosos y le salen mocos por la nariz. Tiene el aspecto de una persona que se recupera de una gripe muy mala. Casi no ha dicho nada, tan solo me ha preguntado cómo estaba, me ha deseado una rápida recuperación y todo eso. En un primer momento me he sentido raro: estaba solo, en esta habitación tan pequeña, con ese hombre tamaño oso. Me he puesto nervioso. Como si me faltara el espacio. Pero al cabo de un rato, cuando me he dado cuenta de que no se me iba a comer ni nada parecido, me he relajado un poco. Le he hablado. Le he preguntado cómo estaba, qué pensaba de todo esto... cómo escapar, cómo salir de aquí, cosas de ese tipo. Ha estado bien: nos hemos quedado los dos solos y hemos hablado de asuntos varios. Por extraño que resulte, me ha relajado. Incluso ha llegado a sonreírme. Tiene los dientes sorprendentemente bonitos. Más pequeños de lo que imaginaba. Y más blancos.

No sé qué clase de dientes me esperaba. Quizá dientes con tatuajes, o colmillos, o yo qué sé.

Antes de salir me ha dado una palmada amistosa en el hombro. Ya me entiendes, una de esas palmadas hombre-a-hombre / nos-vemos-luego-colega. Creo que nunca me habían dado una igual.

Ha sido agradable.

Ese tío empieza a caerme bien.

Unos diez minutos después de que Fred se marchara ha venido Anja. Me ha traído una taza de té. Lo primero que ha dicho ha sido: «No puedo quedarme mucho rato». Como si tuviera que atender un asunto muy importante en otro lugar. He asentido con la cabeza. Ha permanecido de pie con la taza de té. Creo que quiere darme las gracias por no haber contado a los demás nuestro secretito. Ya me entiendes: que meaba en la palangana. Lo veo en sus ojos. Inseguridad, culpa, conflicto. Ella quería darme las gracias, pero al llegar el momento se ha asustado. Su educación ha podido con ella. Ha sonreído de manera forzada, ha dejado el té sobre el armario y se ha escabullido.

He suspirado para mis adentros y he cogido la taza.

El té estaba asqueroso.

Lunes, 6 de febrero

Ahora somos cinco.

Esta mañana, al encenderse las luces, el ascensor ya estaba abajo, y un hombre gordo con traje gris dormía en el suelo. Ha sido Fred quien lo ha encontrado. Le ha vuelto el apetito y se había levantado temprano en busca de algo para comer. Ha oído un ronquido que provenía del ascensor. Ha visto al gordo, lo ha sacado y nos ha llamado a gritos para que fuéramos a verlo.

Hemos ido y lo hemos visto.

Primero Jenny, luego Anja, y luego yo.

No sé si será porque había pasado el día anterior en la cama, pero la imagen de nosotros tres al salir tambaleantes de las habitaciones y caminar hacia el ascensor me ha deprimido de verdad. Por nuestro aspecto —desaliñado y pálido, sin fuerzas para levantar los pies del suelo, los ojos fatigados— y nuestra manera de caminar, con la falta de pasión de los condenados a muerte...

Dios mío, todos nosotros parecíamos tan débiles, tan desesperados...

Fred se erguía con orgullo sobre el gordo, como un gato sobre un ratón muerto.

—Eh, mirad lo que he encontrado.

Hemos mirado. Era un hombre de treinta y muchos, gordo, de cabello moreno y rizado, y caspa en el cuello de la americana. Estaba echado al lado de Fred y roncaba ruidosamente. La punta de la lengua le asomaba entre los labios.

Me he agachado para tomarle el pulso.

—Huele a alcohol —he dicho.

Fred ha olisqueado.

—¿Está drogado?

—Quizá. Pero no huele a cloroformo.

Me he acercado más. El gordo ha abierto los ojos, ha tosido una sola vez y ha vomitado.

Se llama William Bird. Es el típico empleado que reside en las afueras y se desplaza cada día para ir a trabajar. Vive en un pueblo cercano a Chelmsford y trabaja en Londres, en la City. Consultoría administrativa, creo que ha dicho. Ayer por la noche, al salir del trabajo, conoció a un hombre en un bar de la estación de Liverpool Street. Ha dicho que tenía un aspecto muy normal. Traje, impermeable, gafas, bigote. También se dirigía a Chelmsford. Compartieron varias copas, hablaron de dinero y de coches, y luego subieron juntos al tren y volvieron a compartir varias rondas que les suministró el vendedor ambulante.

—Recuerdo que subí al tren —ha explicado Bird—. Pero después... —Ha negado

con la cabeza con desagrado—. Todo se vuelve borroso. Me habré desmayado.

—¿Te has meado encima? —le ha preguntado Fred.

—No, hasta ese punto, no.

Fred se ha vuelto hacia mí.

—Seguro que le dio Rufis. O Special K. Algo de ese tipo.

He asentido. «Rufis» es el nombre coloquial del Rohypnol, una droga que te deja inconsciente y provoca amnesia. Si echamos un par de rufis en una copa, quien se la beba dejará de enterarse de lo que le sucede. Special K es clorhidrato de ketamina, un tranquilizante para animales.

Bird me ha mirado.

—¿No te conozco de algo?

Sí, yo creo que sí. Seguro que has pasado cien veces por mi lado en Liverpool Street. Lo más seguro es que me hayas lanzado un centenar de malas miradas, o hayas fingido no verme, o me hayas tirado un paquete de tabaco vacío en la funda de la guitarra.

—No creo —he dicho.

Bird se ha aflojado el nudo de la corbata y ha mirado a su alrededor.

—Pero ¿dónde diablos estamos? ¿Qué sucede? Tenía una reunión a las tres.

He dejado que fueran los otros quienes le dieran la buena noticia y he regresado a mi habitación para echarme en la cama. No me sentía muy mal, pero tampoco tenía ganas de estar levantado. Desde luego no me apetecía hablar con un oficinista regordete y explicarle que estaba preso en una especie de búnker subterráneo por obra de un hombre desconocido con intenciones desconocidas, que no había ninguna manera de salir, ni nada que se pudiera hacer, ni intimidad, ni vida, ni esperanza, ni NADA. Que podríamos pasarnos años encerrados aquí...

Podríamos pasarnos años encerrados aquí.

No, no tenía ganas.

Me voy a dormir.

Me ha despertado el sonido de los gritos y los golpes metálicos, luego se han apagado las luces y un silbido muy agudo me ha perforado la cabeza. El sonido más fuerte y más doloroso que haya oído en mi vida. Solamente habrá durado unos treinta segundos, pero me ha parecido una eternidad. He pensado que se me iba a partir el cráneo.

Aún tenía las manos tapándome la orejas cuando la luz se ha encendido de nuevo, y Jenny ha irrumpido en mi habitación y me ha contado lo que había pasado. Al parecer, Fred había cargado contra una de las cámaras con una cacerola. Para impedir que lo rociaran, se había cubierto la cabeza con una sábana y se había envuelto las

manos con tiras de una camiseta rota.

—¿Qué le ha ocurrido? —le he preguntado a Jenny. Los oídos aún me silbaban y oía mi propia voz como amortiguada.

Jenny movía una mano de un lado para otro.

—Ha dado un buen par de golpes, y entonces ha salido el chorro de espray y ha empapado la sábana, y Fred se ha puesto a gritar.

—¿Ha sufrido algún daño?

—¿Cómo?

—¿Ha sufrido algún daño?

—¿La cámara? No.

—¿Y Fred?

—Tiene los ojos y la cara quemados, y se ha hecho daño en un brazo al caerse de la silla. También le sale sangre de los oídos.

—¿Por el silbido?

Jenny se ha metido un dedo en el oído.

—¿Cómo?

—El silbido.

—Me duelen los oídos.

—Lo sé.

No parecía que pudiéramos decirnos mucho más. Jenny me ha mirado. Yo me he encogido de hombros. Ha vuelto a meterse los dedos en los oídos y se ha estremecido de dolor.

—¿Por qué nos hace todo esto, Linus? —ha preguntado mientras se secaba una lágrima—. ¿Por qué es tan malo?

—No lo sé. Creo que algunas personas son así. Les gusta ser malos.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Hará un par de meses, una cuadrilla de corredores de bolsa me pegó una paliza. Bueno, me parece que eran corredores de bolsa. Corredores de bolsa, banqueros, comerciantes, algo en esa línea. Eran unos seis o siete. Hombres jóvenes de traje elegante y peluquería cara. Era el anochecer de un viernes, hacia las ocho. Frío y lloviznoso. Húmedo. Yo tocaba en Prince Street. Por allí hay un montón de bares de vinos y los viernes por la noche se llenan. Ya me entiendes, es el final de la jornada laboral, el fin de la semana, el inicio del fin de semana, el momento para salir de fiesta, todo eso. De todos modos, pensé que quizá tendría suerte, que lograría tocarle la fibra sensible a alguien, que sacaría algún dinero. Así que me puse en un lugar resguardado, a la entrada de un edificio de oficinas, saqué la guitarra, coloqué la funda en el suelo y empecé a tocar. Y me fue bastante bien. Me había sacado un buen número de monedas de cincuenta peniques, y de libra, y unas pocas de dos libras.

Incluso hubo alguien que me echó un billete de cinco muy arrugado.

Entonces vinieron, los corredores de bolsa, los hombres de traje elegante. Iban muy borrachos y se esforzaban por divertirse. Gritones, con la cara roja. Se reían y se empujaban unos a otros. Cuando pasaban junto a mí, uno de ellos tropezó con el bordillo y dio un traspie en dirección hacia mi puerta. Al caerse le dio un golpe a la funda de la guitarra y la volcó. Las monedas se desparramaron y se fueron rodando en todas las direcciones, por el suelo, bajo los pies de la gente que pasaba, por el desagüe inundado de agua de lluvia. Dejé de tocar y contemplé al idiota borracho que a duras penas había logrado ponerse de rodillas enfrente de mí. Llevaba fijador en el cabello y unas patillas pequeñas y aseadas, y se rio como un idiota y empezó a agarrar monedas y a arrojárselas a sus compañeros.

—¡Gilipollas! —le dije.

Dejó de reírse y me miró con odio.

—¿Qué has dicho?

—Ese dinero que estás tirando es mío.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Agarró una moneda de una libra.

—¿A esto lo llamas dinero?

Empecé a pensar que habría sido mejor no decir nada. Sus amigos se habían acercado torpemente y se habían puesto en semicírculo detrás de él, lo jaleaban, querían bronca. Se estaba poniendo en pie. Iba borracho, no podía echarse atrás.

La situación no era fácil.

—Mira —le dije con voz tranquila—, dejémoslo correr, ¿vale? No importa.

Dio un paso hacia mí, con la moneda en la mano extendida.

—¿A esto lo llamas dinero?

Suspiré.

—No busco bronca.

—¿Quieres esto? —respondió, y me acercó la moneda a la cara.

No dije nada.

—¿Quieres esto? Toma... —Arrojó la moneda a un charco—. Es tuya. Ya puedes recogerla.

Lo miré.

Me sonrió.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Eché una mirada a los demás. Estaban callados, tensos, a la espera de que empezásemos.

—Eh —dijo el borracho.

Volví a mirarlo.

Se me acercó todavía más, y sonreía.

—Te he dicho que la recojas, hijo de puta desgraciado.

Ya no podíamos quedarnos en las meras palabras. Había traspasado una línea. Solo podía hacer una cosa. Y la hice. Solté la correa de la guitarra y me acerqué al charco, con la guitarra sujeta por el mástil. Oí una risilla, luego un bufido prepotente, y entonces me volví de pronto y le golpeé la cabeza al borracho con la guitarra. El sonido fue bueno, un clonc fuerte, como de cosa hueca, pero no creo que le hiciera mucho daño. Si no hubiera estado borracho, probablemente no se habría caído. Pero estaba borracho, y se cayó, y eso ya fue demasiado para sus compañeros. Se me echaron encima y me dieron de patadas hasta dejarme hecho una mierda.

Ahora ya es tarde. Después del episodio del silbido no he logrado volverme a dormir, así que he salido a caminar, pensando y mirando, mirando y pensando. Tiene que haber alguna manera de salir de aquí, pero por ahora soy incapaz de verla.

Mientras yo caminaba, Anja y Bird estaban sentados a la mesa y charlaban. He oído que Bird le decía a Anja que la policía la buscaba. Habían encontrado su coche, registrado el apartamento donde había desaparecido, analizado las llamadas que había hecho desde su puesto de trabajo, etcétera.

—¿Y? —le ha preguntado Anja.

—Lo último que he oído es que no habían llegado a ninguna conclusión.

Anja movía la cabeza con disgusto.

—Incompetentes de mierda.

Me he pasado todavía un buen rato caminando de un extremo al otro y finalmente he regresado a mi habitación.

Y aquí estoy.

He pensado en papá, he tratado de imaginarlo en una de esas ruedas de prensa que se suelen ofrecer cuando desaparece un muchacho. La sala repleta de periodistas y de reporteros de televisión, los padres (o tan solo uno de los dos) flanqueados por periodistas con la cara seria. El/los padre/s tienen una expresión severa en el rostro, tratan de no llorar, intentan mantener la calma. Los labios de la madre/del padre tiemblan cuando ella/él lee una declaración en la que solicita colaboración para obtener datos...

Entonces, de pronto, me doy cuenta...: papá no se va a enterar de que he desaparecido. Por supuesto que no se va a enterar. Hace cinco meses que no sabe nada de mí. Los únicos que probablemente se darán cuenta de mi ausencia son Sinoreja y Bob, *Windsor* Jack y algún otro marginal, y difícilmente van a perder el sueño por mí. En la calle, las gentes vienen y van sin cesar. No hay nada que dure, nadie se queda mucho tiempo. Puede que durante un día o dos se hayan preguntado dónde puedo estar, pero después me habrán robado todas mis cosas —las mantas, la funda de la guitarra— y se habrán olvidado de mí.

Papá cree que estoy bien. Un par de días después de marcharme le mandé un mensaje. «Estoy bien —le dije—. Tengo dinero. Vivo con unos amigos. Por favor, no

llames a la policía. Volveré cuando esté en condiciones de volver. Muchos besos. Linus».

A veces me pregunto qué debió de pensar papá cuando lo leyó. Me imagino su cara al abrir el sobre. La boca torcida bajo el bigote gris, los ojos que bizquearían al desplegar el papel y leer el mensaje. Me pregunto si pensó: «Bueno, pues sí, quizá le irá bien. Que aprenda a apreciar todo lo que tiene». O quizá: «Mierda, pero ¿qué le pasa? Qué niño más imbécil». O quizá tan solo pensó...

No lo sé.

En estos momentos tengo el cerebro hecho caldo.

No sé qué pensar acerca de nada.

Ahora me doy cuenta de que no me he explicado bien. No te he contado lo que quizá (o quizá no) quieras saber: mi historia, los detalles de mi vida. Pero tienes que verlo bajo mi punto de vista. Tienes que entender lo que representas para mí.

Para mí, al menos por ahora, no eres más que un trozo de papel. En el mejor de los casos, un espejo. En el peor, un medio para un fin. La verdad es que lo único que hago es hablarme a mí mismo. Le hablo a Linus Weems. Y sé todo lo que hay que saber sobre él. Sé lo que ha hecho, y lo que piensa, y cuáles son sus secretos. Así que no es necesario que te explique nada. No tengo ninguna necesidad de contar su historia.

No quiero contarla.

Estoy asqueado de todo.

23.45

Acabo de ir al baño. Al menos por lo que respecta al culo y al vientre, todo ha vuelto a la normalidad.

Al regresar a la habitación he visto de nuevo a Anja y a Bird. Siguen sentados a la mesa. Todavía hablan. Deben de llevar toda la noche ahí. Anja se ha lavado el cabello y Bird se ha quitado la americana y la corbata. Se ha subido las mangas de la camisa y hace esos insoportables gestos con las manos que los hombres de negocios hacen sin cesar... señalan con el dedo, cortan el aire con el canto de la mano y enseñan las palmas al mismo tiempo que formulan sus preguntas. ¿Yuh yuh yuh? Anja está inclinada hacia adelante y tiene las piernas cruzadas, asiente con toda sinceridad en los momentos precisos, menea el cabello.

No se han dado cuenta de mi presencia.

Otra cosa antes de que lo deje para irme a dormir. Bird ha dicho que el hombre lo pilló ayer por la noche, cuando volvía a casa después de trabajar. Pero, si no me

equivoco, ayer era domingo.

¿Qué significa eso?

- ¿Bird trabaja los domingos? Improbable.
- ¿Bird miente? Posible.
- ¿He perdido la cuenta de los días? Probabilísimo.

Eso es todo.

Martes (?), 7 de febrero

Hemos tenido una reunión.

La habían anunciado Anja y Bird. A las 10.00 horas. En torno a la mesa.

Así es como ha empezado:

BIRD (abre la libreta): ¿Todo el mundo está a punto? ¿Tú también, Fred?

FRED (mira al techo, se arranca piel quemada de los labios): Sí, ¿qué pasa?

BIRD: ¿Estás a punto?

FRED: ¿A punto para qué?

BIRD: Tenemos que hablar. Todos nosotros.

FRED (con sonrisa cínica): Bueno, vale, pues empecemos.

BIRD (mira en derredor de la mesa): Vale, empecemos por tener claro quiénes somos. Voy a empezar yo. Me llamo Will Bird. Tengo treinta y ocho años. Nací en Southend y me mudé a Chelmsford hará unos diez años. Comparto casa con mi compañera, Lucy, que es administradora de un centro de llamadas. He trabajado durante ocho años en consultoría administrativa, sobre todo en el sector financiero. Antes había trabajado en formación para la atención al cliente. Mis *hobbies* favoritos son el Paintball y los coches teledirigidos. ¿Linus?

YO: ¿Qué?

BIRD: Háblanos de ti.

YO: ¿Por qué?

BIRD: Para establecer comunicación y confianza...

YO: ¿Confianza?

ANJA (a mí): Escúchalo. Quiere ayudarte.

BIRD (sonriéndole a Anja): Gracias. (Se vuelve hacia mí con sonrisa falsa). Hey, Linus, venga, vamos a trabajar juntos. Tenemos que hacer acopio de sinergias.

YO: Hey, sí, ya lo sé.

BIRD: Necesitamos motivación, determinación, solidaridad...

YO: Lo que necesitamos es una puerta de salida.

FRED: Así se habla, joder.

ANJA: ¡Ohhh!

FRED (mirándola con desprecio): ¿Y a ti qué te pasa?

ANJA: Nada.

FRED: No, claro, nada de nada. Qué jodida. Qué me vas a decir. Nada... y una mierda. Desde que estás aquí lo único que has hecho ha sido estar jodida y calentar la silla con esa mierda de culo que tienes, y ahora que se ha presentado el gordo maricón este resulta que quieres ponerte a trabajar.

BIRD: Oye, un momento...

FRED (con mirada amenazante): ¿Sí?

ANJA (con sonrisa burlona): Venga, adelante. ¿Por qué no le pegas con una cacerola?

FRED: Al menos trato de hacer algo.

ANJA: Sí, anda ya.

FRED: Anda y que te follen.

BIRD (dando un golpe sobre la mesa): ¡Ya basta!

FRED: Que te follen a ti también, gordo de mierda.

Entonces Jenny se ha puesto a llorar.

Hemos hecho una pausa.

Anja y Bird han salido al pasillo y los demás nos hemos ido a la cocina. Mientras Jenny se lavaba la cara y se secaba las lágrimas, he preparado un poco de té y he hablado en voz baja con Fred.

—Le das miedo a Jenny —le he dicho—. Baja un poco el tono. Y no digas tantas palabrotas. Es una niña.

—A los niños les importa una mierda oír palabrotas.

—A algunos sí les importa.

—Sí, bueno...

—Le das miedo.

—Yo no tengo la culpa. La culpa la tienen ellos, Bird y Anja, me ponen la cabeza como un bombo. Toda esta mierda de hacer reuniones...

—Sí, ya lo sé. A mí tampoco me gusta. Pero poniéndonos todos así tampoco vamos a solucionar nada, ¿no?

Me ha mirado con ojos fríos e impregnados de violencia.

—¿Sabes lo que podría hacerles? —ha dicho.

—Me imagino que de todo.

—Aún sería capaz de sorprenderte.

Por un instante se ha hecho un silencio íntimo. Duro y difícil. No he podido romperlo. Las palabras que quería decir se me han quedado atravesadas en la garganta. Lo único que podía hacer era seguir con la mirada fija en Fred. Su monumental testa de piedra arrojaba silenciosas amenazas por toda la habitación.

Entonces, de repente, le han centelleado los ojos y sus labios se han despegado para sonreír, y se ha inclinado sobre la mesa y me ha dado una palmada en el hombro.

—¿Sabes qué problema tenemos? —ha dicho.

—¿Qué?

—Que a ti y a mí... nos han jodido desde el primer día.

Mi casa es un chalet en el campo. Consta de seis dormitorios, tres baños, tres recibidores, una bodega, una biblioteca, establos, un campo de *croquet* y una piscina. Mi padre es propietario de tres coches. Tenemos otra casa en California y una villa en el Algarve. Y desde los doce años he tenido la mejor educación que se puede pagar con dinero.

Sí, Fred, tienes razón: jodido desde el primer día.

Al cabo de media hora hemos hecho otro intento de reunión. Esta vez nos hemos ceñido a lo más básico.

¿Quién, o qué, es la persona que nos ha secuestrado?

Un psicópata.

Un perverso.

Un coleccionista de personas.

¿Qué quiere?

Observarnos.

Matarnos.

Conservarnos como mascotas.

¿Dónde estamos?

En un sótano.

Un subterráneo.

¿En algún lugar cerca de Londres?

¿En algún lugar cerca de Essex?

¿Qué vamos a hacer?

Sobrevivir.

Escapar.

¿Cómo vamos a sobrevivir?

Comiendo.

Bebiendo.

Manteniendo la higiene personal.

Conservando la calma.

Organizándonos.

¿Cómo vamos a organizarnos?

Parece que nuestra organización consistirá en distribuir las tareas por turnos. Ya lo hemos decidido. Así pues, a partir de ahora:

Uno de nosotros se encargará de la lista de la compra, de apuntar las peticiones que surjan a lo largo del día, de pensar en lo que podamos necesitar y de escribir la lista y procurar que cada noche esté dentro del ascensor a las nueve.

Uno de nosotros se encargará de lavar la ropa y de la limpieza general. Meterá toda la basura en una bolsa de basura y la dejará en el ascensor. (Tenemos que pedir bolsas de basura).

Otro esperará el ascensor todas las mañanas, sacará las provisiones y las colocará en su lugar.

Y otro se encargará de cocinar. Dos veces al día. A las nueve treinta y a las dieciocho treinta. Si a alguien le apetece comer en algún otro momento, tendrá que cocinar por su cuenta.

Haremos turnos. Seguiremos un sistema de rotación, con una tarea distinta para cada día.

Otra cuestión que hemos tratado de discutir es: ¿CÓMO VAMOS A SALIR DE AQUÍ? Y ha sido en ese momento cuando todos nos hemos callado, y uno tras otro hemos levantado los ojos hacia la rejilla del techo. La rejilla nos devolvía la mirada y se burlaba de nuestro silencio con su frío ojo de color blanco. Todo lo ve, todo lo oye.

Fred ha roto el silencio.

—¿Cómo vamos a poder salir de aquí si nos observa en todo momento? Ni siquiera podemos hablar de escapar.

—¿Estáis seguros de que hay cámaras? —ha preguntado Bird.

He asentido.

—Y micrófonos.

—¿Y no podéis taparlos?

—¿Tú cómo crees que me hice esto? —ha replicado Fred, y le ha señalado las quemaduras de su cara—. ¿Tomando el sol?

—Hmm —ha murmurado Bird, y ha garabateado algo en su libreta.

—Dame eso —le he dicho.

—¿El qué?

—La libreta.

—Es que estoy tomando notas de la reunión...

—Pásamela un momento.

Bird me la ha pasado de mala gana.

—¿Y el bolígrafo?

Me ha pasado el bolígrafo.

He cubierto la página con la mano y he escrito:

«Todos nosotros tenemos libretas. Escribid todos los planes de fuga que se os ocurran, siempre de espaldas a la cámara, y dejad las libretas sobre la mesa a las diez. Luego podremos comentarlos».

Entonces he pasado la libreta. Cuando todo el mundo lo ha leído, he dicho: «¿De acuerdo?».

Han estado de acuerdo.

—¿Has tomado apuntes de lo que se ha dicho a lo largo de toda la reunión? —le he preguntado a Bird.

—Por supuesto.

He asentido con la cabeza.

—Piensa que aún tiene que venir otra persona. Todo será más sencillo si le enseñas las notas y no hay que repetírselo.

—¿Cómo que tiene que venir otra persona? ¿Y tú cómo lo sabes? —ha preguntado Anja.

—Es evidente, ¿no te parece? Aquí abajo hay seis habitaciones. Seis platos, seis tazas... seis de todo. Pero solo somos cinco. Todavía falta una persona.

Miércoles, 8 de febrero

Un día largo.

No ocurre nada.

Comemos, bebemos, conservamos la calma, nos organizamos. Todos nosotros tenemos muy mal aspecto. Pálidos, exangües, angustiados. Anja pierde el control sobre los ojos. Cuando no está en su habitación, camina arriba y abajo como si estuviera haciendo algo, pero tiene los ojos desenfocados, como un oso enjaulado en un zoo. Bird no puede dejar de mirarla. Está todo el día rascándose la entrepierna y frotándose la cara. Aunque lleve poco tiempo aquí, ya le ha salido bastante pelo en la barbilla. Bueno, en toda la cara. El señor Bird es un hombre peludo. Fred tiene la barba más larga, pero más escasa, un poco como la barba de Shaggy. Ya sabes, Shaggy, de «Scooby-Doo». No es que Fred se parezca en nada a Shaggy. Se parece más bien a Desperate Dan. ¿Te imaginas a Desperate Dan con la barba de Shaggy y unos ojos de yonqui y tatuajes por todo el cuerpo? Pues así es Fred.

No sé qué pinta tendré yo. En realidad, me da igual. Aquí abajo no se gana ningún punto con estar guapo. De todos modos, me siento guarro, y eso no está nada bien. No importa cuántas veces me lave, siento la piel sucia y pegajosa, como si la mugre se me hubiera metido debajo. Además, tengo picores en la cabeza.

Todo esto es un asco.

No he encontrado el momento para hablar con Bird y aclarar qué día lo secuestraron. Pero no, es mentira. He tenido muchos momentos para hablar con él, pero no he querido. Ya habrás adivinado que no me cae bien. Me ataca los nervios. Y además, tampoco tengo ningún interés por saber qué día era. No puedo hacer nada al respecto. Y si resulta que Bird no miente y se me pasó un día... Bueno, ¿qué más da? ¿A quién le importa el día que sea?

18.30

Es la hora del té.

Yupiiii.

22.30

Hemos celebrado la primera reunión nocturna. Han seguido mi propuesta y he tenido el placer de recoger las libretas de todo el mundo y leer sus planes de fuga. Solo éramos cuatro, porque Jenny se había dormido. Cuatro personas. Cuatro

páginas.

Aparte de un bonito encabezamiento —FUGA—, en la libreta de Anja no había nada escrito.

Bird había escrito: «¿¿¿Cavar??? Trabajar la comunicación».

Fred había propuesto: «Fuego, mandar una nota por el váter».

Y yo había apuntado: «Maniobra de distracción. Distraerlo con otra cosa y esconder a alguien en el ascensor. ¿Cómo? ¿Quién?».

—¿Cavar? —le he soltado a Bird—. ¡Pero si esto es un sótano! Estamos bajo tierra. ¿Hacia dónde diablos vamos a cavar?

—¡Chsst! —ha susurrado, y a continuación ha señalado al techo.

—Cavar —he murmurado, y al mismo tiempo he negado con la cabeza.

—Solo era una idea —ha dicho Bird, a la defensiva—. Esto solo era, ya sabes, un *brainstorming*.

—¿A esto lo llamas un *brainstorming*?

Fred se ha reído.

Bird se ha ruborizado.

—Bueno, está bien, quizá no fuese una buena idea. Pero ¿y la otra? Mejorar la comunicación. ¿Por qué no tratamos de hablar con él?

—¿Tú crees que nos va a escuchar? —le he preguntado.

—Si no lo intentamos, no lo vamos a saber.

—Yo ya lo he intentado. No llegué muy lejos.

—Quizá es que no lo hiciste bien. La tarea del comunicador es sutil. No se trata tan solo de enviar un mensaje, sino que tienes que saber cómo hay que enviarlo.

—Ah, vale. —Y he fingido que me ponía a pensar en ello.

—Los contenidos precisan de un contexto —ha dicho.

—Sí, claro, por supuesto.

Ha clavado los ojos en mí.

—¿Te lo estás tomando a cachondeo?

—No, tan solo pensaba en ello. Quizá podríamos pedirle un portátil y mandarle un correo electrónico. O todavía mejor, un mensaje de texto. Podríamos pedirle un teléfono móvil, preguntarle su número y entonces enviarle un mensaje. ¿Piensas que es posible?

Bird me ha mirado con exasperación.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Es que no eres capaz de tomarte nada en serio?

—Has empezado tú.

Ha suspirado y ha movido la cabeza con desagrado, y me ha chasqueado la lengua, como si yo fuera un niño idiota. En realidad no le echo la culpa. Le he hablado como un niño. Pero es que soy un niño, no lo olvides. Se me permite decir cosas de niño. Ese es mi cometido. Y, de todos modos, había empezado él.

En ese momento ponía cara de enfurruñado.

He buscado entre el resto de libretas y he cogido la de Fred. No he entendido muy

bien a qué se refería con lo de «fuego», pero su otra idea parecía prometedora. He escrito: «El fuego es demasiado peligroso, pero tendríamos que trabajarnos la idea de mandar un mensaje por el váter», y luego he hecho circular la libreta. Anja lo ha leído, se ha encogido de hombros y se la ha pasado a Bird. El señor Enfurrñado. Yo pensaba que ni se molestaría en echarle un vistazo, pero tengo que reconocerle que ha agarrado la libreta y ha leído el mensaje, y luego ha escrito algo debajo y me lo ha devuelto.

Le he echado una mirada con cierto sentimiento de culpa, y luego me he fijado en la página. Ha escrito: «Necesitaríamos un contenedor a prueba de agua, algo que flote. ¿Un botellín de plástico?».

—Sí —he asentido—. Buena idea. Tendremos que pensar cómo conseguirlo. Finalmente les he pasado mi idea de esconder a alguien en el ascensor.

—Aún no he pensado en los detalles, pero trabajo en ello —he dicho.

Me han contestado con un par de encogimientos de hombros y la ceja enarcada de Fred.

Y eso ha sido todo.

Me imagino que debería sentirme más esperanzado. Por lo menos hablamos, pensamos, hacemos algo. Empezamos a trabajar juntos y eso es bueno. Porque, en definitiva, somos todos nosotros contra él. El Hombre del Piso de Arriba. El Zumbado. El Hombre sin Nombre. Llámalo como más te guste. No importa quién sea, es él quien tiene la sartén sujeta por el mango. Nos tiene donde él quería. Lo único que nos queda es sacar el máximo provecho de lo que tenemos.

¿Y qué es lo que tenemos?

Bueno, me imagino que contamos con la ventaja del número. Nosotros somos cinco y él está solo. Cinco cerebros contra uno. Y si no estoy muy equivocado, dentro de poco vamos a ser seis. Seis contra uno. Todavía mejor. Seis cerebros contra uno. Ya sé que no es mucho. Porque son cerebros bastante oxidados, y se van a oxidar todavía más si pasamos mucho tiempo aquí. Pero cinco o seis cerebros oxidados, si trabajan juntos, son mucho más efectivos que cinco o seis cerebros reblandecidos que andan cada uno por su cuenta.

¿Entiendes lo que quiero decir? Esto es como un hormiguero. Ya sabes, hay una gran diferencia entre una hormiga y una colonia entera de hormigas. Una hormiga, por sí sola, apenas si puede hacer nada, pero si se junta con sus colegas hormigas es capaz de hacerlo casi todo. Construyen ciudades, capturan esclavos y plantan jardines bajo tierra. Se lanzan desbocadas por la jungla y se comen lo que encuentran a su paso. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, pero a una escala bastante menor.

Lo de esta noche ha sido el comienzo. No ha sido un comienzo magnífico, pero al

menos ha sido un comienzo. Nos hemos puesto en marcha. Nuestras posibilidades de salir de aquí son mayores. No mucho mayores, eso ya lo reconozco. Quiero decir que aún no estamos en posición de lanzarnos desbocados. Pero «no mucho» siempre es mejor que «nada».

Y por lo tanto, sí, debería sentirme más esperanzado. Debería sentirme más optimista, más positivo.

Así es como debería sentirme.

El problema es que, muy dentro de mí, no puedo evitar la sensación de que todo esto es una pérdida de tiempo.

Jueves, 9 de febrero

Yo tenía razón. El número seis ha llegado esta mañana.

Me tocaba a mí estar atento al ascensor. Me encontraba en el pasillo con una bolsa de basura en la mano y le daba vueltas a mi idea de escapar en el ascensor, y entonces el ascensor ha bajado, las puertas se han abierto, y allí estaba.

Se llama Russell Lansing.

Lo conozco. Quiero decir que sé quién es. Había visto su foto en los periódicos y en la contraportada de su libro: *Tiempo y materia: Filosofía natural en el siglo XXI*.

Estaba en la silla de ruedas, atado y amordazado, pero despierto. Tenía los ojos abiertos. Asustados, enrojecidos y lagrimosos, pero abiertos. Lo he sacado con la silla y le he arrancado sin ser brusco la cinta adhesiva que lo amordazaba.

—Gracias —ha murmurado—. ¿Dónde estoy?

Me he puesto a desatarlo. Mientras le deshacía los nudos, le he explicado cuanto he podido: nosotros cinco, el ascensor, la comida, las cámaras y los micrófonos. Todo ello me ha resultado bastante raro. ¡Qué extraña es la manera en que nos acostumbramos a las circunstancias, y no nos damos cuenta de lo peculiares que son hasta que se las contamos a alguien! Sé que llevo varias semanas contándotelo a ti, pero eso es distinto. Es una conversación silenciosa. La conversación de la que te hablo era de verdad.

Russell me ha escuchado con paciencia mientras le narraba toda la historia y no ha dicho nada hasta que he terminado.

Entonces, lo único que ha dicho ha sido:

—Ya veo.

Muy tranquilo.

—¿Te encuentras bien? —le he preguntado.

Ha asentido, se ha frotado las muñecas y ha mirado a su alrededor.

—Creo que me ha drogado. No tengo heridas físicas. —Me ha mirado—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Casi dos semanas.

—¿Dos semanas?

—Parece que haya pasado mucho más tiempo.

—Apuesto a que sí. —Se ha frotado los ojos—. ¿Hay algún baño por aquí? Debo de haber pasado unas cuatro horas sentado en esta silla.

—Sí. ¿Podrás caminar?

—Creo que sí.

Ha tratado de levantarse de la silla, pero a medio camino se ha estremecido de dolor y ha cerrado los ojos, y entonces ha vuelto a sentarse y ha respirado hondo un

par de veces.

—Puede que no —ha dicho.

—No te preocupes.

Lo he llevado con la silla hasta el baño. Durante el trayecto no ha parado de mover los ojos, de mirar a las paredes, el techo, las puertas, el suelo. Todo.

—¿Qué hay detrás de esas puertas? —ha preguntado.

—Habitaciones.

—¿Es en ellas donde están los demás?

—Deben de estar durmiendo —le he respondido—. Tendemos a pasar mucho tiempo en la cama. Pronto se levantarán para desayunar.

—¿Desayunar?

—Somos gente muy civilizada.

Ha sonreído.

—Tú eres Russell Lansing, ¿verdad que sí? —le he preguntado.

—Sí, lo soy.

—Yo me llamo Linus Weems.

—¿Weems?

He asentido.

—Leí tu libro.

—¿Ah, sí?

—Me gustó muchísimo.

—Gracias.

No sabía qué más decirle. A decir verdad, me sentía algo avergonzado. Algo bobo, como un niño pequeño que habla con su estrella favorita del pop. Me alegraba de que los otros no estuvieran. A pesar de mi timidez, era un momento bonito, y lo quería todo para mí. Lo había encontrado yo. Sabía quién era. Había leído su libro. Era mío.

—Ya hemos llegado —he dicho—. Esto es el baño. ¿Podrás llegar desde aquí?

—Creo que sí.

Lo he ayudado a levantarse de la silla.

—Detrás de la puerta verás una sábana —le he explicado—. Es para ocultarse de la cámara.

—¿Hay una cámara en el baño?

He asentido.

—Si te la metes por la cabeza, no te podrá ver.

—Entiendo. Bueno, gracias.

Lo he contemplado mientras entraba en el baño con pasos lentos y cerraba la puerta. Es viejo, creo que tendrá unos setenta. Su piel negra se ha vuelto de un color apagado y grisáceo, y tiene el cabello quebradizo y blanco. Recuerdo haber leído en

algún lugar que trabaja mucho en organizaciones de beneficencia especializadas en el SIDA, que él mismo lo sufre, que va a morir.

Me lo creo.

A la hora del desayuno nos ha contado lo que le ocurrió.

—Fue por culpa mía —ha dicho—. Conocí a un tío en un bar. Me invitó a unas cuantas copas y luego fui tan estúpido como para acompañarlo a su casa. Bueno, por lo menos me parece que lo acompañé. Estaba muy aturdido.

Fred se ha reído.

—¿Aturdido, dices?

Russell ha tendido la mano con la palma hacia arriba. La ha levantado poco a poco, se ha detenido, luego la ha vuelto hacia abajo y la ha puesto sobre la mesa de la cocina.

Fred ha sonreído con sorna.

Yo no sabía muy bien por qué sonreía, pero lo he imitado. Me ha parecido que sería lo mejor. Me he sentido bien. Luego he mirado en torno a la mesa, a los demás, y la sonrisa se me ha apagado. Anja y Bird le habían echado miradas raras a Russell desde el mismo momento de las presentaciones. Yo no sabía por qué y tampoco me importaba mucho. Pero la manera como se han vuelto la una hacia el otro, han negado con la cabeza con disgusto y han intercambiado miradas de desaprobación me ha provocado cierta incomodidad.

—¿Hay algo que te preocupe? —le he preguntado a Bird.

Me ha mirado, ha sorbido por la nariz y luego se ha vuelto hacia Russell.

—Ese hombre que conociste en el bar... —ha dicho fríamente—. ¿Has podido verlo bien?

—Suficientemente bien.

—¿Qué aspecto tenía?

Se ha parado a pensar. Al cabo de un rato ha dicho:

—Seductor... manipulador... persuasivo... inteligente... deliciosamente afable. Visto en perspectiva, un clásico psicópata.

—¿Podrías describirnoslo?

—Mediana edad, cabello oscuro, debía de medir aproximadamente un metro setenta y ocho. Buena constitución física, sin ser muy musculoso. Manos fuertes. Rapado al cero. Gafas ligeramente polarizadas. Traje de color carbón, camisa blanca, corbata de color burdeos. Zapatos negros sin cordones, calcetines burdeos.

Bird lo ha mirado con escepticismo.

—¿Recuerdas todo eso?

—Soy físico. Estoy entrenado para observar.

—Ah, de acuerdo —ha asentido Bird en tono burlón—. Eso era lo que hacías, ¿verdad? Ibas de bar en bar y observabas a otros hombres.

Russell lo ha mirado.

—Soy gay, señor Bird. ¿Tiene usted algún problema con eso?

—No... no, claro que no. Solo decía que...

Fred ha resoplado y se ha reído.

—¡Por Dios! ¿Eres negro y encima maricón?

No era la manera más sutil de decirlo, y me he temido que Russell perdiera los estribos y se marchara de golpe o algo así, pero no ha parecido que lo afectara. No ha hecho más que mirar a Fred y sonreír. Fred le ha devuelto la sonrisa. Entonces, sin decir nada, Russell se ha puesto la mano en el ojo, ha bajado la cabeza y ha hurgado con los dedos. Al cabo de un momento ha vuelto a levantar el rostro y nos ha enseñado algo: En el lugar donde había estado el ojo tan solo quedaba la cuenca vacía, y en su palma había una esfera lisa de cristal.

—Y no solamente negro y maricón, amigo mío —le ha dicho a Fred—. Además soy tuerto.

Ya es tarde.

Emociones entremezcladas.

Russell me cae bien. Me gusta su serenidad, su perspicacia, su tristeza. Me gusta su humor. Me gusta la manera como acepta las circunstancias. Nos equilibra. Me equilibra a mí. No sé muy bien por qué. Tendrá algo que ver con su inteligencia. Russell es un hombre con mucho cerebro. Sabe muchas cosas. Eso me gusta, porque también soy inteligente, y a todo el mundo le gustan las personas que se les parecen. No es que me considere un genio ni nada parecido. No sé tanto como Russell, por supuesto. En realidad, hay muchos temas de los que no tengo ni idea. Pero me han educado bien. Me han enseñado a razonar. Así, aunque no tenga a mano datos precisos sobre un determinado asunto, suelo encontrar la manera de razonar acerca de ello. Y en eso consiste la inteligencia..., en saber razonar. Los datos están muy bien, pero no significarán nada mientras no sepas qué hacer con ellos.

En cualquier caso, soy inteligente. Eso es lo que quería decir. Siento afinidad con Russell porque soy inteligente. Eso no es nada del otro mundo. No quiero presumir, desde luego que no. Soy así y ya está. Cada uno tiene sus cualidades. Yo soy inteligente. Fred es fuerte. Jenny es simpática. Anja es guapa. Bird es... gordo. Todos nosotros tenemos cualidades, y ninguna de ellas es mejor ni peor que las demás. Simplemente, son diferentes.

Russell no tenía mucho que decir en la reunión de esta noche. Ninguno de nosotros tenía mucho que decir. No han salido ideas nuevas, ni propuestas, ni descubrimientos. Bird parecía preocupado por algo y apenas ha dicho nada. Anja sufría dolor de cabeza y se ha marchado a su habitación. Incluso Fred estaba extrañamente callado. La única que tenía algo constructivo que decir era Jenny. Cuando le he explicado los planes de fuga de la noche anterior, se ha leído

rápidamente las páginas moviendo los labios al mismo tiempo, y entonces ha puesto el dedo sobre mi idea de realizar una maniobra de distracción y ha dicho:

—Esta. Las demás no sirven.

No he podido evitar una sonrisa.

—¿Y la de Fred?

—¿Esa cuál es?

Le he enseñado la idea de mandar un mensaje por el váter.

Ha vuelto a leerla, ha mirado a Fred, y luego ha soltado una risilla.

—¿Qué pasa? —ha dicho él—. La idea es buena.

—No funcionaría... —ha empezado a decir Jenny.

—Chst. —La he hecho callar—. Escríbelo. Toma. —Le he pasado un bolígrafo y una hoja de papel.

Se ha agachado sobre la mesa y ha cubierto la página con el brazo. Escribía con la punta de la lengua entre los dientes.

«¿Que dira el mesaje? No sabemos nada. No sabemos *donde* estamos ni nada. ¿Para qué escribimos un *mesaje* si no sabemos lo que escribir?».

Se lo he enseñado a los demás.

Nos hemos mirado.

—Mierda —ha dicho Fred—. Tiene razón.

Jenny ha sonreído con orgullo.

Al terminar la reunión, Russell me ha dicho que quería hablar a solas conmigo. He preparado un café y se lo he llevado a la habitación. Está en la número seis. Cuando cerraba la puerta, Bird ha pasado por mi lado. Iba a su habitación, la número cuatro.

—Ten cuidado mientras estés ahí dentro —ha dicho con sonrisa satisfecha.

Lo he ignorado y he cerrado la puerta. Al volverme, he visto que Russell trataba de sentarse en la cama. Se movía con mucho cuidado. Parecía que sintiera dolor.

—¿Estás bien? —le he preguntado.

—No es nada —ha respondido, y ha señalado la silla con el dedo—. Siéntate, por favor.

Me he sentado.

Russell ha tomado unos sorbos de café y ha observado la rejilla del techo.

—Maldita sea... —ha dicho por fin.

—¿Qué? ¿La cámara?

—Todo. Todo esto. Este lugar... todos vosotros... esa pobre niña... —Su voz se ha apagado y ha movido la cabeza con disgusto—. Vi a sus padres en televisión. Todo esto es muy perturbador.

No he dicho nada. No he sentido la necesidad de decir nada. Me he quedado allí sentado. Estábamos en silencio. Las paredes murmuraban. El tiempo pasaba. Al cabo de un rato, Russell ha mirado hacia arriba y ha ladeado la cabeza.

—¿Siempre se oye ese murmullo?

He asentido.

Russell escuchaba. Ha mirado la rejilla del techo y luego ha apoyado la mano contra la pared.

—Un generador pequeño —ha dicho, casi para sí mismo—. Cuatro cilindros, motor diésel. —Ha apartado la mano y me ha mirado—. Este montaje es de los grandes.

—¿Tú crees?

Ha mirado a su alrededor y ha asentido.

—Es impresionante. Debe de haberle costado mucho tiempo y dinero.

—¿Qué crees que es esto? —le he preguntado—. ¿Un sótano? ¿Piensas que tenemos alguna posibilidad de escapar? ¿Qué te parece...?

—Para... —ha dicho con voz suave y una mano alzada.

—Disculpa. Debes de estar cansado.

Ha sonreído.

—Siempre estoy cansado. Estoy viejo. —Ha tomado otro sorbo de café—. Mañana voy a mirarlo todo muy bien y veremos contra qué tenemos que luchar. ¿Quieres ser tú quien se encargue de la visita guiada?

—Con mucho gusto.

Hemos vuelto a quedarnos en silencio.

Al cabo de un rato, el silencio se ha interrumpido por un leve gimoteo procedente de la habitación de al lado. Anja. Sus gemidos se oían amortiguados, como si tuviera la cabeza bajo una almohada.

Russell se ha aclarado la garganta.

—Esa joven...

—Anja.

—Anja, sí. ¿Tiene algún amorío con Bird?

—¿Amorío?

—Antes los he oído hablar. Estas paredes son muy delgadas. Bird estaba con ella en la habitación.

—Pasan mucho tiempo juntos.

Russell ha asentido, pensativo.

—Quizá más de lo que le gustaría a Anja.

—¿Qué quieres decir?

Se ha encogido de hombros.

—Le ha pedido que se marchara. Por su voz, parecía alterada.

—Probablemente porque tiene los nervios destrozados —he sugerido—. Estar aquí es un tormento.

—Ya me lo imagino.

Entonces ha ocurrido algo extraño. Su ojo bueno se ha puesto a parpadear, con un movimiento lento y constante, y entonces su rostro se ha quedado inmóvil y el ojo vidrioso, y parecía que su mirada se hubiera perdido en el vacío. Al cabo de poco rato

la cabeza ha empezado a descender, como si se hubiera dormido. Se le ha quedado colgando sobre el pecho. He movido la silla para que rechinara sobre el suelo, y luego he carraspeado un par de veces de manera muy ruidosa. Pero no parecía que me oyese. He tenido miedo de que se hubiera desmayado o algo así. Estaba a punto de levantarme y darle un golpecito en el brazo cuando ha hecho un movimiento pequeño y brusco con la cabeza, y de repente se ha incorporado con los ojos muy abiertos.

—¿Eh? ¿Qué ha...? ¿Qué...?

—¿Russell?

Me ha mirado. La confusión se ha asomado brevemente a su rostro y ha vuelto a desaparecer al cabo de un instante, y entonces me ha sonreído.

—Linus —ha dicho—, Linus Weems.

—Sí, correcto.

—El hijo de Charlie Weems.

Lo he mirado fijamente.

—Estoy en lo cierto, ¿no? —ha dicho—. ¿Eres el hijo de Charlie Weems?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, Weems no es un apellido nada habitual, ¿verdad? Y recuerdo haber leído hace pocos años un artículo sobre tu padre en el que se hablaba de un hijo adolescente. También recuerdo haber leído por alguna parte que tu padre es un apasionado de las tiras de Peanuts, y creo recordar que el mejor amigo de Charlie Brown era un personaje llamado Linus Van Pelt. —Me ha sonreído—. No soy muy aficionado a los Gribbles, pero siempre me han gustado mucho los cómics y las caricaturas, y pienso que los primeros trabajos de tu padre están a la altura de los mejores.

Hay algunas personas que tienen la habilidad de hacer hablar a los demás. Te hacen contar lo que normalmente no compartirías con nadie. Russell es así. No sé cómo lo consigue. En realidad, no hace nada especial, se sienta, formula preguntas poco habituales y escucha con paciencia. Lo envuelve una calma que hace emerger los secretos.

Desde luego ha sabido hacerme hablar.

Yo no quería ponerme a contárselo todo sobre mi padre, pero en cuanto le he dicho que estaba en lo cierto, que sí soy el hijo de Charlie Weems, y que los primeros trabajos de mi padre son buenos de verdad, y que los Gribbles son una absoluta mierda, y que mi padre sí me puso el nombre por el personaje de los Peanuts, ya no he podido parar.

—Jamás le he perdonado que me pusiera el nombre de Linus —he reconocido—. Es un nombre ridículo.

—Podría haber sido peor —ha dicho Russell—. Podría haberte llamado Snoopy.

—Sí, bueno, pero por lo menos todo el mundo sabe quién es Snoopy. La mayoría

de los chavales que conozco no tienen ni idea de quién es Linus Van Pelt. Simplemente piensan que tengo un nombre ridículo.

Russell ha esbozado una sonrisa compasiva.

—Linus es el que se refugia en la sábana, ¿verdad? El niño pequeño que cree en la Gran Calabaza.

—Sí.

Entonces hemos charlado durante un rato sobre los dibujos de mi padre. En realidad no se parecen en nada a los Peanuts. Son mucho más deprimentes, mucho más perturbadores, y no son apropiados para los niños. Son muchos quienes los comparan con el trabajo de Gary Larson en *Far Side*, y me imagino que tienen razón. Un punto surrealista, un punto raro. Pero si les pides a otros dibujantes que te describan el material de mi padre, la mayoría lo comparan con el de un tal Bernard Kliban, de quien muy poca gente ha oído hablar...

La misma situación en la que se hallaba mi padre hasta que tuvo éxito con los Gribbles.

—¿Es verdad que antes de que saliera la serie de televisión no había logrado hacer dinero con sus dibujos? —me ha preguntado Russell.

—Sí que había ganado algo —le he explicado—. Pero no en gran cantidad. La mayor parte de su dinero provenía de lo que lograba publicar en revistas, y no era demasiado.

—¿Y sus álbumes?

—No los compraba nadie.

—Entonces ¿de qué vivíais?

—Mi madre tenía un buen empleo. Era abogada. Por eso conoció a mi padre. Lo tuvo de cliente. —Le he lanzado una mirada a Russell—. Lo pillaron con drogas y mi madre logró evitar que ingresara en prisión.

Russell ha sonreído.

—¿Y entonces se enamoraron y se casaron?

—Sí, creo que fue así. Aunque... bueno, no lo recuerdo bien, porque mi madre murió cuando yo era muy pequeño, pero tengo claro que discutían mucho, y que se gritaban y se chillaban como un par de zumbados. Mi madre no paraba de darle la lata a mi padre para que se buscara un trabajo de verdad. A veces se enfadaba mucho y le decía que estaba harta de que se aprovechara de ella para vivir sin trabajar. No sé si lo decía en serio o no, pero no me cabe ninguna duda de que mi padre sí dependía de su dinero. Por eso, al menos en parte, lo pasamos tan mal cuando mi madre murió...

Yo tenía nueve años cuando mi madre murió.

Se puso enferma. Pasaba muchas horas en la cama. Su habitación olía mal.

Se fue al hospital y se murió.

Mi padre lloró mucho y se pasó varios días borracho.
No puedo pensar en ello.
No puedo...
No quiero.

—Al fin, mi padre tuvo que empezar a vender todo lo que tenía —le he contado a Russell—. El coche, las joyas de mi madre, todo lo que tenía a mano. Se lo vendió todo. Y seguíamos sin dinero. Llegamos a estar tan mal que mi padre se puso a buscar trabajo, un trabajo de verdad, algo con lo que ganar dinero cada semana.

—¿Y lo encontró?

He sonreído.

—Todo lo que ha hecho en su vida ha sido dibujar. No sabe hacer nada más. Es totalmente impresentable, no le gusta estar con nadie, es maleducado, se droga, bebe demasiado...

—Digamos que no es el empleado ideal.

Me he reído.

—Bueno, pues no.

—¿Y qué ocurrió entonces?

Ocurrieron los Gribbles, por Dios.

Los Gribbles.

Probablemente no habrás oído hablar de ellos. Porque tienen un éxito apabullante en gran parte del mundo, sobre todo en el Extremo Oriente, pero nunca lo han tenido en el Reino Unido. El libro original de mi padre, que simplemente se titulaba *Los Gribbles*, se publicó aquí, pero debió de vender tan solo veinte ejemplares. No es que a mi padre le importase. Para empezar, había dibujado el álbum contra su voluntad. Ni siquiera le gustaban los Gribbles. Solo eran un puñado de personajes que había dibujado un día que estaba aburrido, unos bocetos garabateados al pie de una página. En ningún momento había tenido la intención de hacer nada con ellos. Pero la editora vio los bocetos mientras mi padre le enseñaba otro trabajo y pensó que quedarían bien en un libro para niños.

—Yo no dibujo libros para niños —le dijo mi padre.

—No te puedo pagar por lo que haces normalmente, Charlie —le replicó ella—. Lo siento, pero no le interesa a nadie.

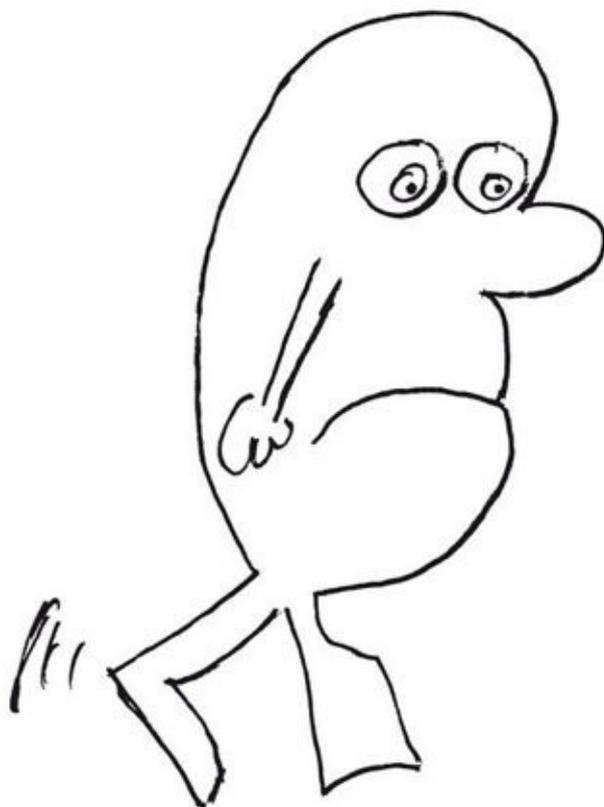
Mi padre suspiró.

—Entonces ¿cuánto podrías pagarme por los Gribbles?

«No mucho», fue la respuesta. Pero a mi padre le bastó. Se puso a trabajar con los Gribbles, pulió los bocetos hasta dar forma al personaje básico, que era una cabeza grande e irregular con brazos y piernas pequeñitos (un poco como un mutante, y daba

algo de miedo, como un personaje de los libros infantiles Don), y después dibujó media docena de versiones diferentes, le dio a cada una de ellas un color distinto, inventó varias aventuras para que las protagonizaran, y eso fue todo.

Los Gribbles.



Se parecen

a esto:

Lo único que recuerdo del primer álbum es que se suponía que el color de cada uno de los Gribbles estaba relacionado con su personalidad. Así, el Gribble Azul era triste, el Gribble Rojo era irritable, el Gribble Negro era...

No recuerdo qué era el Gribble Negro. Probablemente malvado. ¿O quizá depresivo?

No lo recuerdo.

En cualquier caso, el álbum se publicó, nadie lo compró, y los Gribbles desaparecieron sin dejar rastro. Y entonces, en un momento en el que parecía que no nos quedaba ninguna esperanza, el agente de mi padre llamó y dijo que una cadena de televisión japonesa había comprado los derechos del álbum y que iban a sacar una serie de dibujos animados basada en los personajes.

Y fue así como mi padre se enriqueció hasta unos extremos que jamás habría podido imaginar. La serie de dibujos animados tuvo un enorme éxito en Japón, y al cabo de un año, más o menos, se vendió en casi todos los países del mundo y el dinero empezó a llegar a carretadas. Y desde entonces no ha dejado de llegar. Mi padre recibe un porcentaje por todo el *merchandising*: los muñecos de los Gribbles, las fiambreras de los Gribbles, los estuches de lápices de los Gribbles. Cobra una fortuna por esa mierda.

Y al principio estaba encantado, por supuesto. Compró todo lo que se supone que

hay que comprar cuando uno es rico: el chalet en el campo, la casa en la playa de Santa Mónica, la villa, los coches, el barco... alcohol y drogas en cantidad... podía comprar todo lo que quisiera. Y lo hacía. Pero al cabo de un tiempo (y después de haberse metido por la nariz cocaína suficiente como para estar siempre en las nubes) empezó a comprender (o por lo menos a decirse a sí mismo) que no bastaba con el dinero, y que lo que quería por encima de todo era ganarse la consideración de los demás. Quería que se lo tomaran en serio. Quería hacerse famoso como dibujante, como alguien que tenía algo que decir. No quería que lo recordasen como el hombre que creó los Gribbles.

(En cierta ocasión, un entrevistador le preguntó si estaba orgulloso de ellos. «¿Orgulloso de los Gribbles? —dijo mi padre con un resoplido—. Yo desprecio esa mierda»).

Y ahora, cuanto más dinero gana con los Gribbles, más amargado y retorcido se vuelve. Esta situación lo corroe día a día. Lo enloquece. Y es por eso por lo que no puede parar de ir por el mundo y de tratar de poner en marcha sus «proyectos»: películas de animación, novelas gráficas, experimentos de imagen generada por ordenador. Tiene la esperanza de que con ese tipo de material va a ganarse la consideración que se merece. Y por eso he tenido que pasar tantos años en el internado, demasiados años de paredes frías y grises, y de maestros tarados, y de críos presumidos con el cerebro de un salvaje...

—Llegó un momento en el que ya no pude soportarlo más —le he explicado a Russell—. Me volvía loco. Probablemente no lo habría pasado tan mal si hubiera tenido una casa adonde ir al final del día, pero es que no la tenía. Estaba obligado a vivir allí. Tenía que estar allí siempre. Día sí y día también, noche tras noche, aguantando continuamente la misma mierda... las bromas estúpidas sobre mi nombre, los comentarios desagradables...

—¿Qué tipo de comentarios? —ha querido saber Russell—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Nada especial. Tan solo las típicas gilipolleces, ya me entiendes. Las imbecilidades que te dicen cuando no logras encajar...: que si eres un tío raro, que si seguro que eres gay o algo por el estilo... —De pronto he mirado a Russell, avergonzado—. Disculpa —me he apresurado a decir—. No quería...

—No pasa absolutamente nada —me ha tranquilizado, sonriente—. Sé muy bien lo que quieres decir. La vida puede ser muy dura para los que no encajan.

He asentido.

—En realidad tampoco lo pasaba tan mal. ¿Sabes?, no me daban palizas ni me pegaban, y normalmente no me preocupaba lo que pensarán de mí los otros chicos. Pero es que no soportaba tener que estar con ellos todo el tiempo. Ver cómo comían, ver cómo se lavaban. Aguantar sus eructos y sus pedos. Oler sus olores. Era una vida ridícula. Era una vida apestosa. —He suspirado—. ¿Sabes lo espantoso que es oler la mierda de otro? Pues era como eso, en todo momento.

—Entonces —ha preguntado Russell— ¿te fugaste?

—Bueno, no es exactamente que me fugara.

—Pero te marchaste de la escuela. Te marchaste de tu hogar.

He vuelto a asentir.

—Papá me llevó en coche a la escuela después de las vacaciones de verano. Me dejó allí y me despedí de él, y entonces me marché a la ciudad y tomé un tren para Londres. Hace tan solo cinco meses. Desde entonces he vivido en la calle.

—¿Y cómo ha sido?

Me he encogido de hombros.

—Ha estado bien.

Ha sonreído.

—¿Olía mejor?

—En realidad, no. Pero al menos podía escapar del mal olor.

—¿Dónde dormías?

—En cualquier lugar. Sobre todo en torno a Liverpool Street.

—¿En hostales?

—No. Una vez probé en uno. Era peor que la escuela. Lo mejor es quedarse en la calle. Hay muchos lugares para el que sabe buscar. Portales, casas abandonadas, túneles de tren. No está tan mal como parece.

—¿De qué vivías?

—Tocaba música, mendigaba, acudía a la beneficencia..., de vez en cuando robaba.

—Debe de ser una vida dura.

—No especialmente.

—¿Tomabas...? —Ha vacilado—. ¿Tomabas algo para que te resultara más fácil?

—¿Me estás hablando de drogas?

Ha asentido.

—No —le he respondido—, no tomo drogas. Ya he visto sus efectos. No quiero acabar como mi padre.

—Pero debe de haber muchas drogas en tu entorno.

—En mi entorno hay de todo.

Russell ha callado de nuevo. Se ha quedado sentado contemplando en silencio sus propios zapatos. Como me ha parecido una ocupación razonable, he hecho lo mismo. Eran unos zapatos bonitos. Como de *teddyboy*. Zapatos de ante negro con suelas gruesas de goma.

Al cabo de un rato me ha mirado y me ha dicho:

—Eres un muchacho notable, Linus.

—¿Y por qué?

—Porque no te rindes.

—¿Ah, no?

—Bueno, deben de ofrecerte de todo. Bebida, drogas... de todo. Y tú dices que

no. Creo que eso es muy admirable.

—En realidad no —he respondido—. Lo único que ocurre es que no me quiero morir, nada más.

Ahora ya es tarde.

Estoy cansado, exhausto. Hacía siglos que no hablaba tanto. No creo que jamás hubiera hablado tanto sobre papá. Estoy totalmente agotado. Pero parece que no pueda parar de escribir.

Me siento muy lejos de todo.

Descolocado, triste, aprensivo, frío. Yo querría que todo esto fuera de otro modo, pero no lo es. Nunca ha sido de otro modo. No podría ser de otro modo.

No consigo sacarme a papá de la cabeza. Me pregunto sin cesar por lo que estará haciendo. Trato de imaginármelo en casa, tal vez en la sala de estar, tragando sorbitos de coñac frente a la chimenea encendida. O en la cocina, junto a la mesa, entre las vigas de roble oscuro, las paredes de ladrillo, las sartenes de cobre que cuelgan de la pared...

Pero soy incapaz de verlo. No logro ver nada.

Todo esto me queda demasiado lejos. Hace demasiado tiempo.

Conservo recuerdos borrosos de cuando era pequeño y estaba en casa con mamá y con papá, pero no sé si esos recuerdos son verídicos. Las imágenes me pasan por la parte de atrás del cerebro como si fueran de un DVD pirateado y estuvieran granuladas y saltaran a fuerza de copiarse y recopiarse. Recuerdo que papá inventaba historias y poemas para mí, me cantaba canciones, me enseñaba libros de dibujos y caricaturas... pero no es él, solo es el recuerdo que tengo de él.

Y mamá...

No quiero seguir pensando.

Tendría que haberle preguntado a Russell si había oído algo sobre papá, si había leído algún artículo reciente sobre él, o había visto alguna entrevista, o lo que fuera. A veces concede entrevistas para promocionar el proyecto que tiene entre manos en ese momento. Pero nunca habla sobre los Gribbles. Tampoco suele hablar sobre su vida personal, pero acabo de pensar que si ha salido por televisión es posible que haya hablado de mí. Ya sabes, un mensaje o algo así, un ruego para conseguir información...

Pero creo que si Russell supiera algo me lo habría contado.

Vivir sin amor es difícil.

Es tan difícil que nos hace llorar.

Viernes, 10 de febrero

Anoche soñé con Sinoreja y Bob *el Mono*. Estaban conmigo en la escuela. Era de noche y teníamos que ir al dormitorio. Oreja y Bob hablaban para los allí reunidos, contaban historias, y todos los niños estaban sentados a su alrededor y los escuchaban. Lo extraño es que yo no me sabía el nombre de ninguno de los niños. Reconocía los rostros, pero me veía incapaz de ponerles un nombre. Bob *el Mono* estaba con la espalda apoyada en la pared y se comía un plátano, y Oreja se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y contaba cómo perdió la oreja.

—Eh, eh, escuchadme —decía—. ¿Sabéis ese... cómo se llamaba? El hombre cuervo, flores, el pintor, *Vangó*...

—*Goff* —decía Bob *el Mono*—. *Von Goff*.

—Sí, ese mismo. Vais a ver, os contaré lo que hizo: había otro pintor que pintaba junglas, y tigres, y otras cosas, y le caía mal a *Goff*...

—*Gongrene* —decía Bob.

—Sí, sí, ese. *Goff* tuvo una pelea con *Gongrene*, y *Gongrene* le pegó un tiro en la oreja a *Goff*. Y eso fue lo que me sucedió a mí. Solo que esta vez fue por unos lápices de colores.

—Los lápices de colores de Terminator.

Oreja sonreía.

—Sí, de Turninator. Uhhh, era grandote, el tío. Mirad, me llevé sus lápices de colores y él se me comió la oreja.

—Es por eso por lo que nunca se emborracha —decía Bob—. Tú le preguntas a Oreja si te acompaña hasta el bar para ponerse de cerveza hasta las orejas y te responde: «No, porque solo tengo una».

Todos los niños se echaban a reír.

Y entonces yo me ponía en pie y decía:

—Eso no es lo que ocurrió.

Y todo el mundo me miraba.

Yo decía:

—Lo mordió un perro, eso es todo. Así fue como Oreja perdió la oreja. Lo mordió un perro.

Todo el mundo me miraba con frialdad, como si lo hubiera estropeado todo, y entonces la escena se difuminaba, y cambiaba a un pequeño edificio blanco que se erguía en lo alto de una colina en medio de una pradera. Creo que era una granja. Podría haber sido una capilla, pero creo que era una granja. Como una de esas casas antiguas que salen en las películas del Oeste, ¿sabes? Un edificio sencillo, de madera, con un campanario en un extremo y un corral en el otro. Era el campanario lo que me hacía pensar que tal vez se tratara de una capilla, pero estoy seguro de que era una

granja.

Era verano. El cielo estaba despejado y azul, la hierba de la pradera murmuraba suavemente bajo una brisa perezosa. El corral, si es que era un corral, trazaba un círculo perfecto, delimitado por una cerca de color blanco.

Y yo estaba sentado allí. Justo en el centro del corral.

No sé por qué había ido a parar a la granja, pero estoy bastante seguro de que no vivía allí. No creo que nadie viviese allí. Y no sé desde dónde había ido, ni cómo había llegado. El sueño no incluía el viaje. Pero sí tengo una especie de recuerdo vago de atravesar la pradera y subir por la colina, y retengo la sensación de las hierbas altas que me rozaban suavemente el cuerpo...

En cualquier caso, había ido hasta allí, y estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre la tierra seca en medio del corral... rodeado por una hueste de animales peludos. Eran animales de juguete, peluches, ya puedes imaginarte de qué tipo. Juguetes suaves al tacto, con ojos de cristal y bocas hechas con puntos de costura. Y el pelaje de todos ellos era de colores extraordinariamente brillantes. Amarillo vívido, azul eléctrico, rojo fluorescente... anaranjado, lila, el rosa de los dibujos animados...

Y estaban vivos.

Eran peluches, pero además estaban vivos.

En el sueño no hacían apenas nada. Estaban sentados a mi alrededor, en un círculo en el que reinaba como una leve agitación, y se hablaban el uno al otro con suaves murmullos, y de vez en cuando me miraban. Pero era evidente que estaban vivos.

De eso no me cabía ninguna duda.

Debía de haber un par de docenas, quizá más. Unos treinta. Monos, osos, vacas, perros, tigres, leones, cerdos, ovejas, pingüinos, cocodrilos, pollos..., todo tipo de animales. Todos ellos tenían más o menos el mismo tamaño, aproximadamente el de un perro pequeño, o de un gato, y todos ellos estaban revestidos de una piel irresistiblemente suave y brillante, el tipo de piel que hace que nos entren ganas de acariciarla con la mano.

Pero no la acaricié con la mano.

No acaricié a los animales.

No tenía por qué hacerlo. Me bastaba con quedarme allí sentado y dejar que me sonrieran. No tenía por qué hacer nada más. Era maravilloso.

Creo que me amaban.

Tan sencillo como eso.

Me quedé allí sentado, ellos me sonreían, y luego, al cabo de un rato, se oía la campana, y era la hora de marcharse. Y así se acababa todo. La campana de la granja sonaba cuando llegaba la hora de volver a bajar de la colina. La campana de la granja sonaba, yo me ponía en pie y me marchaba colina abajo, y los animales me miraban con frialdad, como si lo hubiera estropeado todo, y entonces la imagen desaparecía en un fundido en negro.

No quiere decir nada. Los sueños nunca quieren decir nada. Lo único que quieren decir es que todo es igual. La escuela, la calle, los locos, los mendigos, los animales, yo mismo... todos nosotros somos iguales.

Somos intercambiables.

Esta tarde le he enseñado el lugar a Russell. No es que hubiera mucho que enseñarle, pero de todos modos la visita ha sido lenta. Se cansa con mucha facilidad. Sus ojos... su ojo se le pone vidrioso una y otra vez, y entonces tiene que sentarse y descansar. Así pues, nos ha llevado mucho rato, pero no importa. No teníamos nada más que hacer. Se lo he enseñado todo. El ascensor, las habitaciones, las paredes, el suelo, el techo, las rejillas. Y Russell lo ha examinado todo con silenciosa concentración, me ha hecho preguntas, ha tocado los objetos, ha escuchado, ha husmeado, ha tomado notas, ha mirado los objetos, y en todo momento asentía con la cabeza y murmuraba para sí.

Después ha entrado en su habitación para pensar en todo ello.

Al cabo de una hora ha salido y nos ha convocado en torno a la mesa.

—Nos encontramos en un búnker reacondicionado —ha dicho—. Las paredes son de hormigón y tienen setenta y cinco centímetros de grosor, y están reforzadas con malla de acero. El techo debe de tener, como mínimo, un metro de grosor, y los cimientos son de hormigón y tienen unos tres metros de profundidad. El pozo del ascensor está blindado con acero y probablemente estará protegido por gruesas paredes a prueba de explosiones. Las luces, la calefacción, la electricidad y la ventilación se alimentan con un sistema de generadores de motor diésel. —Ha callado por un instante y ha mirado al techo—. Originalmente, esas rejillas formaban parte de un sistema de filtración pensado para retener el material radiactivo y los agentes químicos y biológicos. El sistema está adaptado para bombear gases al interior del búnker, y las rejillas están provistas con equipamiento de vigilancia audio y vídeo.

—¿Qué es un búnker? —ha interrumpido Jenny.

Russell ha sonreído.

—Un edificio subterráneo. Como un refugio contra las bombas. La mayoría se construyeron a principios de los años cincuenta, al presentarse la amenaza de una guerra nuclear. Originalmente los pensaron como centros de mando para el despliegue y la activación de nuestras defensas antiaéreas. —Ha mirado en derredor—. Por supuesto que el edificio original debía de ser mucho más grande que este. Debía de tener un gran número de habitaciones, un centro de mando, equipamiento de comunicación, incluso varios pisos. Esto... —ha gesticulado con ambas manos para referirse a la totalidad del lugar—, esto solo es una pequeña parte del búnker original. Probablemente eran las viviendas. El resto debe de estar sellado o con los accesos bloqueados. Por eso os he dicho que está reacondicionado. Mirad...

Bird ha bostezado ruidosamente.

Russell le ha lanzado una mirada.

—¿Debo entender que todo esto no te interesa?

—Bueno —ha respondido Bird—, no es que nos sirva para mucho, ¿verdad?

Russell no ha contestado.

—Oye, no me malinterpretes —se ha excusado Bird—. Estoy seguro de que sabes muy bien de qué hablas, y si no estuviera atrapado aquí lo encontraría fascinante. Pero déjame que te pregunte algo: todo este discurso tan florido, todo este rollo de historia... ¿en qué va a contribuir a que escapemos de aquí?

Russell tampoco ha contestado.

Bird tenía en el rostro una sonrisa pretenciosa, la sonrisa del imbécil que se cree más listo que el profesor, y sus ojos regordetes han mirado alrededor de la mesa en busca de aprobación. Nadie ha dicho nada. No había nada que decir. Bird ha interpretado que todo el mundo estaba de acuerdo con él.

—¿Lo ves? —ha dicho en tono triunfal—, ¿ves lo que te quería decir?

Me han entrado ganas de pegarle.

Después de esto, la reunión ha perdido fuelle, y hemos acabado cada uno sentado en un lugar distinto, sin hacer nada. Pero, al cabo de un rato, me he reunido con Russell y con Fred, y hemos tenido una breve charla acerca de algo.

No puedo decirte de qué hemos hablado.

Es un secreto.

Ahora es de noche. Las siete, las ocho, más o menos. Fuera estará oscuro. Oscuro, frío, probablemente llueve. Espero que también sople el viento. Uno de esos vientos ásperos, a rachas, que te escape la lluvia en la nuca como alfileres pequeños y húmedos. Ahora no me importaría nada sentirlo. Un poquito de lluvia, una brisa desagradable, el cielo nocturno. Las estrellas...

Mierda.

Este es el peor momento del día. Desde las cinco hasta la medianoche. Es entonces cuando el tiempo se hace interminable de verdad. No sé por qué. Es igual de aburrido que el resto del día, pero no sé por qué me ataca los nervios. El silencio, la blancura, el vacío.

Aquí abajo los anocheceres se hacen eternos.

Apenas si tenemos nada que hacer.

Pienso mucho.

Pienso todo tipo de cosas.

No te creerías algunas de las cosas que pienso. Y tampoco te las voy a decir. Tienes que entenderlo. Si te contara todos mis pensamientos... bueno, imagínatelo.

Deja correr tus pensamientos más oscuros y luego imagínate que se los cuentas a un desconocido. ¿Cómo te ibas a sentir?

Exacto.

Pensar no es delito.

Pero hay otro motivo por el que no te lo cuento todo, una razón más práctica. A ver, eres un desconocido. Tú eres tú, y a veces eres yo, pero también eres él, el Hombre del Piso de Arriba. O por lo menos podrías ser él. No digo que lo vayas a ser, pero no puedo perder de vista esa posibilidad. Quiero decir que voy a hacer todo lo necesario para que estas palabras queden ocultas. No dejo la libreta a la vista. Cuando no escribo, la cierro. Siempre escribo de espalda a las cámaras. Pero aquí abajo no hay garantías. Todo es posible. No puedo estar seguro de que el Hombre del Piso de Arriba no me lea el pensamiento. Tampoco puedo estar seguro de que me lo lea.

Me imagino que podría preguntarle:

«Oye, tío, ¿lo estás leyendo? Si es así, dame una señal. Golpea el techo, o haz algo. Y a propósito, ahora que estás aquí, déjame que te diga algo. Déjame que te diga esto: sé que podría morir aquí. Lo sé muy bien. Sé que podrías matarme. De hecho, pienso que es probable que lo hagas. Pero no podrás matar mis pensamientos. Los pensamientos no necesitan de un cuerpo. No necesitan el aire. No necesitan comida, ni agua, ni sangre. Aunque me mates, no dejaré de pensar en ti. ¿Entiendes lo que quiero decir? Voy a pensar en ti hasta el final de los tiempos.

»Y es una promesa en firme.

»Piensa en eso, tío.

»Piensa en eso».

Sábado, 11 de febrero

Ahora ha empezado a jugar.

Esta mañana el ascensor ha bajado con la bolsa de comida habitual y materiales de limpieza que había pedido Jenny —botellas de desinfectante y lejía—, y también con una caja grande de cartón. Era una de esas cajas que los supermercados tiran, o que dejan a la puerta para que puedas meter dentro la compra. Era grande. Cerrada por todas partes con cinta adhesiva. Le tocaba a Anja sacar la comida del ascensor, pero estábamos todos cuando ha bajado. Normalmente estamos todos. Es el momento culminante del día. En fin, hemos sacado la comida y hemos colocado la caja sobre la mesa de la cocina, y la hemos abierto.

Contenía:

- Seis botellas de vodka.
- Diez paquetes de cigarrillos.
- Tres mecheros no recargables.
- Varias revistas pornográficas (de orientaciones sexuales diversas).
- Una jeringuilla.
- Una cucharilla de té metálica.
- Una bolsita de polietileno repleta de polvo marrón.
- Varios recortes de periódico.

Durante un rato no hemos hecho nada y hemos contemplado todo aquello como peces que contemplan un gusano clavado en un anzuelo, y he sentido que el corazón se me bajaba a la boca del estómago. He mirado a mi alrededor y he visto los ojos y las caras que había visto ya mil veces: ojos hambrientos, caras hambrientas, cabezas vacías que decían «dame eso dame eso dame eso».

He entendido su significado.

Soy capaz de visualizar al Hombre del Piso de Arriba. Nos contempla con una sonrisa enfermiza en el rostro y piensa para sí: «Bien, vamos a ver qué hacéis con ese lote».

Ha sido una jugada inteligente, se lo concedo. Inteligente y repulsiva.

Fred ha sido el primero en caer. Yo ya me lo había figurado. Ha dado un paso adelante y ha agarrado la bolsa de polietileno y la botella de vodka, y entonces todos los demás han seguido sus pasos y han picado el cebo. Chas chas chas. Dame eso dame eso dame eso. Anja ha abierto un paquete de cigarrillos y ha revuelto lo demás para hacerse con un mechero, y Bird ha agarrado una botella y le ha quitado el tapón.

—Esperad —he dicho.

Pero no me escuchaban. Desenvolvían los paquetes con fuego en los ojos.

Me he vuelto hacia Russell.

—Haz algo.

—¿Qué?

—Detenlos.

Ha negado tristemente con la cabeza.

Me he vuelto hacia la mesa. Bird pegaba un trago de la botella y Fred metía el dedo en la bolsa de polietileno. Lo he agarrado por el brazo.

—No seas idiota —le he dicho—. Acababas de desengancharte.

Me ha apartado la mano.

—Venga, Fred —he suplicado—. Por favor...

Me ha mirado fijamente.

—Te necesito —le he dicho.

—Pues yo necesito esto.

—¿Por qué?

—¿Por qué tanto por qué? ¿Y por qué no?

—Pero...

Me ha apartado de un empujón, ha cogido una revista y varios cigarrillos, y ha salido de la cocina. He suspirado y he mirado a mi alrededor. La mesa estaba toda cubierta de celofán y papel rasgado. Bird había desaparecido. Anja se había sentado e inhalaba humo de cigarrillo con avidez. Ha levantado el rostro para mirarme con sonrisa autocomplaciente y ha soltado una bocanada.

—¿Sí? —ha dicho con voz desagradable—. ¿Qué es lo que miras?

—Nada.

He quemado las revistas que quedaban. Iba a quemar también los cigarrillos y vaciar las botellas de vodka en el fregadero, pero entonces he pensado: «No tengo por qué hacerlo yo, ¿verdad?». No puedo decidir por los demás. Cada uno de nosotros quiere y necesita cosas distintas. Y además, si tirara el vodka y quemara los cigarrillos, probablemente me pegarían.

La mayoría de los recortes de periódico trataban de la desaparición de Jenny. Había dos sobre Anja y uno sobre Bird, pero todos los demás hablaban de Jenny. Había fotografías de ella, de sus padres, de la calle donde había desaparecido. Había artículos, teorías, suposiciones, detalles de varios sospechosos a los que la policía había entrevistado, palabras de políticos y periodistas escandalizados.

No he permitido que Jenny los viera.

Solo habrían servido para que se alterara.

Los he quemado todos.

Luego he ido a mi habitación y he gritado en silencio a las paredes.

Todo esto son juegos. Él juega al suyo y nosotros jugamos a los nuestros. El suyo consiste en darnos todo lo que nos parece que queremos, nuestros vicios, o lo que él piense que nos puede hacer daño, nuestras debilidades, y luego ver lo que sucede. Supongo que esto viene a ser como uno de esos juegos de vida artificial por ordenador. Ya sabes, ese tipo de juegos con los que podemos jugar a Dios. Sí, estoy seguro de que le gusta eso. Tiene que ser una persona de ese tipo. Probablemente es hijo único. El tipo de muchacho que se pasaba el día solo, mataba a las hormigas quemándolas y les arrancaba las patas a las arañas.

Sí, estoy seguro.

22.00

Juegos.

Me he pasado la mayor parte de la noche jugando con Jenny y Russell. Las palabras encadenadas, el ahorcado y otros parecidos. Yo no estaba de humor, pero tampoco quería dejar sola a Jenny. Esta noche se respira una atmósfera desagradable. Fred está colgado y no sale de su habitación. Anja está borracha y no para de lloriquear. Y Bird se ha pasado toda la noche armando barullo y pegando gritos como un chiflado.

Todo esto no es para preocuparse, pero seguro que a una niña pequeña le da mucho miedo.

Por eso nos hemos puesto a jugar. Así el tiempo pasa más rápido y Jenny está más tranquila.

Y creo que yo también estoy más tranquilo.

Russell lo hace muy bien con Jenny. Tiene ese toque de «abuelo risueño», como si fuera al mismo tiempo un sabio y un tonto simpático. A mí me parece que actúa, y pienso que Jenny también se da cuenta, pero de todos modos se desenvuelve muy bien.

Como cuando Jenny le ha preguntado en qué trabaja.

—Soy filósofo natural —le ha dicho.

—¿Qué es eso?

—Una especie de físico. Me hago preguntas sobre el mundo y luego trato de responderlas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—De todo tipo, pero sobre todo el tipo de preguntas de las que nos olvidamos cuando abandonamos la infancia. Por qué el cielo es azul, por qué el espacio es negro, por qué las estrellas brillan, por qué tenemos dos ojos.

Jenny ha sonreído.

—¿Y por qué tenemos dos ojos?

Russell se ha arrancado un botón de la camisa que ya estaba medio suelto y lo ha puesto sobre la cama a medio metro de Jenny.

—Cierra un ojo —le ha dicho— y luego toca el botón con el dedo.

Jenny lo ha mirado.

—Venga, hazlo —ha insistido él.

Jenny ha cerrado un ojo y ha alargado el brazo para tocar el botón. El dedo ha empezado a vacilar, la niña ha fruncido el entrecejo, y al fin ha tocado la cama a un par de centímetros del botón.

—Hala —ha dicho, y ha abierto el ojo.

Russell ha sonreído.

—Por eso tenemos dos ojos, para evitarnos «halas».

La noche continúa. Ahora solo estamos Jenny y yo. Hará una media hora el rostro de Russell ha empezado a verse más pálido, luego su cabeza ha perdido estabilidad y los ojos se le han empezado a cerrar. Le he dado un golpecito y le he dicho que regresara a su habitación y se acostara.

—¿Podéis quedaros solos? —ha preguntado.

—Desde luego.

—¿Estáis seguros?

—Sí, ya puedes marcharte.

Se ha marchado. Y aquí estoy, sentado con la espalda contra la puerta, y vuelvo a hablar conmigo mismo. Jenny está en la cama con la cabeza bajo las sábanas y trata de dormirse. Fuera, Bird sigue armando barullo y pega gritos de borracho.

Vaya noche.

He pasado otras como esta. Sentado en el cuarto, escuchando, cuando papá se volvía loco por algo. Noches en el internado, mientras los demás hacían el imbécil. Noches en la calle, con zumbados que se peleaban por las cajas de cartón...

Las he pasado peores.

Domingo, 12 de febrero

Hoy es domingo y tengo la sensación de que es domingo. No sé por qué. Aquí abajo todos los días son iguales. La misma atmósfera, la misma luz, la misma rutina. Nada cambia. Pero por algún motivo el día de hoy me resulta distinto. Tiene esa vaciedad de los domingos. Esa resaca que sigue al sábado noche. El olor a vómito que se ha secado.

Anoche, después de que se apagaran las luces, Bird siguió pegando gritos durante más o menos una hora, luego se pasó un rato dando golpes en la cocina, se fue al baño, hizo unos ruidos horribles y después todo quedó en silencio. No conseguía dormirme. Estaba sentado y miraba a la oscuridad, y oía cómo Jenny dormía. Hacía unos extraños ruiditos entrecortados, como los sonidos nerviosos que se hacen al soñar... ga ga ga... nu nu... mmnuu...

En algún momento de la madrugada he oído una puerta que se abría y unos pies inseguros que se arrastraban por el pasillo. Alguien ha llamado a una puerta. Luego he oído un susurro de borracho. No he entendido las palabras, pero no sonaban muy amables. Al cabo de un minuto he oído la voz de Anja que mascullaba una respuesta:

—Márchate.

Murmullos.

—¡No, NO! ¡Te digo que te MARCHES!

Más murmullos, una palabrota de borracho y unos pies que se alejaban torpemente por el pasillo, una puerta que se abría y se cerraba, y de nuevo se ha hecho el silencio.

Durante el resto del día no ha ocurrido nada. Nada de nada.

Martes, 14 de febrero

He pasado un tiempo sin escribir. Por ningún motivo concreto, en realidad. Tenía varios asuntos en los que pensar. Quería vaciarme la mente. Aclararme las ideas. Simplemente quería estar solo.

No te has perdido nada.

La bebida y la droga se han terminado. Se han fumado todos los cigarrillos. La fiesta ha acabado y ahora todos nosotros pagamos el precio. Fred vuelve a aullar y a gimotear durante todo el día, y Anja y Bird están resacosos e irritables. Este lugar está hecho un desastre. Nadie se ha encargado de limpiar. El baño apesta. El sistema de turnos ha caído en el olvido. A nadie le importa ya. Las reuniones por la noche ya no se celebran. No hablamos de escapar. No hablamos de nada.

He estado pendiente del reloj. He pasado el tiempo sentado junto a la mesa con las manos sobre las rodillas, y he seguido el ritmo de los segundos con un dedo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... sigo el ritmo con el dedo y miro al reloj, miro hacia otro lado, sigo el ritmo, sigo el ritmo, cuento el tiempo con la cabeza... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... hasta que por fin lo pillo. Lo que hay que hacer es contar poco a poco y añadir la palabra mil a cada uno de los segundos. Uno, mil... dos, mil... tres, mil... Si practicas lo suficiente, llega un momento en el que puedes medir el tiempo con bastante precisión.

Durante estos últimos días he contado los segundos, he calculado mentalmente los minutos y las horas. He comparado mi tiempo con el tiempo del reloj.

Es así como he descubierto que él juega con el tiempo.

Es muy sutil. Lo retrasa o lo adelanta de manera muy gradual. Por ejemplo, el lunes por la tarde empecé a llevar la cuenta del tiempo a las dos. Pero a las cuatro de mi tiempo, el reloj de la pared decía 3.45. Vale, no es mucho. Puede que me equivocara yo. Pero tres horas más tarde, tres horas de las mías, cuando deberían haber sido las 6.45, el reloj marcaba las 5.55. Y no puede ser que me equivocara hasta ese extremo. Era evidente que el reloj de la pared se retrasaba. Y a medida que avanzaba la noche, se retrasaba más y más.

La medianoche llegó dos horas más tarde.

Seguí contando durante toda la noche.

Eso sí que fue difícil. Estaba somnoliento, desorientado, me olvidaba de los números. Perdía la cuenta una y otra vez. Pero estoy seguro de que el resultado final es bastante fiable. Y estoy seguro de que la mañana ha empezado dos horas antes de lo que debía.

Sí.

Sé que ha sido así.

Durante un rato me he sentido muy complacido conmigo mismo, porque lo había pillado. Me he sentado sobre la cama y me he puesto a pensar, y he comprendido lo que él nos hace. Le he marcado un tanto. ¡Ja! Bien por mí. Linus el genio. El Mayor Pensador del Mundo. Pero entonces he pensado: «Sí, has descubierto lo que él nos está haciendo. ¿Y qué? Con eso no cambia nada, ¿verdad que no? No te va a servir para nada. Porque, ¿acaso puedes hacer algo al respecto?».

He pensado en ello durante un rato, pero no he llegado a ninguna conclusión, así que he ido a ver a Russell y se lo he contado.

—¿Estás seguro? —ha dicho.

—Desde luego. A veces lo acelera y otras lo retrasa. No sigue un patrón fijo. Lo hace a horas distintas y a ritmos distintos, pero no me cabe ninguna duda de que eso es lo que hace.

—Vaya, vaya... —ha murmurado Russell.

Tiene el rostro cada día más enflaquecido. Parece que se le haya encogido el cráneo, que se le haya chupado la cara como un globo que se deshinch. Lo único que no se le encoge son los dientes.

Me ha mirado fijamente.

—¿Tú qué crees que significa esto?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

Ha sonreído.

—¿No decías que habías leído mi libro?

—Lo he leído.

—¿Recuerdas el capítulo sobre el tiempo?

—Sí. Bueno, más o menos. Me costaba un poco entenderlo.

Ha asentido, pensativo.

—Al principio del capítulo hablaba de un hombre llamado san Agustín. ¿Te suena?

—No —he reconocido.

—Agustín de Hipona. Fue un filósofo y teólogo norteafricano, uno de los pensadores que más influencia han tenido en el mundo a propósito de la naturaleza del tiempo. Hace muchos siglos le preguntaron: «¿Qué es el tiempo?». Y su respuesta fue: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si alguien me pide que se lo explique, entonces no puedo».

Silencio.

He mirado a Russell, a la espera de que continuase, pero él seguía sentado, con los ojos vueltos hacia el suelo. Yo no sabía si estaba inmerso en sus pensamientos, si se dormía, o si esperaba a que le dijera algo, porque no tenía nada que decirle. ¿Qué le podía decir? Vale, un africano de hace mucho tiempo encontró una manera de esquivar una pregunta difícil... ¿y qué?

De todos modos, he esperado unos momentos, y luego he dicho...

—Bueno... ya veo.

Russell ha levantado el rostro.

—No te ha servido para mucho, ¿verdad que no?

—La verdad es que no.

—Mira —ha continuado—, lo único que tienes que recordar es que el tiempo no preexiste. Es una magnitud fabricada. —Se ha callado un instante y ha respirado hondo, como si el esfuerzo de hablar lo hubiese fatigado—. El reloj que hay en la pared no es nada. No está ligado a nada. Solo es una máquina...

Su voz ha ido perdiendo fuerza y se ha llevado la mano a la cabeza.

—¿Estás bien? —le he preguntado—. ¿Qué te pasa?

—Nada. No es nada. De verdad...

—No, de verdad, no —he replicado—. Estás enfermo. Has empeorado desde que llegaste aquí. ¿Por qué no me lo explicas? Quizá pueda ayudarte.

—No lo creo.

—¿Y cómo lo sabes? Puede que tenga poderes secretos de curación.

No sé por qué lo he dicho. Supongo que pretendía ser una broma. Pero no ha tenido ninguna gracia. Ha sido una megaestupidez.

Se ha obligado a sonreír.

—¿Eres capaz de guardar secretos?

He asentido.

—No quiero que los demás lo sepan. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Ha respirado hondo y luego ha suspirado.

—No es lo que piensas —ha afirmado—. No tengo el SIDA. Tampoco cambiaría mucho la situación si lo tuviera, desde luego. Bueno, es que me... pero creo que ya entiendes lo que te quiero decir.

No lo entendía, pero he asentido de todos modos.

—Es un tumor cerebral —ha dicho simplemente—. Un tumor cerebral primario. Un astrocitoma de grado cuatro. Sufro dolores de cabeza espantosos...

No he sabido qué decirle...

—Oh... —he exclamado.

Russell se ha quedado mirándome.

—¿Qué va a suceder? —le he preguntado.

—Bueno, la posición del tumor... —Se ha llevado la mano a la cabeza—. Está aquí, en lo más profundo del cerebro. La cirugía conlleva demasiados riesgos. El riesgo de sufrir daños es demasiado elevado.

—¿Qué tipo de daños?

—Daños graves. Parálisis parcial, pérdida del habla...

No estoy seguro de lo que me ha sucedido entonces. Me he sentido algo raro. Mientras Russell me hablaba y me lo contaba todo acerca de su tumor, la cabeza ha empezado a darme vueltas. Me sentía extrañamente fuera de lugar, torpe e incómodo, demasiado cerca, demasiado lejos, demasiado joven...

Todavía me siento así.

Lo escucho, pero de una manera extraña, como desconectado. ¿Sabes esos momentos en los que escuchas a alguien pero tus pensamientos se marchan a otro lugar? Oigo las palabras que me dice, pero estas no activan las reacciones correctas en mi cerebro. Como cuando dice «parálisis parcial». Aunque solo fuera por un segundo me ha parecido que decía «parálisis corporal» —daños graves, parálisis corporal—, y en ese mismo instante una imagen me ha pasado por la mente, la cubierta de un cómic antiguo. Ese cómic era *Sargento Furia*. El favorito de papá. Tiene montones de cómics viejos. Le encantan. Los colecciona. Cómics de guerra, de superhéroes, todos los cómics antiguos de la Marvel. Yo me pasaba el día leyéndolos cuando era niño. Me los sé de memoria. Me sé todas las cubiertas. Sería capaz de reproducirlos de memoria.

Pero lo que veo ahora en mis recuerdos no es al Sargento Furia, con los dientes apretados, a punto de arrojar una granada con gesto heroico, sino a este hombre negro, decrepito, sobre un tanque en el que acaba de impactar una bomba. Tiene los ojos en blanco y la cabeza se le encoge, y un médico con el casco medio suelto está agachado a su lado y dice: «La posición del tumor... aquí, en lo más profundo del cerebro... la cirugía conlleva demasiados riesgos. El riesgo de sufrir daños es demasiado elevado...».

—¿Linus?

—¿Papá?

—No, soy yo. Russell. ¿Estás bien?

He levantado la mirada y de pronto se me ha aclarado la cabeza.

—¿Tienes cáncer?

—Un tumor cerebral, sí.

—¿Se puede curar?

Se ha encogido de hombros.

—Con el mejor de los tratamientos me darían un año de vida, tal vez menos. Pero aquí abajo, sin medicación, ¿quién sabe? Quizá aguante un mes, dos semanas...

La habitación ha quedado en silencio. Por un instante nos hemos mirado a los ojos, y en ese mismo instante he sabido que va a morir dentro de muy poco.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —he dicho.

—No.

—¿Está empeorando?

—Unos días son mejores que otros..., unos días... —Su voz ha perdido fuerza y por un momento me ha parecido que volvía a dormirse, pero entonces ha respirado hondo, se ha enderezado y me ha sonreído—. Eh, oye, no te me pongas tan triste.

Esto no está tan mal como parece. Tómatelo como un cambio en la escala temporal. Así es como me lo tomo yo. Mira, si escoges una línea, una línea de universo... una línea de vida, si así lo prefieres...

Ha charlado durante un rato sobre las diferentes dimensiones, y la relatividad, y temas varios, pero no he logrado concentrarme en lo que me decía.

Estaba demasiado deprimido.

Pero tiene razón. Acerca del tiempo. El reloj de la pared no es nada. Solo es una máquina que hace que tres trocitos de metal se desplacen en un círculo. El Hombre del Piso de Arriba no interfiere con el tiempo, tan solo interfiere con una máquina. El reloj afecta tan solo a la precisión de las fechas en este diario. Por eso me hice un lío con la llegada de Bird. A mí me parecía que el día de su llegada era un lunes, pero dijo que el Hombre lo había capturado el día anterior cuando regresaba del trabajo, y eso quería decir que estábamos en domingo, y me parecía absurdo. Pero es que seguramente no era lunes. Probablemente era martes, o incluso miércoles.

Solo Dios sabe lo que habrá ocurrido desde entonces. ¿Cuántos días habré perdido? ¿O ganado? A juzgar por lo que sé, hoy podría ser miércoles, o lunes, o jueves. Pero, como decía antes, ¿qué importa? Lunes, martes, miércoles... solo son palabras, en realidad no significan nada. Aquí abajo es aquí abajo. Un día es un día. La hora es ahora. Eso es todo lo que hay.

Miércoles, 15 de febrero

Todo empieza a volver a la normalidad. Bird y Anja se han recuperado de la resaca y se han acostumbrado de nuevo a no fumar. Los dos están nerviosos e irritables durante todo el día, pero es una irritabilidad controlada. Ya no están tan quisquillosos.

Fred ha vuelto a levantarse. No tiene muy mala pinta. Los ojos se le han puesto un poco inexpresivos, está algo nervioso, pero eso es todo. Parece que se haya sobrepuesto al síndrome de abstinencia con más facilidad que la otra vez. En realidad, no sé cómo funciona la heroína, ni qué le hace al cuerpo, sin embargo creo que esta vez no le ha llevado tanto tiempo, porque tampoco hacía tanto que tomaba.

El sistema de turnos también ha vuelto a arrancar. La casa empieza a estar más limpia y ya no huele a humo de cigarrillo. Aún no hablamos mucho, pero al menos todo el mundo está sobrio y en sus cabales.

Normal.

Esto es un día normal.

07.00: Me despierto sudado. Hace demasiado calor. A veces, él nos sube la temperatura por la noche. Otras veces la apaga y me despierto tembloroso, pero esta mañana hace demasiado calor. Me quedo echado en la cama y pienso. Pienso en otros tiempos, cuando era un niño pequeño, cuando papá estaba en casa, cuando mamá estaba...

Enfadada.

Siempre la recuerdo enfadada. Enfadada o irritable. O las dos cosas a la vez.

También recuerdo el jardín. El jardín de la casa donde vivíamos antes de que papá se hiciera rico. El césped cubierto de maleza, el seto, las rocas que se deshacían, los abetos... Lo tengo ante los ojos, claro como un cielo brillante y azul. En el otro extremo del jardín hay dos abetos altos y un seto vivo y denso. Las palomas torcaces dan voces desde los abetos... juu juu juu, juu juu... juu juu juu, juu juu. Recuerdo el seto como si fuera una jungla. Recuerdo el verano. Los luciones reposaban sobre la arena y en las raíces del seto. Luciones. Tubos marrones y lisos con pieles de cuero barnizado. Estoy sentado con las piernas cruzadas sobre la tierra del seto y los observo. No son serpientes de verdad. Lo sé porque he leído mis libros sobre animales. Los luciones son lagartos sin patas. Tienen unos muñones ocultos que corresponden a los huesos de las patas, y eso demuestra que lo son. Estoy sentado en la tierra, me rasco el trasero y deshago un grumo de tierra entre los dedos, ausente, y observo a los luciones, y recuerdo el chiste de papá.

Pregunta: ¿Cómo es que la lombriz se hurgaba la nariz?

Respuesta: Porque el mochuelo le había hurtado el pañuelo.

Recuerdo la boca de papá, su sonrisa, sus dientes blancos y bien alineados. Su bigote erizado. Y aquí estoy, sentado sobre la tierra, y me froto la palma de la mano contra la rodilla, y canto en susurros para mí mismo (con la melodía de *Tres ratones van*): «Oh Lución oh Lución tú qué sabrás tú qué sabrás —y me balanceaba adelante y atrás como una mantis religiosa— tú qué sabrás, Lución, tú qué sabrás, ¡dime adónde VAS!».

Y al decir «VAS», trataba de agarrar a uno de los luciones, pero nunca era lo bastante rápido.

Nunca era lo bastante rápido.

Y lo único que me quedaba en la mano era un puñado de hojas y tierra.

08.00: Se encienden las luces y se apagan mis recuerdos. Me levanto de la cama y me visto con mis ropas raídas. Una camiseta grande, un jersey acolchado, capucha, pantalones holgados, cada día más holgados. Botas Hi-Tec. Voy al baño, me lavo, me cepillo los dientes, meto la cabeza por el agujero de la sábana y me siento en la taza. Salgo al pasillo, hago un gesto con la cabeza para saludar a Anja, que pasa en la dirección contraria, y voy a la cocina. Preparo café. Me siento. Espero la llegada del ascensor.

08.45: Viene Jenny. Hablamos. Tiene una erupción en la pierna, unos mordiscos pequeñitos. Tomo nota mentalmente de que voy a tener que añadir zumo de limón a la lista de hoy.

08.55: Fred se presenta sin camisa, rascándose la barriga. Apenas dice nada. Le revuelve el cabello a Jenny. Le digo que quiero verlo más tarde. Me dice que muy bien. Se prepara una taza de café y vuelve a marcharse a su habitación.

09.00: El ascensor baja. Comida, zumos, fruta, leche. Jenny me ayuda a sacarlo todo.

09.30: Hoy le tocaba a Bird preparar el desayuno, pero se olvida. Jenny hace unas tostadas. Comemos juntos. Preparo café y se lo llevo a Russell. Quiero hablar con él, pero le duele mucho la cabeza. Dejo que descanse y vuelvo a la cocina.

El resto del día pasa muy despacio. El reloj está puesto para que avance con lentitud. Hablo con Fred, voy a ver a Russell, ayudo a Jenny con la limpieza. Me echo y vuelvo a pensar en el jardín. Recuerdo la ropa que llevaba, los pantalones de color azul celeste, la camiseta a rayas marrones, las sandalias. Recuerdo que agarraba un bastón de bambú y una botella de zumo de naranja con las manos sucias, y recuerdo que soñaba despierto. Mis imaginaciones. El jardín está en África, en América, es una llanura desierta de hierba sin podar, con orejas de conejo y rosas rojas y marchitas. Recuerdo que arrancaba la espina de una rosa, que la lamía, me la

pegaba a la nariz y me convertía en rinoceronte. Entonces me imagino rinocerontes y leones, y trato de golpear una pelota roja y grande con el bastón de bambú; fallo, y se me cae la espina. Le doy una patada a la pelota y sale volando sobre las rocas hasta un lecho de kniphofias rojas y derriba un tallo florido. Echo una rápida mirada a la puerta de atrás para estar seguro de que mamá no me ve, y entonces me escabullo por el jardín para ver si puedo arreglar la flor estropeada. Pero no puedo. Así que la arranco y la escondo debajo del seto. Sé que mamá no va a mirar allí, porque le dan miedo los luciones.

Pero ¿y si mirara?

Y entonces se me inflama el corazón con el recuerdo de lo que sucedió un verano anterior en el que arranqué todos los pétalos de los pensamientos de mamá, y mamá, una vez más, se enfadó de verdad.

—¡Eres un niño tonto!

Mirada desagradable.

—¿Qué te crees que haces? ¿Qué es esto?

Tiene en la mano un tarro de mermelada lleno de agua turbia. Hay trocitos de madera y de pétalos de pensamiento suspendidos en el mejunje marrón claro. También insectos. Y hierba. Bichos. Hojas. Musgo. Cochinillas. Gusanos. Caracoles. Una babosa. Piedras. Grava. Barro.

¿Qué es esto? Jardinería orgánica, eso es lo que es.

¿Qué te crees que haces? Colecciono objetos varios en un tarro de mermelada lleno de agua y los mezclo para ver lo que ocurre. Eso es lo que hago.

—¿Qué es esto? —repite mamá.

—Nada.

—¿Qué te crees que haces?

—Nada.

—Ven aquí.

No consigo moverme.

—¡Ven aquí! —Me pone el tarro de mermelada en las manos—. Vete a tirar esto. ¡Venga... vete de una vez a tirarlo!

Me pongo a llorar.

—¿Dónde?

—Tíralo donde sea.

Me marcho por el caminito del jardín y trato de vaciar el tarro donde están las rosas.

—¡Ahí NO!

La veo de pie en la puerta, con un cigarrillo encendido en la mano, y no sé qué hacer. Tengo miedo.

—Suelta eso —masculla—. Déjalo en el suelo. —Da una calada profunda al cigarrillo—. ¡DÉJALO EN EL SUELO!

Coloco el tarro de mermelada sobre el césped, con cuidado para que su contenido

no se vierta. El agua turbia se agita detrás del cristal. Veo trocitos de insectos, barcas que son alas de escarabajo, una babosa negra que flota como una ballena...

—Ven aquí.

Me acerco por el caminito arrastrando los pies. Los ojos me escuecen. Tendría que ir a hacer pis. Mamá me agarra por el brazo y me da una sacudida, y me arrea un manotazo detrás del muslo.

—Crío imbécil.

Y otra vez —¡plas!—, y muy fuerte.

—Vete arriba.

Un rato más tarde me trae galletas y un vaso de leche.

—¿Linus? —me dice con voz suave—. ¿Linus?

No puedo hablar. Estoy temblando.

—No pasa nada —me susurra—. No te preocupes. No le voy a decir nada a papá. No es necesario que papá lo sepa...

No sé si en todo esto hay algo que sea cierto.

No logro dormir. Estoy temblando.

Viernes, 17 de febrero

Ayer traté de escapar.

No lo conseguí, y ahora todos nosotros sufrimos por ello.

Antes de intentarlo, escribí en una página de la libreta lo que tenía intención de hacer y se lo enseñé a los demás. Jenny pensó que era una buena idea. Bird y Anja pensaron que era una pérdida de tiempo. Russell pensó que era demasiado arriesgado. Fred no pensó mucho en ello, pero al menos aprobó el intento. Y finalmente convenció a los demás para que también lo aprobaran. Es muy persuasivo cuando quiere.

Así que ayer por la noche, unos treinta minutos antes de la hora en que preveíamos que el ascensor subiría, pusimos manos a la obra.

Mientras Jenny y Fred estaban en la cocina friendo tocino, me llevé un rollo de bolsas de basura al baño y metí en una de ellas todo lo que pude encontrar. En respuesta a una señal previamente acordada, Jenny golpeó «accidentalmente» la sartén, dejó que la grasa del tocino se desparramara sobre el fogón y se puso a gritar: «¡Fuego!». Entonces se marchó corriendo a su habitación. Mientras las llamas se extendían sobre el fogón, Bird y Anja salieron de sus respectivas habitaciones y se pusieron a gritar con todas sus fuerzas. Entretanto, Fred había roto una pata de una de las sillas del comedor y había mantenido uno de sus extremos sumergido en la grasa del tocino hasta que se había puesto a arder. Entonces, con gran rapidez, se envolvió la cabeza con una sábana, se subió a la mesa y empezó a hurgar en la rejilla del techo con la pata encendida.

Mientras todo esto sucedía, me quedé en el baño, y tan pronto como hubieron empezado los gritos me puse a trabajar. Tenía que actuar con rapidez.

- vaciar la bolsa de basura.
- arrancar otras cinco bolsas del rollo.
- meter rápidamente una bolsa dentro de otra, y esa dentro de otra...
- ... hasta tener en la mano una bolsa de basura superresistente (del grosor de seis).

Eran bolsas de basura extragrandes, de esas que se emplean para sacar la porquería del jardín. No las habíamos pedido de ese tipo, y no sé por qué motivo él nos las había mandado. Seguramente pensó que daba igual. O, ahora que lo pienso, tal vez le pareció que no daba igual. Quizá él sabía desde el comienzo lo que hacía. En cualquier caso, eran bolsas de esas extragrandes, y yo soy menudo para mi edad,

así que me metí dentro de la bolsa superresistente, me agaché y enrosqué el cuerpo hasta donde pude, y aún quedaba espacio para hacerle un pliegue a la bolsa encima de mi cabeza.

Y entonces aguardé.

Con esperanza.

Con dudas...

Oía todo el barullo que habían armado fuera. Fred soltaba palabrotas, Anja y Bird pegaban alaridos... y entonces, de pronto, aulló de nuevo aquel silbido horrible y penetrante. No duró mucho, pero sí lo suficiente como para que doliera.

Y entonces, de pronto, se hizo de nuevo el silencio.

Aguardé dentro de la negrura del plástico negro.

Con esperanza, con dudas...

¿Y si él estaba mirando mientras preparaba la bolsa?

¿Y si había visto cómo me metía dentro?

¿La maniobra de distracción podía haber funcionado?

¿La bolsa de basura era suficientemente superresistente?

Aguardé.

En absoluta quietud.

Al cabo de un rato, oí las pisadas de Fred que se acercaban por el pasillo. La puerta del baño se abrió, sus pisadas se acercaron todavía más, y entonces abrió la bolsa y me echó basura sobre la cabeza. No mucha, tan solo la necesaria para que no se me viera. Cerró la bolsa. Sentí cómo la agarraba y la levantaba, y contuve el aliento, con el temor de que la bolsa se rasgara, pero no fue así. Y entonces se me llevó por el pasillo.

Como te decía antes, no soy corpulento, e incluso en las épocas buenas no peso mucho, pero aun así fue todo un reto. Fred tuvo que llevarme como si no pesara nada, como si la bolsa hubiera estado repleta de basura. Increíble. La sensación de que me llevaran dentro de una bolsa de basura fue muy extraña, y hubo un momento en el que estuve a punto de echarme a reír. Me imaginé que era un enano y que me había metido en una bolsa de la compra. Un comprador se me llevaba a casa sin darse cuenta, y entonces, cuando empezaba a abrir los paquetes, yo pegaba un salto y mataba de miedo a toda la familia.

No tiene mucha gracia, ¿verdad?

Creo que tendrías que haber estado aquí para entenderlo.

Noté que Fred giraba a la izquierda y se dirigía por el pasillo pequeño hasta el ascensor. Y entonces, con toda la suavidad de la que fue capaz —pero sin exagerar, para que no se notara—, me dejó en el ascensor y se marchó. Una de tantas bolsas de basura.

Ya solo me faltaba aguardar hasta las nueve y esperar que: 1) el ascensor subiera como siempre, 2) El Hombre del Piso de Arriba no me hubiera visto meterme dentro de la bolsa de basura, y 3) No hubiera mirado con mucha atención cuando Fred me

llevaba por el pasillo.

Era mucho esperar.

El tiempo pasaba con lentitud.

Aguardé.

No me movía.

Trataba de no respirar con fuerza.

Luego, al cabo de unos minutos, la puerta del ascensor se cerró.

Tcc-cssss-mmm...

Volví a contener el aliento.

El ascensor dio una sacudida y empezó a subir.

Zuummmm...

No podía creérmelo.

Me estaba moviendo. Iba hacia arriba, salía del búnker.

El ascensor se detuvo.

Tuc-clong

Todo estaba en silencio.

Aguardé.

Nada.

La puerta seguía cerrada.

Aguardé.

Nada.

Entonces oí un siseo muy débil. Un sonido como de gas. Y al cabo de unos instantes sentí el olor. Un olor a producto químico, no desagradable. Como olor de hospital. Limpio, como de gas, y...

—Ay, mierda —murmuré.

Y eso fue todo.

No recuerdo nada más.

Me quedé inconsciente.

Al despertar estaba echado en la cama, de nuevo en mi habitación. Tenía pálpitos en la cabeza y los ojos legañosos, y un dolor atroz en el estómago. Sufría temblores violentos. Hacía un frío glacial. Me sentía los ojos como si tuviera los párpados pegados el uno al otro, y notaba un sabor amargo y desagradable al fondo de la garganta. Me he incorporado sobre la cama, he gimoteado y me he despegado los párpados.

Russell estaba sentado en la silla, al otro extremo de la habitación.

—¿Qué tal estás? —ha preguntado.

—¿Uh...?

—¿Cómo te encuentras?

—Como una mierda —he dicho mientras me sacaba las legañas de los ojos—.

¿Qué ha ocurrido?

Que nos ha gaseado. Eso es lo que ocurrió. A mí en el ascensor, a los demás en el búnker. Ellos han quedado inconscientes durante unas tres horas. Yo he tardado casi doce en despertar. Me ha mandado de vuelta en el ascensor. Los demás me han sacado de allí y me han puesto en la cama.

—Durante un rato tenías muy mala pinta —ha dicho Russell—. Estábamos todos muy preocupados por ti. Sobre todo Jenny.

—¿Jenny está bien?

—Todo lo bien que puede estar.

—Vale. —Me he estremecido—. ¿Por qué hace tanto frío?

—Nos ha apagado la calefacción.

—Me imagino que será un castigo.

Russell ha asentido.

—Pero me temo que eso no es todo. Mientras estábamos inconscientes, ha bajado y se ha llevado toda la comida y la bebida que había en la cocina. Ahora solo tenemos agua.

He abierto la boca para hablar, pero solo me ha salido una tos entrecortada que me ha revuelto por dentro.

Ya es tarde. No me siento muy mal. Por lo menos, no físicamente. Hace un rato he ido a ver a Jenny. Al verme, ha llorado. Me ha dicho que creía que me moriría.

—No me voy a morir —le he asegurado—. Soy duro como una bota vieja.

—No, no lo eres —ha replicado—. Eres canijo, igual que yo.

He sonreído.

—No soy canijo.

Se ha limpiado la nariz con la mano.

—Sí lo eres.

—Sí, vale... los canijos somos más fuertes de lo que parecemos, ¿verdad que sí? Tenemos el Canijopoder.

Ha sonreído.

—¿El Canijopoder? ¿Qué es eso?

—Es esa sustancia que los demás no tienen. La sustancia que nos mantiene en pie. A mí y a ti, los Supercanijos.

—Sí.

Yo mismo no sabía ya de qué hablaba. Pero me encontraba bien. Todavía me encuentro bien. Y ahora que estoy aquí, sentado en la cama, y escribo estos pensamientos, siento algo que no había sentido desde hace mucho tiempo, que tal vez no había sentido jamás. Siento que estoy unido a alguien. Y es una sensación potente

y abrumadora que anula todo lo demás, y no sé qué hacer con ello. Esto es tan bueno que es más que bueno, pero al mismo tiempo es insoportable. Me llena de visiones de negrura y dolor.

No puedo decir más.

Domingo, 19 de febrero

Hace dos días que no tenemos comida. Todo el mundo está cansado e irritable. Nadie ha dicho que yo tenga la culpa, pero lo leo en sus ojos. Te dijimos que era una idea estúpida, te lo dijimos.

Ayer el castigo continuó con tres horas de estruendo ensordecedor. No sé lo que era. Una especie de música abominable... una batería atronadora, chirridos horribles, voces gemebundas... qué horror, por Dios. Y estaba increíblemente alta. No podíamos hacer nada. Nos hemos echado en la cama con la cabeza envuelta en sábanas y ropa y las manos pegadas a los oídos... durante tres horas infernales.

Indescriptible.

Cuando por fin ha terminado, el silencio ha aullado de dolor.

Lunes, 20 de febrero

Cuatro horas de calor abrasador seguidas de cuatro horas de frío ártico. Luego otra vez el calor, luego el frío, el calor, el frío...

Nuevamente ese estruendo que te revienta el cráneo.

Seguimos sin nada que comer.

Lo único que podemos hacer es vivir todo esto.

Vivir pasando a través de todo esto. Retirarnos al interior de nuestro cerebro, tratar de apagar el interruptor y esperar.

No hay nada que dure para siempre.

Sí, tú puedes hacerlo.

Hazlo.

Hazlo.

Martes, 21 de febrero

Por fin.

La temperatura vuelve a ser normal y nos ha enviado comida de nuevo. Comida. Toneladas de comida. Esta mañana el ascensor ha bajado cargado con todo tipo de alimentos. Carne, pan, verduras, frutas, chocolate... En mi vida había visto algo tan delicioso.

¡Comidaaaaa!

Russell nos ha aconsejado que empecemos por comer poco. Ha dicho que si comemos demasiado con el estómago vacío nos van a dar calambres. Nosotros lo escuchábamos, asentíamos con la cabeza y babeábamos, y a continuación nos hemos arrojado sobre el cargamento y hemos tragado como animales famélicos. Ha sido como en uno de esos banquetes romanos que se ven en las películas..., los trocitos de fruta y de carne salían volando en todas direcciones, y nosotros mordíamos, y mascábamos, y masticábamos, y salivábamos, y eructábamos...

Qué bueno, por Dios.

Ahora estoy echado en la cama, y bebo té y sonrío por el dolor que siento en el vientre. Es un buen dolor. Bueno e intenso. Para sentirme todavía mejor, trato de recordar cómo era cuando tenía hambre. Pero es imposible. Sé que me sentía mal, pero soy incapaz de revivir las sensaciones concretas...

Aguanta.

Quizá Russell tuviera razón con lo de los calambres.

Empiezo a notar algo...

Cómo

No, no son calambres

Es otra cosa

me sube por el cuerpo y llega a todas partes

como una corriente eléctrica como si

me da el calor y me voy

calor y no peso nada

Creo que es

perfecto.

calor y sin sed nunca he necesitado nada. Nada está mal. Las paredes están

enmarcadas con oro raído.

el jardín el jardín has vuelto al jardín otra vez. nunca te habías marchado. sí, estás aquí, y das en el seto con el bastón de bambú y te sacudes de la cabeza las lágrimas del verano. olvida. ¿olvida qué? simplemente haz lo que quieras. baja al poste del tendedero, baja, dale la vuelta. dale la vuelta la vuelta al poste del tendedero, la vuelta y la vuelta y la vuelta y la vuelta lo verás todo otra vez contra el cielo arremolinado lo verás todo la casa de las ventanas el tejado el sol los árboles con palomas el cielo la cerca el cielo pirámide la casa de las ventanas donde aguardan los tigres el tejado los árboles con palomas juu juu tú solo mira al cielo nacido del sol el seto la rosa de espinas cuernos de rinoceronte el cielo arremolinado donde los mirlos ascienden la casa de las ventanas el tejado del sol los árboles verdes grandes la cerca la puerta el cielo arremolinado

ahora está todo claro.

haciendo esto.

contando los animales de tu libro de animales.

contar los animales.

¿cuántos animales? cuéntate los dedos.

lución por supuesto, está en el libro. lución rinoceronte tigre león babosa zorro oso paloma perro oso. no. rinoceronte tigre león babosa zorro oso paloma perro. ¿una babosa es un animal? babosaperroberro. prrr. una babosa es una ballena en una jarra de mermelada. jii. elefante ballena insecto ratón. ¿qué es esa cosa tan rara? comadreja vaca tejón zorro. no. comadreja conejo de orejas caídas.

un chiste de papá

cómo sabes. no. ¿en qué se ve la diferencia entre una comadreja y un armiño?

en que la comadreja parece una vieja y el armiño es como un niño

papá me recita poemas.

*los pericos son más grandes que los osos
y los cangrejos son bichitos pulgosos
y los loros comen hombres deliciosos
y los tigres engullen frutos sabrosos
y las abejas se hacen quesos melosos.*

y el otro, el de los búfalos. la vuelta y la vuelta y la vuelta y la vuelta

*el búfalo es un animal difícil de contentar
no quiere ni ratones ni guisantes en su yantar
si quieres darle de comer, échale cosas muy grandes*

*como alitas de aguilucho y leones de los Andes
pero en cambio el abejorro la barriga ya se llena
con bocados pequeñitos de hormigas y de arena
y y y
y lo que un millón de abejas hoy habría devorado
un búfalo bebé se lo tragará de un bocado*

y aquel de la cebra. no. no recuerdo. ah. dedos. lucierrino ceronte tigreleón
babosaperro zorroso palomaperro elefanteballenainsectoratón comadreja
vacatejónzorro conejo armiño pericogrand pulgacangrejo lorohombres
abejabúfalooso aviotáguilaslavueltalavueltalavueltalavueltalavueltalavueltalavuelta
bébete la naranjada, calor plástico bajo el sol de agosto. el poste del tendedero está
frío como el plomo. bueno para colgarse. la vuelta y la vuelta. la cuerda se mece al
ritmo. lata de hojalata nudo collar lata de hojalata nudo collarlata de no des la lata
collar.

¿cuántos animales? ¿personas incluidas?

todos nosotros somos animales

¿cuántos animales?

¿27?

por ahora es suficiente.

luciones = 28

cebras = 29

2 zorros = 28

BASTA

es aquí donde estás.

aquí

aquí sentado sobre la hierba verde en el jardín arremolinado masticas un palo.
exhausto y aturdido. miras fijamente la pared.

solo estoy yo.

yo tú yo

Aún estoy aquí, tío.

El sol aún avanza por el cielo.

No importa qué hora sea.

Un solo día dura para siempre. Vamos allá.

el sendero del jardín conduce a las montañas rocallas donde las piedras te
aguardan para prender fuego en el hombre araña empapado de petróleo con un
petardo en la camiseta de araña o para llevarlo a los yermos donde las arañas se
agazapan en cuevas entelarañadas sus espaldas bulbosas cruzadas como asnos presos
en 8 patas negras. asnos y mexicanos soldados alemanes sargento furia quizá un
ratón. un oso ¡rrroooaaarrrr! o billy el niño. billy el hombre mágico atrapado en una
cueva con una araña asno. la araña lo enreda en su seda y lo cuelga de un gancho y

billy blande su varita mágica y mira en su libro mágico y dice no tengo miedo de morir como un hombre pero la mecha encendida del petardo le funde su cara bonita y cuando estalla le abre un agujero en su corazón de plástico ¡¡¡aaaahhhh!!! ves todos esos lugares pequeños están hechos para vaqueros e indios para esperar en emboscada o luchar o caer en la muerte o cubiertos en mielmermelada espera que las hormigas vengan y todos estos lugares pequeños ya los conoces. así pues hongkong robocop le da en la nuca ¡¡¡aaaahhhh!!!! estas piedras no están arregladas. las de la mitad y el fondo están puestas pero las de arriba se bambolean y suben cuando nadie mira como ahora. puedes elevar el tejado en el cielo de otro mundo y que se haga la luz. en fango aplanado el color del chocolate bajopiedras animales pánico al sol. las cochinillas se dispersan. los gusanos se retuercen y revuelven. rojo músculo amarillo blanco como lechévomito. centípedos. una babosa escupida. milípedo enroscado duro marrón húrgame con un palo. un escarabajo largo fino manchado con bolos verdes a un agujero donde baja la cabeza y hace tic a la derecha entonces se estremece y se gira y hace tac a la izquierda atrás por el tiempo. agárrate a la roca y mira más de cerca. ve la destreza del fango y la serie de caminos misteriosos. el agujero del escarabajo tiene un borde por dentro que resplandece blanco pálido con huevecitos. no blanco del todo tienen el color del subsuelo o de las criaturas muertas y tú sabes tú sabes que si los pones en una caja de cerillas vacía verás qué ocurre se encogerán hasta desaparecer. lo sabes. y ahora oyes la voz de tu madre.

¡LINUS!

muy muy lejos

¿DÓNDE ESTÁS?

—Estoy aquí.

Más tarde. Un millón de años más tarde.

Me duele la cabeza. Me siento mal.

La comida estaba drogada.

Ha drogado la comida.

No sé qué le habrá puesto..., algo raro. Dios mío, en toda mi vida no me había sentido tan raro. No es que me sintiera raro en el sentido de que me sintiera mal. Pero tampoco me sentía raro en el sentido de que me sintiera bien. Solo me sentía raro en el sentido de que me sentía raro. Raro como si estuviera en otro planeta. Es como si durante un rato me hubiera transformado en otra persona. Como si hubiera estado en un lugar distinto y hubiera sido algo distinto.

Ahora no puedo pensar en eso.

Tengo que dormir.

Miércoles, 22 de febrero

Bueno, nos hemos reunido. Teníamos que volver a unirnos. Esto se está descontrolando. Tenemos que recuperarnos, consolarnos y reconfortarnos los unos a los otros. Mierda, tenemos que hacer algo.

He mirado alrededor de la mesa y solo he visto caras de moribundos.

Jenny... pobre niña. Apenas puede hablar. Vomitó la mayor parte de la comida drogada y por eso no sufrió mucho, pero de todos modos lo ha pasado muy mal. Personas enfermas, pesadillas, el ruido, el calor, el frío... No puede hacer frente a todo eso. No es más que una niña, por Dios. Esto es demasiado para ella.

Esta mañana he escrito una nota. He sacado una hoja de papel del portafolletos de la pared y he escrito: «¿Por qué no dejas salir a Jenny? Por favor. Solo eso. Déjala salir. Pagaré para que la dejes salir, si es eso lo que quieres. Haré lo que sea. Dime lo que quieres que haga y lo haré. Pero déjala salir. Por favor».

Sabía muy bien que no iba a servir para nada.

Era una pérdida de tiempo.

Pero lo he hecho de todos modos.

Anja ya no puede más. Empieza a parecerse a una de esas locas que te encuentras por la calle, esas que acarrean con todas sus cosas en bolsas de plástico y pegan gritos a los coches. Tiene la cara inexpresiva, como de loca.

Bird mira a todo el mundo como si quisiera matarnos.

Russell está cada día más enfermo. Ya no puede hablar bien. Las palabras le salen arrastradas y el dolor le ensombrece el rostro.

Pero Fred... Fred todavía se ve muy fuerte. Duro y temible. Como de piedra. Me imagino que ya está acostumbrado a sufrir. El dolor no le importa. Le rebota en la cabeza como las gotas de lluvia sobre una roca.

¿Y yo? Bueno, yo solo me veo la cara por dentro. La siento enflaquecida, y dura, y curtida por el dolor.

Ahí estábamos los seis, seis caras de moribundos sentadas en torno a la mesa, a la espera de que alguien hablase. El silencio me volvía loco.

—Venga —he dicho por fin—, tenemos que hacer algo. No podemos seguir así. Esto nos va a matar.

Bird se ha reído.

—Sí, estupendo. Buena idea. Vamos a hacer algo.

—Linus tiene razón —ha murmurado Anja.

Bird le ha lanzado una mirada fría.

—¿Eso piensas?

Anja ha bajado los ojos.

Bird ha movido la cabeza con enfado.

—La última vez que tratamos de hacer algo no nos salió muy bien, ¿verdad? — Me ha mirado a mí—. Si entonces no hubiéramos hecho algo, ahora no sufriríamos todo esto.

—¿Qué quieres que haga? —he replicado—. ¿Quieres que pida disculpas? De acuerdo, pido disculpas. Pido perdón por haber intentado conseguir la libertad de todos. Por favor, perdonadme.

Bird ha puesto cara de exasperación.

Odio de verdad a ese cabrito. No solo a él, aunque ya es nefasto de por sí, sino a todo lo que representa. El hombre que va a trabajar cada día. El hombre con traje. El hombre de negocios. Todo el día lloriqueando y quejándose por algo, nunca satisfecho. El tren llega tarde, hace demasiado frío, estoy tan cansado. Son todos iguales, como niños grandes trajeados. Juguetes en los maletines, trenes en vez de bicicletas, esposas en vez de madres, cerveza en vez de leche... ¿sabes a qué me refiero? Es como si hubieran crecido para convertirse tan solo en niños hipertrofiados. Han cogido su propia niñez, han cogido todas las cosas bonitas, y las han convertido en mierda. Eso me molesta de verdad. No sé por qué, simplemente me molesta. A gente como Bird la veo cada día... la veía cada día, cuando tocaba música cerca de la estación. Veía la manera como me miraban, como si yo no fuera nada, una puta mierda. Y yo pensaba... «Podría comprarte. Podría comprar cuarenta veces todo lo que tú tienes, así que no me mires de ese modo».

Y pienso que esto último es lo que más me asqueaba. Lograban que me volviera igual que ellos, y eso no podía soportarlo.

Otra vez en la mesa.

Y Bird vuelve a contemplarme con cara de exasperación, me lanza esas miradas con que se mira a una puta mierda, y empieza a molestarme de verdad. Iba a decirle algo cuando Jenny me tira de la mano y me susurra algo al oído.

—¿Qué pasa? —digo.

—Dile que lo sientes —susurra.

—Ya lo he hecho...

—No, a Bird no. —Mira hacia arriba—. A él, al Hombre del Piso de Arriba.

Vuelvo los ojos hacia ella.

—¿Disculpa?

—Eso es lo que él quiere.

Bird adelanta el cuerpo sobre la mesa.

—¿Qué es lo que dice la niña?

Hago como que no lo veo. No puedo dejar de sonreírle a Jenny.

—Eh —dice Bird, y da un manotazo sobre la mesa. Lo miro con odio. Tiene la cara fea y enrojecida; ¿con quién estás hablando, con la novia o conmigo?

Yo adelanto el cuerpo sobre la mesa y le doy un puñetazo en la cabeza.

Se suspende la reunión.

He seguido la propuesta de Jenny. Le he pedido disculpas al Hombre del Piso de Arriba. He escrito otra nota. No me ha costado mucho. Es fácil pedir perdón, sobre todo cuando en realidad no lo sientes. «Por favor, perdóname que haya tratado de escapar —he escrito—. Prometo que no volveré a hacerlo y lamento todos los problemas que he causado. Entiendo que fue una acción egoísta. Lo siento de verdad. Por favor, no nos castigues más. Linus».

He puesto la nota junto con la lista de la compra y la he dejado en el ascensor.

Me he sentido como un niño pequeño que le escribe una carta a Papá Noel. No cree en Papá Noel, pero ¿qué daño le puede hacer? ¿Qué puede perder con ello?

Nota al Hombre del Piso de Arriba: si lees esto, por favor, no hagas caso de lo que he escrito antes, cuando he dicho que no lo sentía. Sí lo siento. De verdad. Cuando he dicho que no lo sentía, tan solo fingía. Era para presumir. Ya me entiendes, me hacía el duro.

¿De acuerdo?

Claro que, si no lees esto...

Jueves, 23 de febrero

He pasado todo el día revolcándome en la compasión que siento por mí mismo. No sé por qué me ha entrado de pronto. No ha sucedido nada terrible, nada que se salga de lo ordinario. He despertado y me he sentido como una mierda. No me entiendo mal. No me quejo. En realidad, me gusta mucho sentir compasión de mí mismo. Es una sensación cálida, como si dijéramos, confortable. Pienso que sentir compasión por uno mismo es bueno, con la condición de que cada uno se lo guarde para sí.

Por supuesto que, estrictamente hablando, no me la guardo para mí. Te la cuento a ti. Pero si de momento acepto que tú eres yo, creo que se me puede perdonar.

¿Y si no?

¿Qué más da?

Lo más curioso es que, cuanto mayor es la lástima que me inspiro, menos terrible me resulta todo esto. Es una mierda, sí. Es injusto. Es increíble. Insoportable... bueno, no, insoportable, no. No hay nada que sea insoportable. Insoportable significa que no se puede soportar. Si nos encontramos con algo que no podemos soportar, nos morimos. Si algo no nos mata, es que lo hemos soportado. ¿No es así? Esto no es insoportable. Si estoy vivo, es que soy capaz de soportarlo. Y si al final me mata, ¿acaso me importará? Habré muerto. Ya no habrá nada que soportar. A menos que sí exista un lugar llamado Infierno, por supuesto.

Eso sí que me daría miedo.

Fuego eterno y condenación, diablos, horcas, brasas... ¡Dios mío, imagínate cómo sería eso! Uno se pasa toda la vida riéndose de la idea misma de que puedan existir un Cielo y un Infierno, y entonces se muere con la idea de que es el final... pero no lo es. El Infierno sí existe. Después de todo, era verdad. Era verdad. Y tú estás allí, y te quemas por todas partes y el Diablo te maldice y unos duendes chillones te revientan los ojos...

¿Cuán fastidioso sería?

También podríamos verlo de otra manera.

Déjame que lo piense un momento.

Exacto.

En realidad, todo esto no tiene nada que ver con el Infierno. Yo pensaba en otra cosa. Pensaba en lo desgraciado que soy. En lo desgraciado que he sido, porque me capturaron en un lugar donde no pintaba nada y me metieron en esta mierda sin perspectivas de volver a salir. Lo que yo pensaba... es que debo de ser una de las personas más desgraciadas de este mundo. Y entonces he empezado a pensarlo de verdad.

Bueno, me he dicho a mí mismo: «Olvídate de los demás, finge que estás tú solo

aquí abajo. Estás solo. Y entonces pregúntate: “¿Soy el más desgraciado en el mundo entero?”».

Piénsalo.

En teoría, es posible hacer una lista. Empiezas con la persona más feliz del mundo, la persona que tiene todo lo que quiere y aún más, y luego vas bajando por los siete mil millones de personas que hay en este planeta hasta que por fin llegas a la más desgraciada. La más triste, la más infortunada, la que tiene una vida peor que la de todos los demás.

Pero entonces tropiezo con un problema.

Hemos encontrado a esa persona, la persona más desgraciada de todo el planeta, la persona que se encuentra al final de la lista, ¿de acuerdo? Pero inmediatamente antes de ella estará la segunda persona más desgraciada del mundo. Ahora piénsalo bien. ¿Cuál de las dos querrías ser? ¿La persona más desgraciada del mundo entero? ¿O la segunda persona más desgraciada del mundo entero? Yo sé muy bien por cuál me decidiría. Preferiría ser la primera, la Persona Más Desgraciada del Mundo Entero. Por lo menos sería algo. Tendría un título. Tendría algo que no tiene nadie más. Porque, ¿quién diablos querría ser la Segunda Persona Más Desgraciada del Mundo Entero? El segundo puesto no vale nada. El segundo puesto no es nada. A nadie le interesa el segundo. Y ahí está el problema. Porque si ser la Persona Más Desgraciada del Mundo Entero te otorga un privilegio que la Segunda Persona Más Desgraciada del Mundo Entero no tiene, entonces ya no serás la Persona Más Desgraciada del Mundo Entero, ¿verdad? Pero entonces, si el título de la Persona Más Desgraciada en realidad pertenece a la Segunda Persona Más Desgraciada del Mundo Entero, entonces esa persona tendría un privilegio que la nueva Segunda Persona Más Desgraciada del Mundo Entero no tiene...

Y así otra vez, y otra, y otra.

Ya no recuerdo en qué estaba pensando.

No importa.

Fuera lo que fuese, ahora me siento mejor.

Esta mañana el ascensor ha bajado con dos bolsas de comida en el suelo. Todos teníamos mucha hambre, pero no sabíamos si estaría drogada o no.

—Yo no pienso tocarla —ha dicho Bird—. Prefiero morirme de hambre antes que volver a pasar por todo aquello.

Lo he mirado. Él me ha devuelto la mirada con odio, y luego ha apartado el rostro. Tiene una marca roja y fea en la mejilla, donde le di el golpe. Ojalá no se lo hubiera dado. No porque lamente habérselo dado, sino por toda la mierda que viene detrás: las fricciones, las inferencias, las posibilidades, la reacción... los moretones en los nudillos.

Tendría que haber recordado el consejo de Bob *el Mono*.

Bob nació para luchar. En cierta ocasión me dijo que ganar en las peleas es una cuestión de actitud. Tienes que golpear primero, golpear con fuerza, jugar sucio. Engañar. Y algo que debería haber recordado...: si vas a golpear a alguien en la cabeza, no emplees las manos. Las manos son frágiles. Se rompen. Si vas a golpear a alguien en la cabeza, utiliza un bastón, o un ladrillo, o una guitarra, o tu propia cabeza. Las cabezas son duras y pesadas. Hacen daño. Sorprenden. Todo el mundo espera un puñetazo, nadie espera un cabezazo.

No utilicé la cabeza.

—Alguien tendrá que probar la comida —he dicho—. No podemos quedarnos aquí y contemplarla durante todo el día.

—¿Y si lo echamos a suertes? —ha sugerido Jenny.

—¿El qué? —ha replicado Bird.

—La persona que vaya a probarla.

—Yo no —ha resoplado Bird.

—¡Pero por favor! —ha exclamado Fred, y a continuación ha dado un paso adelante y ha agarrado una de las bolsas. Ha sacado una manzana y le ha hincado el diente. Media manzana ha desaparecido de un mordisco. Nosotros mirábamos sin hacer nada. Ha masticado ruidosamente durante un rato, ha tragado, y luego se ha comido el resto con el corazón y las pepitas y todo. Sin pausa alguna, ha vuelto a meter la mano en la bolsa y ha seleccionado un paquete de queso. Lo ha abierto, ha separado un trozo y se lo ha metido en la boca.

—Eh —ha protestado Bird—, frena un poco.

—¿Tú quieres también? —ha dicho Fred, y le ha ofrecido el queso.

Bird se ha echado para atrás.

—Solo quiero decirte que no te pases. Deja algo para los demás.

Fred ha sonreído con malicia.

—El que se atreve...

—No te lo comas todo —le he dicho.

Fred ha dejado de masticar y me ha mirado.

—¿Y a ti qué te pasa?

Lo he mirado a los ojos.

—No te lo comas todo. Deja un poco para Jenny. Lo necesita más que tú.

Ha clavado la mirada en mí durante un momento que se me ha hecho eterno, con ojos duros y crueles, y por un instante he pensado que me iba a aplastar la cabeza, o algo parecido. Pero al cabo de un rato ha asentido, le ha guiñado un ojo a Jenny y se ha vuelto hacia mí con una sonrisa insolente.

—No te preocupes. —Ha vuelto a meter el queso en la bolsa y ha sacado chocolate y un pan de molde—. Déjame que me coma esto y que pasen quince minutos. Con eso será suficiente. Si para entonces no estoy tumbado de espaldas

farfullándole a la luna, podréis empezar a comer, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Se ha metido un trozo de chocolate en la boca y se ha marchado a su habitación, y mientras se alejaba no ha apartado los ojos de mí. Aún sonreía, pero era una de esas sonrisas que te encogen el corazón. Al pasar por mi lado, se ha inclinado y me ha susurrado al oído. Dos breves palabras. «Ten cuidado». Y luego se ha ido.

La comida era buena. Ni drogas ni nada raro, tan solo la barriga llena. Parece que Jenny tenía razón. Él solo quería que yo me disculpara.

Estoy desconcertado.

He pasado las dos últimas horas echado, tratando de comprender si esto significa algo. Me disculpo y él nos da comida. ¿Qué es todo esto? ¿Viene a significar que él tiene una fibra sensible? ¿Que se deja seducir por las buenas maneras? ¿O que trata de educarnos? Creo que no. Creo que no significa nada. Creo que él pensaba darnos comida de todos modos. El que la comida haya bajado esta mañana, la mañana después de que me disculpara, ha sido pura coincidencia. Simplemente juega con nosotros. Nos da y nos quita. Cosas buenas y cosas malas. Frío y calor. Esa comida no ha sido un regalo, ni una recompensa, ni nada...

O tal vez sí.

Tal vez sea eso lo que a él le interesa, el castigo y la recompensa. ¿Sabes?, como si fuéramos ratas en una jaula y tuviéramos que aprendernos los botones que hay que pulsar. Si pulsamos el correcto, nos manda comida, y si es el incorrecto, nos pega en los nudillos.

Quizá sea eso.

No lo sé.

A decir verdad, estoy harto de pensar en ello.

Estoy harto de pensar en general.

Y también estoy harto de hablar contigo. Es como hablar con una pared de ladrillo. Porque, ¿qué es lo que haces tú? Nada. Estás ahí y no me dices nada, ni haces nada. Me pones enfermo.

Dios mío, quiero hacer algo. Lo que sea. Cavar un agujero, echar abajo la pared, hacer explotar algo, pegar a alguien, lo que sea...

¡Yo solo quiero HACER ALGO!

23.30

Disculpa.

Sábado, 25 de febrero

Dos días con comida, dos días de paz y tranquilidad. Por lo general, la paz y la tranquilidad me gustan, pero esto se sale de lo normal. Aquí ya no hay nada normal. Esto no es una calma de esas que relajan, sino aburrimiento y muerte, como si todo el mundo hubiera perdido la esperanza.

Ahora todos nosotros pasamos mucho tiempo solos en la habitación. Yo incluido. No es sano, ya lo sé, pero es difícil encontrar energías para hacer otra cosa. Hago lo que puedo. Me obligo a mí mismo a levantarme y a salir a caminar cada dos horas, más o menos. Así me mantengo cuerdo e impido que mi mente se venga abajo. Además, todavía busco una manera de escapar. Mi cerebro me dice una y otra vez que estoy perdiendo el tiempo, pero mi corazón aún no se ha rendido.

A menudo, Jenny sale a caminar conmigo, y a veces Fred se apunta también durante un rato, pero los demás apenas si se levantan de la cama. Solo se dejan ver a la hora en la que baja el ascensor o cuando tienen que ir al baño.

No sé lo que harán en sus habitaciones.

Anja llora a menudo.

Ayer fui a verla. No sé por qué me molesté. Sabía muy bien que no iba a servir para nada.

Toc, toc.

—¿Qué pasa?

—Soy yo... Linus.

—¿Qué quieres?

—En realidad, nada. Solo que quería saber cómo estás.

—Vete.

Russell se pasa casi todo el día dormido.

No sé lo que hace Bird. Nunca oigo ningún sonido en su habitación y lo veo muy raramente. Y aunque lo vea, no me habla. Todavía no me ha perdonado el puñetazo que le di. Supongo que tiene sus motivos. Me imagino que debe de planear una venganza humillante. Le deseo suerte. No es nada fácil humillarme.

Jenny canta cuando está sola. A veces la oigo. Canta en voz baja para sí misma. Canciones de niños, canciones que ella misma se inventa, canciones absurdas. Oírla cantar es bonito, pero también muy triste.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué es lo que hago en mi habitación?

Pienso.

Escribo.

No leo la Biblia.

Río.

Me estremezco.

Pero la mayor parte del tiempo no hago más que pensar.

Mucho de lo que pienso es mera evasión, y no te puedo explicar en qué consiste. Al menos por ahora. Espero no tener que explicártelo nunca. Y en cuanto a lo demás... no sé. En general pienso en asuntos demasiado aburridos como para contártelos. Papá, mamá, recuerdos, sentimientos...

¿A quién va a interesarle toda esa mierda?

Pero te voy a decir algo.

Cuando salga de aquí, lo primero que haré será buscarme una habitación bonita y tranquila, con un sofá bonito y confortable, y un televisor bonito y grande, y me voy a echar y voy a ver los programas más aburridos que pueda encontrar hasta que el más insignificante de mis pensamientos haya desaparecido de mi cabeza. Luego me voy a pasar más tiempo echado, hasta que se me agoten las emociones, y después me voy a comer una hamburguesa GRANDE, de cien gramos con queso, acompañada con patatas fritas GRANDES, y la haré bajar con una Coca-Cola GRANDE, con toneladas de hielo, y luego me voy a meter en un *jacuzzi* con el agua bien caliente y no voy a salir hasta que el agua esté fría y los dedos se me hayan llenado de arrugas.

Y entonces me voy a comer otra hamburguesa GRANDE, de cien gramos con queso.

Y luego...

Bueno, ya lo pensaré cuando llegue el momento.

Por ahora, me voy a dormir.

Martes, 28 de febrero

Ahora sí que la he liado. Una vez más, he tratado de escapar. Esta vez no le he dicho a nadie lo que pensaba hacer.

Esta vez...

Mierda.

Esta vez creo que he cometido un grave error.

Pensaba que lo tenía todo bien estudiado. Había empleado el cerebro. Había empleado la lógica. Había empleado las experiencias pasadas. ¿Cuál es el problema?, me preguntaba a mí mismo. Retrocede hasta el comienzo y cíñete a lo más básico, Linus. ¿Cuál-es-el-problema? Bueno, el problema es que... él está ahí arriba y nosotros aquí abajo. Y mientras él esté ahí arriba, nosotros seguiremos aquí abajo.

¿Correcto?

Correcto.

Entonces, ¿por qué no tratamos de obligarlo a bajar?

En otra ocasión bajó, ¿verdad? Le gusta castigarnos. Si hacemos algo mal, él nos castiga. La última vez que trataste de escapar, él nos gaseó a todos, luego bajó aquí y se llevó toda la comida. Piénsalo bien. Bajó con el ascensor. Así que debe de disponer de un sistema de control remoto, porque, si no, no habría podido subir de nuevo, ¿verdad que no?

Así que lo único que tienes que conseguir es que él baje hasta aquí, y luego harás lo que sea necesario.

Pero hazlo.

Así que pasé el sábado y el domingo concentrado en pensar y planear, y al llegar el lunes ya estaba preparado. Tenía un plan. Reconozco que el plan estaba lleno de cabos sueltos, pero tal como lo veía entonces, un plan con cabos sueltos era mejor que estar sin un plan.

Paso 1: Me llevé varias bolsas de basura de la cocina, llené una sartén con agua y fingí que limpiaba la habitación. Humedecí un trapo y froté las superficies, con cuidado de que el trapo no estuviera demasiado húmedo.

Paso 2: Saqué la sábana de la cama y la llevé al baño. Llené la bañera, puse la sábana dentro y la lavé. Luego volví a llevarme la sábana a la habitación y la colgué de la puerta para que se secase.

Paso 3: Me vinieron los nervios. Me di cuenta por segunda vez de que el plan estaba lleno de cabos sueltos y me asaltó la certeza de que no iba a funcionar. Me dije que la seguridad al 100 % no existe. Que no hiciera caso.

Paso 4: Salí de la habitación, fui a la mesa del comedor y agarré una silla. Luego

me volví hacia el reloj de la pared y lo destrocé con la silla. Volví a dejar la silla en el suelo y regresé a la habitación.

Paso 5: Esperé. Me quedé sentado en la cama y observé la rejilla del techo. «Léeme los pensamientos, tío —pensé—. Te he roto el reloj. Castígame. Te he roto el reloj. Si quieres volver a confundirnos con el tiempo, tendrás que bajar y arreglarlo. ¿Has oído lo que te he dicho? Te he roto el reloj. Ven, castígame. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? Venga...».

Clic.

Las luces se apagan.

Oigo voces fuera.

—¿Qué sucede?

—Mierda, ¿qué pasa ahora?

—¡Eh!

Entonces,

Toc toc.

—¿Linus?

Es Jenny.

—¡Regresa a tu habitación, Jen! —le grito—. No te asustes. No va a pasar nada.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Regresa a tu habitación, métete en la cama y quédate quieta.

Entonces oigo el siseo. Levanto los ojos en dirección a la rejilla. Lo huelo, el olor de los productos químicos, cada vez más fuerte.

Paso 6: Agarro una bolsa de basura que tenía debajo de la cama y le hago un desgarrón por donde pueda pasar la cabeza. Me pongo el plástico negro como un poncho y me lo enrolló con fuerza en torno al cuello. Agarro la sábana húmeda de la puerta. Arranco una tira, la mojo en la sartén, que aún está llena de agua, y me enrolló la tira en torno a la boca y la nariz. Y ahora el olor a producto químico se vuelve más fuerte. La atmósfera tiene un olor acre, a gas, difícil de respirar. Los ojos me escuecen. Enrolló la sábana mojada en torno a mi cabeza, le doy una vuelta, y otra vuelta, y otra vuelta, en torno a la cabeza, los ojos, la boca, la nariz, y la meto por dentro del plástico negro. Respiro con calma. Me echo agua sobre la cabeza envuelta en tela. Me meto en la cama. Me cubro con la manta. Respiro con calma. Concéntrate... mantente despierto. Quédate quieto... quédate inerte... hazte el muerto.

El gas no deja de entrar.

Sisea en la penumbra.

¿Cuánto tiempo?

Uno, mil... dos, mil... tres, mil... cuatro, mil...

Cuenta.

Concéntrate.

Mantente despierto.

¿Cuánto tiempo?
Minutos.
Los ojos me pesan.
Cuenta.
Uno, mil...
Piensa.
Mantente despierto...
El siseo se detiene.
Las luces se encienden.
Todavía estoy vivo.
Estoy consciente.
Mareado, aturdido, drogado... pero consciente.
Ahora solo tengo que esperar.
Un minuto.
No hagas ruido.
Cinco minutos.
Quédate echado y sin moverte.
Diez minutos.
Escucha.
Tcc-cssss-mmm...
La puerta del ascensor se cierra.
Zuummmm....
Ahora sube.
Clunc, *ding*...
El ascensor se detiene.
Una pausa.
Un zumbido.
Clunc... clic... zuummm...
El ascensor vuelve a bajar.

Paso 7: Agarro la sartén, la vacío, salgo de la cama. Me echo a correr. Tengo las piernas como de gelatina, la cabeza me da vueltas. El aire es repulsivo, está impregnado de gas. Rápido, al ascensor, con la espalda contra la pared, agarra la sartén con la mano. Mantente despierto. Ahora baja... zuummm... ahora viene, ahora viene él... clunc, *ding*... prepárate... la puerta se abre... chssss...

Levanta la sartén, a punto para golpear.
A punto.
A punto...
No ocurre nada.
Espera.
Venga...
¿Dónde estás?

Nada.

¿Dónde estás?

Esperé durante largo rato. De espaldas a la pared, con la sartén en alto, el corazón latiéndome con fuerza, la mente confusa, la cabeza envuelta en plástico y en tela húmeda, los ojos llorosos... y al final me di cuenta de que él no estaba.

No estaba en el ascensor.

Había fracasado. Lo sabía.

Al final, tuve que enfrentarme a ello.

Me alejé un paso de la pared y miré dentro del ascensor.

Lo único que había en su interior, colocado cuidadosamente en el suelo, era un billete de diez libras mugriento, plegado en forma de mariposa. Era mi billete de diez libras. No sé cómo lo supe, pero lo supe. Era el billete de diez libras que llevaba en el bolsillo cuando él me capturó. El mismo que él me había quitado hace ya una vida entera.

Ahora estamos mal de verdad y yo tengo la culpa. Todos menos Jenny y Russell me estrangularían de buena gana por haberles hecho sufrir otra dosis de gas. Durante un rato, el propio Russell ha estado glacial.

—Tendrías que haberlo hablado conmigo —ha dicho.

—Me habrías contestado que no lo hiciera.

—Puede ser.

—Sí, eso es lo que me habrías contestado. Tú sabes que sí. Por eso no te lo dije.

—Bueno, sea como sea, ahora ya está hecho.

Ya está hecho, desde luego.

Una vez más, no nos llega comida. Nos hemos quedado sin calefacción. Ahora ya no tenemos ni reloj.

Y eso no es lo peor.

Ni siquiera se acerca a lo peor.

Esta mañana ha sucedido algo terrible de verdad. Ha elevado el castigo a otro nivel. En estos momentos aún me cuesta creerlo.

Estaba echado sobre la cama, tembloroso, y trataba de entender qué era lo que me hacía sentir peor. ¿El frío? ¿El hambre? ¿El vacío que tenía dentro de la cabeza? ¿El dolor en la vejiga? Apenas si podía hacer nada para solucionar los tres primeros problemas, así que me he decidido a aliviar el cuarto. Me he levantado de la cama,

me he echado la sábana sobre los hombros y he salido para ir al baño. Una vez fuera, he visto a Bird de pie junto al ascensor. Ha clavado los ojos en mí y luego ha apartado el rostro, para que se notara que no quería verme. He murmurado algo entre dientes y he perdido unos diez segundos en mirarlo a la espalda con mal humor. Entonces Fred ha pasado a grandes zancadas por el pasillo en dirección a la cocina y ha desviado mi atención. Desnudo de la cintura para arriba, pálido y fatigado. Me ha hecho un gesto con la cabeza, pero no me ha dicho nada. He esperado a que pasara, y ya estaba a punto de seguir adelante por el pasillo cuando he oído que bajaba el ascensor. Me he detenido. Sabía que estaría vacío, que no traería comida, pero de todos modos he querido esperar y ver.

El ascensor está en el centro de nuestras vidas.

Es el centro.

Es imposible resistirse. No podemos ignorarlo. Es como meterse las manos en los bolsillos en busca de dinero cuando sabemos que están vacíos. Ya lo has hecho un par de veces, ya sabes que están vacíos, pero tienes que volver a probar, por si acaso.

De todos modos, el ascensor ha bajado.

La puerta se ha abierto.

No estaba vacío.

Dentro había un perro.

A lo largo de mi vida he visto varios perros que daban miedo, pero ese... Dios mío... era algo especial. Un dobermann. Uno de esos grandes y feos. De color marrón oscuro, casi negro. Cabeza alargada, orejas pequeñas y puntiagudas, hombros potentes. Flaco, huesudo, medio muerto de hambre. Ojos inflamados, dientes desnudos, labios negros fruncidos.

Todos nosotros nos hemos quedado helados. Bird, Fred, yo y el perro. Durante medio segundo no ha ocurrido nada. El perro estaba ahí, de pie, y nos miraba fijamente, alto, rígido y silencioso, y nosotros tres también estábamos allí, clavados en el suelo, y le devolvíamos la mirada. Y entonces, de repente, sin hacer ningún sonido, el perro ha saltado fuera del ascensor y se ha arrojado sobre Bird. No ha gruñido, no ha ladrado, nada. Tan solo un rayo negro y el centelleo de unos dientes crueles. Nos ha dejado sin aliento. Bird ha tratado de volverse y de cubrirse la garganta con las manos, pero el perro se ha lanzado sobre él como un misil teledirigido. Ha saltado y le ha clavado los dientes en la garganta, justo encima del hombro, y Bird ha chillado y se ha desplomado en el suelo con el perro encima.

Yo no podía moverme. Estaba petrificado. Pero Fred ha actuado al instante. Yo aún no me había enterado de lo que sucedía y él estaba ya a medio pasillo, y al mismo tiempo que corría se ha sacado el cinturón y se ha lanzado sobre Bird y sobre el perro. Bird gimoteaba, un sonido horrible, que desgarraba las entrañas. He oído el chirrido de dientes sobre hueso. El perro lo mordía en el cuello. Había sangre por todas partes. Fred no ha vacilado ni un instante, se ha arrojado sobre Bird y sobre el perro y ha enrollado el cinturón en torno al cuello del dobermann. Ha apoyado la

rodilla sobre el lomo del animal y ha tirado del cinturón, lo ha retorcido con las manos y luego ha hecho fuerza, ha tirado hacia arriba y hacia atrás, y al mismo tiempo ha estrechado el lazo. El perro se ha despegado del suelo, se ha debatido como loco, y entonces Fred ha tirado en dirección contraria y lo ha estampado contra el suelo. Antes de que el perro tuviera la oportunidad de volver a levantarse, Fred se ha dejado caer sobre él y le ha agarrado el hocico con la mano, una mano grande, y ha impedido que abriera la boca. Ha pasado el otro brazo bajo el cuello del perro y entonces le ha soltado el hocico, ha entrelazado los dos brazos, ha apretado los dientes y ha estrujado. Más y más fuerte, cada vez más presión sobre la cabeza del perro, aplastándole la garganta... estrangulando, apretando, asfixiando. El perro forcejeaba de una manera horrible, sacudía las patas y doblaba el cuerpo, pero Fred le había puesto encima todo su peso. El animal no podía moverse. No podía morder. No podía respirar. Fred lo ha estrujado con fuerza aún mayor, entre gemidos y jadeos, y con todas sus fuerzas ha obligado a la cabeza del perro a descender, hasta que por fin he oído un sordo clac y la bestia ha quedado inerte.

Fred no lo ha soltado. Se ha quedado allí durante un minuto, más o menos, empapado en sudor, agarrando la cabeza del perro, hasta estar absolutamente seguro de que había muerto. Luego, con un último suspiro, la ha dejado caer. El dobermann sin vida se ha desplomado en el suelo, la cabeza colgando del cuello roto. Fred lo ha observado un instante, sin expresión alguna en los ojos. Luego se ha puesto en pie, ha arrastrado el perro muerto hasta el ascensor y lo ha arrojado con desprecio a un rincón.

Los demás han acabado por salir. Jenny, Anja, Russell. Se habían quedado acurrucados en el otro extremo del pasillo, con el miedo y la incredulidad pintados en los ojos. Jenny lloraba y Anja contemplaba a Bird boquiabierto. Bird no se movía. Estaba echado en el suelo con las rodillas recogidas contra el pecho y los brazos sobre la cabeza.

Russell se le ha acercado arrastrando los pies.

Yo he ido con Fred.

—¿Estás bien? —he preguntado.

—Sí —ha respondido entre jadeos. Se ha secado el sudor de la cara y ha mirado dentro del ascensor. El dobermann muerto estaba caído sobre un costado. Tenía las orejas echadas hacia atrás y la boca abierta. Quedaban a la vista dos hileras de dientes amarillentos salpicados de sangre.

—Mierda —he dicho.

Fred me ha puesto la mano sobre el hombro.

—No tenemos ni un instante de aburrimiento, ¿eh?

Bird no ha muerto. Ha quedado maltrecho, pero no ha muerto. Tiene una herida abierta y fea en el cuello, y ha perdido un montón de sangre. Russell ha limpiado la

herida con agua y ha dejado que sangrara. Anja era partidaria de ponerle vendas, pero Russell ha dicho que era preferible dejarlo sangrar. Parece que así la herida queda más limpia.

—¿Se va a curar? —le he preguntado.

Russell se ha encogido de hombros.

—Es un mordisco de los malos y está cerca de la cabeza. Pero si no se le infecta no tendría que pasarle nada.

—¿Y qué pasará si se le infecta?

—Mejor no preguntes.

—¿No podemos hacer nada?

—Necesita antibióticos.

—Imposible. ¿No podemos hacer nada más?

Russell se ha reído sin alegría.

—Siempre podemos tratar de rezar.

Eso ha ocurrido el lunes. O el martes, o el miércoles...

Ha ocurrido hoy.

Ahora ya falta poco para la medianoche y todo está en silencio. Tengo hambre. Tengo frío. Estoy hecho un lío. ¿Ha sido culpa mía que él haya enviado el perro? ¿Tengo yo la culpa de que Bird esté herido? ¿O nos lo habría mandado igualmente? No lo sé. La verdad es que no lo sé. Pero, sea cual sea la respuesta, no pienso sentirme mal conmigo mismo. No puedo permitírmelo. No puedo echarme las culpas. Lo que quiero decir es que cada uno hace lo que hace, ¿verdad? Lo hace y ya está. ¿Qué otra cosa podría hacer?

¿Qué habrías hecho tú?

Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?, ¿rendirte? ¿Te rendirías? ¿Te echarías al suelo y te pondrías a llorar? ¿Te echarías al suelo y te conformarías con lo que te llegara? ¿Aceptarías lo que te hicieran? Aceptar...

¿Quizá es eso lo que debería hacer?

Quizá debería rendirme. Entregarme. Toma, aquí tienes mi vida. Venga, tómala. Haz con ella lo que quieras. A mí ya me da igual.

No lo sé.

Quizá tendría que disculparme de nuevo, solo que esta vez debería humillarme más. Podría caer de rodillas, cerrar los ojos, decirle a él lo maravilloso que es...

Pensándolo bien, creo que preferiría rendirme sin más.

Miércoles, 29 (?) de febrero

Mediodía.

Sin comida.

Todavía dejamos una lista de la compra todas las noches en el ascensor, pero cuando vuelve a bajar por la mañana la lista ha desaparecido y no nos trae comida, ni nada. Tan solo el ascensor vacío. Nos quedan unos pocos restos de comida en la nevera y por eso la situación aún no es grave. Tan solo pasamos hambre y frío. La calefacción sigue apagada y nos helamos aquí abajo. Las paredes han quedado cubiertas de escarcha.

Bird no tiene buena pinta. El cuello se le ha puesto rojo y le ha subido la fiebre. Se ha pasado los últimos dos días en la cama y no para de gemir y sollozar. Como eso ya es lo que suele hacer de todos modos, no me preocupa mucho.

Un momento turbador. Esta mañana me he cruzado con Russell en el pasillo. Estaba parado y miraba hacia la pared.

—¿Señor Lansing? —lo he llamado—. ¿Russell?

Se ha vuelto y me ha mirado.

—Ah, hola.

—¿Qué hacías?

Ha sonreído.

—Una entrevista.

—¿Qué?

—Quieren verme por no sé qué motivo. —Me ha guiñado un ojo—. Por un expediente disciplinario.

No he sabido qué decirle.

Lo he dejado allí, mirando a la pared.

Jenny pasa por un resfriado difícil. Espero que solo sea un resfriado. Tiene los ojos lagrimosos y no para de toser.

Pero, aparte de todo eso, la vida va bien.

La noche pasada.

Silenciosa. Blanca. Fría. Muerta.

Anoche dejé una nota en el ascensor en la que pedía antibióticos y algo para el resfriado de Jenny. Sé que es una pérdida de tiempo, pero puedo permitírmela. Tengo todo el tiempo del mundo. Porque, aunque no tengamos comida ni calefacción, lo único que él no nos puede quitar es el tiempo. Puede jugar con nuestra percepción de las horas —o al menos podía hasta que destrocé el reloj—, pero no puede negarnos el tiempo. Tenemos muchísimo.

Muchísimo tiempo.

He estado pensando en ello.

Tiempo...

Tictac.

Lo primero. Me he dado cuenta del día que es: el 29 de febrero. Por lo menos me parece que es el 29. Creo que este año era bisiesto. No recuerdo nunca cómo se calcula.

Tampoco es que me importe.

Pero si estoy en lo cierto, ya llevo un mes aquí dentro. En realidad han sido 32 días. Acabo de calcularlo. 32 días. 768 horas. 46.080 minutos. 2.764.800 segundos. Podemos añadir o quitar un día o dos. O tres.

Todo es relativo, por supuesto.

Digamos que hace un mes que estoy aquí. Tengo dieciséis años y cuatro meses (unos días más o menos), lo que significa un total de 196 meses. Como consecuencia, un mes, para mí, es un $1/196$ de mi vida. Pero Russell... bueno, digamos que tiene setenta años. Setenta años son 840 meses. Entonces ha pasado aquí $1/840$ de su vida. Y Jenny, desde su punto de vista, ha pasado más tiempo aquí que cualquiera de nosotros. No sé cuántos años tendrá exactamente (tenía nueve, pero no sé cuándo cumple los diez), pero diremos, para simplificar, que tiene diez, y por lo tanto ha pasado aquí $1/120$ de su vida.

¿Ves? Un mes tiene significados distintos para personas distintas. Por eso he dicho que el tiempo es relativo.

El tiempo...

Sí, he estado pensando en ello. He pensado tanto en ello que creía haber llegado a un callejón sin salida.

Y otra cosa...

Es difícil.

Aguanta.

Voy a decirlo bien claro.

A ver, se trata de esto. Tenemos el pasado, el presente y el futuro, ¿de acuerdo? En términos de tiempo, es lo único que tenemos. Entonces, ahora y cuando. El pasado se ha ido. No podemos existir en el pasado, ¿verdad que no? Ya no existe. Podemos recordarlo, pero no existir en él. Y tampoco podemos existir en el futuro, ¿verdad? Todavía no ha ocurrido. Así que tan solo nos queda el presente. El ahora. Pero si pensamos en ello, si nos preguntamos a nosotros mismos lo que es en realidad el

presente, cuándo es... a ver, ¿qué duración tiene el presente? ¿Cuánto dura el ahora? Este momento, ahora mismo, el momento en el que existes. ¿Cuánto dura? ¿Un segundo? ¿Medio segundo? ¿Un cuarto de segundo? ¿Un octavo de segundo? Podrías seguir dividiendo eternamente por la mitad, una vez y otra y otra. Podrías reducirlo a un período de tiempo infinitesimal, un tropecentésimo de nanosegundo, y aún podrías volver a dividirlo por la mitad. ¿Cómo puedes existir en ese período de tiempo inconmensurablemente breve? No puedes, ¿verdad que no? Es demasiado breve como para experimentarlo. Se acaba antes de que te enteres.

Pero si no podemos existir en el ahora, y tampoco en el futuro, ni en el pasado... ¿cuándo diablos existimos?

El tiempo...

He ido a ver a Russell para comentárselo. Russell domina cuestiones como el tiempo y otras similares. Pero volvía a estar aturdido. Me ha tomado por alguien llamado Fabian.

Supongo que no importa.

Jueves, 1 de marzo

Ahora ya no nos queda nada para comer. Esta mañana hemos compartido las últimas galletas. Dos para cada uno. Ñam ñam. No hay nada tan eficaz como una galleta rancia para levantar el ánimo.

Bird se ha recuperado. El cuello y media cara le han quedado de una extraña tonalidad azul, y tiene unas horribles manchas purpúreas por toda la piel. Pero de todos modos camina, así que no debe de estar muy mal. Le he preguntado cómo se encontraba, pero no quiere ni mirarme.

Ha tratado de quedarse con una galleta de más. Ha dicho que se encontraba mal y que necesitaba energía extra. Quería una de las mías. Ha dicho que si está enfermo es por mi culpa, y que por eso tenía que darle una de mis galletas.

Fred le ha dicho que se callara.

Es curioso. Bird odia a Fred. No creo que lo odie tanto como a mí, pero casi. Considera que Fred es idiota. Basto. Brutal. Canalla. Lo considera la escoria de la sociedad. Pero ahora le debe la vida y no tiene claro qué tiene que hacer. No sabe demostrar gratitud. Yo, en su lugar, simplemente diría gracias, gracias por salvarme la vida, y lo dejaría ahí. Pero Bird parece creer que le debe a Fred algo más, como si estuviera obligado con él, o algo por el estilo. Así que ahora se muestra sumiso, servil, pero al mismo tiempo no puede disimular su desprecio. El desprecio se le pega a la sonrisa como un olor muy desagradable.

Es patético de verdad.

Esta noche he tenido una charla muy larga con Russell. No le he hablado de esa vez que estaba raro, pero creo que él ya lo sabe. Se lo veía algo avergonzado, como el borracho que sabe que se ha puesto en ridículo pero no recuerda cómo. De todos modos, Russell me ha contado un montón de historias de cuando era crío, sobre sus padres, y la escuela, y lo que era crecer siendo negro y gay. Ha logrado que sonara divertido, pero creo que pasó épocas muy difíciles. Sufrió muchas palizas.

Cuando los niños del internado empezaron a meterse conmigo, pensé que se debía a que papá era rico, y que los otros niños estaban celosos, pero no tardé en descubrir que no tenían por qué. Sus padres también tenían mucho dinero, enormes cantidades de dinero, y al menos la mitad de ellos eran hijos de celebridades de verdad. Celebridades de categoría A. Lores y ladies, ramas menores de la familia real, miembros del Parlamento, estrellas de *rock*, estrellas de cine y similares. Al lado de sus padres, papá no era nada. Y entonces empecé a pensar que tal vez era por eso por lo que se metían conmigo. Porque era plebeyo, de clase obrera. No tenía sangre azul. ¿O quizá no les gustaba mi cabello largo? ¿Mi forma de hablar?

¿O simplemente no les caía bien?

Eso es posible, ¿no? Quizá no soy simpático. Porque uno mismo nunca lo sabe, ¿verdad? Uno mismo no sabe si es simpático o no. Uno mismo cree serlo, pero es que todos los demás también lo creen. Todo el mundo tiene buen concepto de sí mismo.

De todas maneras, ahora ya no importa. Se metían conmigo, no importa por qué. Era así.

Russell me ha preguntado qué pensaba hacer cuando saliera de aquí, y si quiero volver a casa con papá.

—No lo sé —he respondido—. Probablemente sí. La calle está bien durante un tiempo, pero al final no es mejor que otros lugares. La misma porquería de gente, la misma porquería de vida. La misma mierda de siempre. Mi padre por lo menos no me roba.

—¿Lo echas de menos? —ha preguntado Russell.

—No lo conozco lo suficiente como para echarlo de menos.

Russell me ha mirado.

He suspirado.

—Sí, lo echo de menos.

Cuando me fugué, papá trató de encontrarme. Hizo imprimir un montón de pósters, ya sabes, esos típicos de PERSONA DESAPARECIDA, con mi nombre y mi fotografía y todo lo demás. Los hizo colgar por todas partes. Vi un buen número de ellos en Londres, sobre todo en las estaciones de tren y de metro, pero papá no sabía dónde estaba, e hizo que colgaran los pósters por todo el país. Lo supe por esa chica que venía de Northampton. Sophie. La conocí un día mientras mataba el tiempo a la puerta del McDonald's de Liverpool Street. Vestía una falda raída, mallas negras y unas Monkey Boots de color rojo brillante. Tenía su encanto. En cualquier caso, nos pusimos a hablar y me dijo que me reconocía de los pósters que había visto en Northampton.

Entonces me corté el cabello y me lo teñí de rubio.

Papá también contrató a un detective privado. Un cerdito trajeado. Se puso a husmear, hizo preguntas, enseñó mi fotografía a varias personas, pero no duró mucho. Bob *el Mono* lo siguió y le dio una paliza. No creo que lo hiciera por mí, simplemente es que le gusta dar palizas.

¿Lo ves?

La misma porquería de gente...

Ya no puedo más con esto.

Domingo, 4 de marzo

Hace días que no logro escribir. No se me ocurre nada que pueda contar. Tengo hambre, hace frío, estoy aburrido, asustado, harto.

Siempre lo mismo.

Dios mío, qué harto estoy.

Llega un momento en el que no puedes hacer nada. Ya no puedes pensar. No recuerdas nada. Ni siquiera te enfadas. Te echas en la cama y te pasas el día mirando al vacío. Entonces las luces se apagan y miras a la oscuridad.

Las luces se encienden.

El ascensor baja vacío.

Pasa el día.

El ascensor sube vacío.

Las luces se apagan.

No quiero dejar de pensar, pero cuanto más me concentro más confuso se me vuelve todo. ¿Qué es lo que hago? Pensar. ¿Pensar? ¿Qué es eso? ¿Pensar? ¿Cómo funciona eso?

Pienso en ello y la cabeza me empieza a dar vueltas.

Me encuentro peor.

Me imagino a mí mismo como si no fuera nada más que dieciséis años de hueso, piel, músculo, cerebro, sangre, carne y gelatina. Me imagino símbolos dentro de mi cabeza. Aparatos eléctricos. Circuitos. Tubos. Modelos espaciales en las que el tiempo se ha parado. Cositas pequeñas. Trocitos de material. Cuerdas cortas y dentadas. Carbono. Componentes.

Material.

Pienso en ello.

Pienso en lo que podría hacer ese material.

Puede moverse. Puede caminar. Puede respirar. Crece. Puede ver. Puede oír, sentir, oler, saborear. Puede amar y odiar. Puede querer. Tiene necesidades. Puede temer. Puede hablar. Puede reír. Puede dormir. Puede jugar. Puede hacerse preguntas. Puede contar mentiras. Puede recordar. Puede vivir con dudas e incertidumbres. Puede cantar la la la. Puede bailar. Puede soñar. Sangra. Tose. Parpadea. Siente escalofríos y suda. Puede vivir sin amor.

Es complicado.

Puede:

Analizar.

Coordinar.

Destruir.

Soñar.

Secretar.
Controlar.
Generar.
Degenerar.
Sintetizar.
Emocionarse.
Regular.
Calcular.
Imaginar.
Puede correr.
Jugar.
Saltar.
Juzgar.
Puede cazar una pelota al vuelo.
Y bailar.
Y luchar.
Y llorar.
Puede saber por la noche que llegará la mañana.
Puede escupir.
Reconocer.
Ir en bicicleta.
Puede matar.
Silbar.
Preguntar.
Y olvidar.
Puede abrigar esperanzas.
Y herir.
Puede llegar a saber que no puede saber nada.
Y puede cerrarme los ojos, y me los va a cerrar.

Martes, 6 de marzo

Ahora me siento mejor. Aún no tenemos comida y pasamos mucho frío, pero parece que haya sacado energía de algún lado y he logrado sacudirme lo peor de mi tristeza.

Ya no me siento tan desesperado.

No estoy seguro de lo que me ocurrió durante los últimos días. Creo que perdí contacto conmigo mismo. Durante un tiempo me hundí en un agujero.

Los agujeros son engañosos. No sabes si estás dentro de uno hasta que ya has salido.

Esta mañana he matado y me he comido un par de cucarachas. De las grandes. Estaban en la cocina, detrás del fogón eléctrico quemado. Yo hurgaba por ahí; había ido a echar una ojeada. Nunca se sabe lo que se puede encontrar detrás de un fogón eléctrico, ¿verdad? Las cucarachas estaban en la pared. Las he agarrado enseguida, las he aplastado, he metido la pulpa dentro de una taza, las he mezclado con un poquito de aceite y me las he tragado.

El sabor era asqueroso.

Más tarde, a las 23.57, para ser más precisos.

Tenemos un reloj nuevo.

Hace unas pocas horas ha vuelto a entrar el gas que nos deja inconscientes. Yo estaba en mi habitación, sentado sobre la cama, y trataba de deshacerme los nudos del cabello. He oído el siseo, he mirado hacia arriba y he olido los productos químicos. Me he puesto en pie y he tratado de enrollarme una sábana en torno a la cabeza, pero ha sido demasiado tarde. Los ojos me han empezado a llorar, el gas se me ha metido en los pulmones y ahí se ha acabado la cosa.

Al despertar, he salido y he ido a ver a los demás. Todos estaban en pie y habían salido, menos Bird, que estaba echado en su cama y boqueaba como un pez fuera del agua. Hacía tiempo que no lo veía y no era consciente de lo mal que estaba. Se ve horrible. Tiene la piel pálida y cubierta de franjas rojizas, la cabeza hinchada, el cuello rígido como un tablón y los ojos saltones, como los de un loco. Ha sido impactante. No he podido con ello.

He salido de la habitación y he ido con los demás.

Hemos mirado por todas partes para ver si él había bajado y había hecho algo mientras estábamos inconscientes, pero lo único que hemos encontrado ha sido el reloj. Un reloj nuevo.

Exactamente igual que el antiguo.

Por un instante he sentido la irresistible tentación de destrozarlo.

Pero solo ha sido un instante.

Nos hemos quedado un rato en el mismo lugar y hemos tratado de decir algo, pero a nadie se le ocurría nada. ¿Un reloj nuevo? Pues qué bien. Los relojes no son comestibles, ¿verdad que no? Al cabo de un rato, el silencio ha sido excesivo y todo el mundo ha empezado a regresar a su habitación.

He seguido a Russell y le he dado alcance en la puerta de la suya.

—¿Podría hablar un momento contigo? —le he preguntado.

Me ha mirado con ojos distantes.

—Sobre Bird —he dicho.

—¿Quién?

—Bird. Pienso que está enfermo de verdad.

Russell ha asentido, sin más.

—¿Lo has visto durante estos últimos días? —le he preguntado.

—¿A quién?

—A Bird.

Russell ha parpadeado.

—Lo siento, estoy muy cansado. ¿No podríamos dejarlo para otro momento?

—Pero es que creo que...

—Tú no puedes hacer nada. Va a morir. Todos nosotros vamos a morir. Mejor que te hagas a la idea.

Entonces se ha vuelto y me ha cerrado la puerta en las narices.

Faltan cinco minutos para que apague las luces. Me pregunto si van a ser cinco minutos largos o cinco minutos cortos. Me pregunto cómo lo hará para ajustar el tiempo. ¿Lo hace él mismo manualmente? ¿Lo tendrá automatizado? ¿Programado en un ordenador? ¿Quizá ha conectado el reloj a alguna especie de mecanismo de reajuste temporal, a algo que se bajó de Internet o compró en una de esas tiendas de aparatos que hay en Tottenham Court Road?

Y también me pregunto otra cosa.

Me pregunto si él leyó mi libreta cuando bajó aquí.

¿La has leído?

Eh, tío, ¿leíste esto cuando bajaste aquí? ¿Echaste una ojeada a mis pensamientos más íntimos? ¿Lo hiciste? No, no creo que lo hicieras. De hecho, sé que no lo hiciste. Verás, soy muy astuto. Si hubieras movido la libreta lo notaría. Me daría cuenta, incluso, si solo la hubieras tocado. ¿Quieres saber cómo? Bueno, pues no te lo voy a decir.

Mira, no me haría falta ser tan astuto para saber si has estado aquí. Me habría dado cuenta de todos modos. Si hubieras tocado esta libreta, lo habría olido a un

kilómetro de distancia. Las páginas apestarían a mierda.

Jueves, 8 de marzo

Unas palabras a propósito de Jenny.

Pasamos mucho tiempo juntos. Incluso en las épocas malas —cuando estoy deprimido, o ella se siente enferma, o viceversa—, pasamos varias horas juntos todos los días. A veces hablamos, a veces no. No importa. Tenemos bastante con estar juntos. Le cuento historias, me invento chistes. Jugamos a juegos de palabras. Russell se apunta a veces, cuando no está demasiado cansado. Ocasionalmente también Fred. Pero lo más normal es que seamos tan solo Jenny y yo. Si no estoy de humor para historias y chistes, es ella la que me habla de sus amigos, o de su familia, o de sus opiniones sobre asuntos varios: grupos de pop, televisión, perros, ropa... No tengo que hacer nada. Simplemente escucho. Voy asintiendo con la cabeza. De vez en cuando digo «Ah ya». O no. Da lo mismo.

Todo esto es bueno.

Nos ayuda a los dos a aguantar.

Probablemente a mí más que a ella.

Lo lleva bastante bien. Su aspecto es desastroso —flaca, sucia, fatigada—, pero es que todos nosotros tenemos un aspecto desastroso. Lo que distingue a Jenny de los demás son sus ojos. Aunque le salgan las lágrimas, siempre están claros. Vivos. Tan brillantes como el día en que llegó. Los demás tenemos ojos de muerto.

Esta misma noche me ha explicado que Anja tiene comida.

—¿Qué? —he exclamado.

—Copos de avena. Los he visto en su habitación.

—¿Y tú qué hacías en su habitación?

Me ha parecido que se avergonzaba.

—Quería preguntarle una cosa.

—¿Cuál?

Se ha ruborizado.

—Nada... una cosa de chicas.

—Ah, vale.

Ha sonreído torpemente.

—He llamado a la puerta y he entrado. Yo no quería ser maleducada. Me ha parecido haberla oído decir: «Entra». Pero no creo que lo haya dicho, porque en el momento en el que he entrado estaba escondiendo un paquete de copos de avena debajo de la cama. Lo he visto, Linus. Me ha gritado. Me ha dicho que saliera.

—¿Copos de avena?

Jenny ha asentido.

—Los he visto.

—¿Estás segura?

—Los he visto.

Me imagino que debió de esconderlos antes de que la comida dejara de llegarnos. Así, mientras los demás nos morimos de hambre, ella se dedica a masticar copos de avena.

—Quédate aquí —le he dicho a Jenny.

He salido al pasillo, me he dirigido a la habitación de Anja y he irrumpido sin llamar. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, vestida tan solo con su ropa interior. Lencería blanca, toda mugrienta y manchada.

—¡Eh! —ha protestado—, ¿qué coño...?

—Cállate.

He ido hasta su cama y he mirado debajo. No había nada. He ido hasta el pequeño armario y lo he abierto. Entretanto, Anja se ha puesto en pie y me ha gritado:

—Pero ¡¿qué diablos te crees que estás haciendo?! No toques eso. ¿Cómo te atreves a entrar aquí sin...? ¡Eh!

Dentro del armario, aparte de los copos de avena, había una hogaza de pan enmohecida, media barra de chocolate y una tajada de queso seco.

—Eh, espera un momento —ha farfullado Anja—. Escucha, puedo explicar...

He agarrado toda la comida, he cerrado el armario de una patada y he salido.

Anja aún seguía gritándome.

—Espero que lo vomites todo, cabrón hipócrita.

Le he dado casi toda la comida a Jenny. He dividido el resto y lo he repartido entre nosotros cuatro. Russell estaba dormido y le he dejado su parte dentro del pequeño armario. Bird no quería la suya, pero se la he dejado de todos modos. Fred se ha limitado a mirar el puñado de comida en mal estado y me ha preguntado cómo la había conseguido. Le he dicho que la he encontrado detrás del fogón. No me ha creído, pero tenía demasiada hambre como para preocuparse por la verdad. Ha agarrado la comida y se lo ha tragado todo de golpe.

Viernes, 9 de marzo

Primero las buenas noticias.

Esta mañana, un espléndido cuarto de carne asada ha bajado en el ascensor. Un plato de rosbif en bandeja de plata. Se veía hermoso. Grueso, sólido, jugoso, succulento...

El olor era embriagador.

¿Y las malas noticias?

Que había dos hojas de papel sujetas a la carne con brochetas.

Una de ellas era una nota pequeña y sucia que escribimos hace un mes. ¿Te acuerdas de la reunión secreta de la que te hablé? ¿De la que tuvimos con Russell y Fred? ¿La que no quería contarte? Bueno, pues el motivo por el que no quería contártela era que tenía miedo de que el Hombre del Piso de Arriba descubriera lo que habíamos tratado. Pero ahora ya no importa. Porque está claro que lo descubrió.

Escribimos la nota después de que Russell nos contara a todos lo que sabía sobre el búnker. Cuando Fred nos propuso mandar un mensaje por la taza del váter, Jenny nos dijo con toda la razón del mundo que era absurdo enviar un mensaje si no teníamos ni idea de dónde estábamos. Pero algo más tarde le conté la idea a Russell y él me respondió que, aunque no supiéramos exactamente dónde estábamos, sí disponíamos de alguna información que valía la pena transmitir.

Sabíamos que era probable que estuviéramos en algún lugar de Essex.

Sabíamos que aún estábamos vivos, y que si la policía sabía que estábamos vivos no dejaría de buscarnos.

Y sabíamos que nos hallábamos en un antiguo búnker nuclear.

—No hay muchos —decía Russell—. Y conozco a un hombre en Cambridge, un físico llamado doctor Lausche, que investigó las instalaciones nucleares inglesas de posguerra hará unos pocos años. Si escribo todo lo que sé sobre este lugar, e indicamos en el mensaje que tienen que transmitirle la información al doctor Lausche, quizá él averigüe dónde estamos.

Así pues, escribimos una nota. Nombres, descripciones, suposiciones... toda la información que se nos ocurrió. Y envolvimos cuidadosamente la nota en varias capas de polietileno negro que habíamos cortado de una bolsa de basura, y atamos el paquetito con varias tiras de plástico de colores brillantes que arrancamos de los envases de comida. Y luego lo echamos a la taza del váter y tiramos de la cadena.

Hace casi cuatro semanas.

Y ahora lo tenemos aquí. Devuelto al remitente. Ensartado en una pieza de carne.

Creo que todos nosotros sabíamos desde un principio que las posibilidades de que la nota llegara a manos de alguien eran prácticamente nulas, y desde que la mandamos por el váter me había esforzado por no pensar en ella, pero me imagino

que, en el fondo, me agarraba a la esperanza de que alguien la encontrara. Así, cuando he visto la nota esta mañana y he comprendido lo que significaba, he sentido como una bofetada fuerte y fría en el rostro.

Pero, aunque parezca mentira, la otra hoja de papel clavada en la carne era aún peor. Una nota impresa que simplemente decía:

eSCUCHAD mIS PALABRAS:
aQUEL QUE MATE A oTRO QUEDARÁ lIBRe

Todos nosotros la hemos contemplado durante largo rato. Diez palabras. Nueve ojos atónitos. (Bird se había quedado en su habitación).

—¿Y bien? —he dicho por fin.

—¿Y bien, qué? —ha respondido Fred.

—¿Qué significa esto?

—¿Qué más da? —Ha arrancado una de las brochetas, la ha clavado en el cuarto de rosbif y ha cogido un buen trozo de carne.

—Espera —he dicho—. Podría estar drogada...

—Me da igual. —Se ha metido la carne en la boca y se ha puesto a masticar—.

Meffor enfennado que hamffriento.

—¿Qué?

—Dice que mejor envenenado que hambriento —ha traducido Jenny.

Hemos mirado mientras comía. Mordía, masticaba, tragaba...

Hemos mirado la carne. Se nos hacía la boca agua... era gruesa, jugosa...

Hemos mirado la nota.

eSCUCHAD mIS PALABRAS:
aQUEL QUE MATE A oTRO QUEDARÁ lIBRe

Ha ganado la carne.

Nos hemos arrojado sobre ella como hienas, hemos arrancado trozos grandes e irregulares con las manos desnudas y hemos engullido hasta volvernos idiotas.

Después, cuando ya teníamos la barriga llena (y Russell y Jenny habían vomitado), hemos vuelto a examinar la nota.

eSCUCHAD mIS PALABRAS:
aQUEL QUE MATE A oTRO QUEDARÁ lIBRe

—Creo que pretende llegar a algún tipo de concierto —ha dicho Russell.

—¿Quiere tocar música? —ha preguntado Fred, al mismo tiempo que extraía con las uñas la carne que le había quedado entre los dientes.

—No —ha replicado Russell—. «Concierto» en el sentido de «acuerdo». Quiere llegar a un acuerdo. —Ha tosido débilmente—. Dice que si uno de nosotros mata a otro, dejará marchar al asesino. Lo dejará salir. Una vida a cambio de otra. Esa es su propuesta.

Durante un rato, nadie ha dicho nada. No sabíamos muy bien qué decir. Después de la otra nota, la comida y el extraño mensaje, estábamos todos muy confusos. He mirado a Russell. Sostenía la nota con la mano y la leía con gran atención. El papel le temblaba entre los dedos. Su rostro estaba hinchado y pálido. Se ha llevado la mano a la boca y ha vuelto a toser.

—Sí —ha repetido—. Un acuerdo. Creo que es eso.

—No lo comprendo —le he dicho.

—Pues es bien simple —ha explicado Russell—. Si matas a uno de nosotros, por ejemplo a mí, él te dejará marchar.

—Sí, eso ya lo había entendido. Pero no comprendo por qué.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué se molesta?

—¿Por qué se molesta en hacer qué?

—¿Por qué se molesta en decirnos eso?

—¿Y por qué no?

—Porque no tiene sentido. Es una idiotez. Y él no es idiota. No me cabe ninguna duda de que ha perdido la *gaveta*, pero no es idiota.

—La *chaveta* —ha dicho Russell.

—¿Qué?

El ojo le ha temblado.

—Lo que se pierde es la *chaveta*, no la *gaveta*.

—Sí, vale, como quieras. Pero no es idiota, ¿verdad?

—No.

—¿No se va a creer que ahora empezaremos a matarnos entre nosotros, verdad?

—¿No?

—No.

Russell se ha cruzado de brazos y encogido de hombros.

—Bueno, yo no creo que... yo no... —Su voz ha perdido fuerza y se ha puesto a parpadear—. No creo que... —Su rostro ha dejado de moverse y se ha quedado sentado con la mirada fija en el vacío. Al cabo de poco la cabeza ha empezado a descender y se le han cerrado los ojos.

—¿Russell? —lo he llamado—. ¿Russell...?

Me he inclinado hacia él y le he sacudido el brazo. Su cabeza ha quedado inerte y se ha puesto a respirar con sonidos ásperos. Se encontraba a muchos kilómetros de aquí. Como si hubiera muerto.

—¿Qué le pasa? —ha preguntado Fred.

—Nada —he respondido—. Está cansado, nada más. Se recuperará.

Fred se ha encogido de hombros. No parece que el mensaje le interesara en absoluto. Y tampoco el extraño comportamiento de Russell. Los asuntos de ese tipo nunca le interesan. Es como si prescindiera de todo lo que no acaba de entender o no lo afecta directamente.

Creo que no es una mala manera de ir por el mundo. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Fred ha agarrado la nota y ha examinado las palabras. Mientras leía, no dejaba de hurgarse los dientes con las uñas para sacarse los trocitos de carne.

—Es una gilipollez —ha exclamado, y ha arrojado la nota sobre la mesa—. Ese tío nos quiere joder bien jodidos.

—Pues claro que es una gilipollez —he contestado yo.

—Entonces, ¿por qué seguimos hablando de esto?

—Dice «el» —ha exclamado Jenny de repente.

Me he vuelto hacia ella.

—La nota —ha dicho, señalándola con el dedo—. Mirad. Dice «el» que mate a otro, no «la».

—Eso no quiere decir nada, Jen. No te preocupes. No es más que otro de sus estúpidos juegos.

—La niña tiene razón —ha terciado Anja.

—¿Qué?

—El que mate a otro. No la que mate a otro, ni la que mate a otra.

—¿Y qué? —he exclamado.

—Que eso es lo que dice.

—¿Y...?

Anja me ha mirado con rabia.

—Eres tú quien ha dicho que él no es idiota. Si él no es idiota... —Se ha enrollado una mecha de cabello en torno a un dedo—. Si él no es idiota, ¿por qué ha dicho eso? ¿Por qué razón?

—Pues porque está loco. Por eso.

Anja me ha puesto mala cara.

He cerrado los ojos.

Esto es lo que él quiere, he pensado. Esto es lo que él quiere. Locura, discordia, el descenso al caos. Eso es lo que pretende conseguir. Es como un niño pequeño que mete un palo dentro de un hormiguero. Disfruta provocando el caos.

Es eso, ¿verdad que sí?

Es eso lo que tú quieres.

Simplemente quieres ver lo que sucede ahora.

Pues muy bien, te voy a explicar lo que ha sucedido. Lo voy a escribir todo para ti, ¿de acuerdo? ¿Qué te parece?

Ha sucedido lo siguiente.

Bird ha salido de su habitación y ha ido hasta la mesa arrastrando los pies, con la cabeza torcida hacia un lado y bizqueando ante la luz. Tiene la piel totalmente cubierta por las manchas y las franjas rojizas. Se sienta.

—Hola —dice Fred.

Bird gruñe.

A pesar del frío, está sudoroso.

Contempla la carne.

—¿Qué es eso?

—¿A ti qué te parece que es? —masculla Fred.

Bird le echa una mirada.

—¿Qué?

Fred sonríe, burlón, y hace que no con la cabeza.

—¿Está pachucho? —susurra Jenny.

Asiento con la cabeza.

Jenny mira a Bird con la sincera preocupación de un niño. No debería, pero lo hace. Con sus finos dedos, arranca un trozo de carne del cuarto de rosbif y se lo ofrece a Bird. Él la mira, sorbe moco y le quita la carne de entre los dedos y se la mete en la boca. Mastica pesadamente. Traga. Hace una mueca de dolor.

—Había una nota —le dice Anja.

—¿Eh?

Anja coge la nota del Hombre y se la pasa a Bird. Este mira fijamente a Anja. Ella se siente incómoda y baja los ojos. Bird lee la nota. Parpadea. La lee de nuevo. Levanta la mirada. Vuelve a parpadear. Luego la dobla cuidadosamente y se la guarda en el bolsillo de la camisa.

—Estoy cansado —dice. Se pone en pie y gimotea—. Me duele la garganta.

Al otro lado de la mesa, Russell ha abierto los ojos y lo contempla con gran atención. Bird le devuelve la mirada a Russell, dice «¿Qué?», luego se vuelve y regresa con pasos inseguros a su habitación.

Todo esto —la carne, el mensaje, el billete de diez libras plegado en forma de mariposa— me ha dado que pensar. He pensado durante largo rato, con gran empeño. ¿Se supone que significan algo? ¿Son pistas, símbolos, signos, indicaciones?

No lo creo.

No son más que juguetes. Juegos. Quiere complicarnos la existencia. Eso es todo. Lo único que hace es pasárselo bien.

También he pensado en ello.

Pero, por ahora, no voy a decirte lo que pienso. Porque: 1) No estoy seguro de

que tenga ningún sentido; 2) Si tiene algún sentido, no estoy seguro de que quiera hablar de ello.

Más tarde he preparado té y lo he llevado a la habitación de Russell. Ahí dentro no huele muy bien. Huele a enfermo, y a cerrado, y también un poco a mierda, como si fuera la habitación de un viejo loco. Parecía que todo estuviera sucio y marrón, incluso el aire.

Russell se ha obligado a incorporarse sobre la cama y ha sorbido el té. Una parte se le ha ido camisa abajo. No me ha parecido que se diera cuenta. Me he sentado y lo he mirado. Ahora se ve muy viejo. Anciano. Débil y de cabello cano. Su piel negra se ha teñido de un color gris amarillento.

—¿Ya lo tienes? —ha preguntado.

—¿Si tengo el qué?

—¿Ya lo tienes claro?

—No entiendo lo que quieres decir.

—Venga, Linus —ha dicho con un suspiro—. Es evidente. Tendrás que elegir. O el uno o el otro. No será fácil, por supuesto, pero eso es todo lo que tienes. Hazme caso. —Hablaba con voz entrecortada y ronca. Ha dejado el té y me ha mirado—. ¿Serás capaz de hacerlo?

He negado con la cabeza.

—Lo siento, pero de verdad que no entiendo de qué me hablas.

—La nota —ha dicho—. El acuerdo. Te da a elegir. Tienes que... —Su voz se ha quebrado en una tos húmeda, cof cof cof, y los labios le han quedado salpicados de baba. Se ha limpiado la boca con la mano y ha seguido hablando—. Aprovecha lo que tienes, Linus. Así transformarás el mal en bien. ¿Lo entiendes? Aprovecha lo que tienes...

—¿Qué es lo que tengo?

—Ah... —Ha levantado un dedo nudoso y lo ha movido de un lado para otro, como ausente. En sus labios había una sonrisa floja, y el ojo bueno miraba hacia no se sabía dónde. Ha sido demasiado para mí. He apartado la cara, avergonzado. No sabía qué decir, ni hacia dónde mirar, ni qué sentir. La habitación estaba silenciosa y blanca. He mirado al suelo, en busca de algo que mirar, en busca de una forma constante en el hormigón... lo que fuera.

—Escucha —me ha dicho Russell repentinamente—. Nos tienes a mí y a Bird. Uno de los dos. Vamos a morir igualmente. Elige el que tú quieras.

—Yo no...

Me ha hecho callar con un gesto.

—Yo ya he vivido mucho, Linus. Ya he vivido suficiente. Esta cosa... —Se ha tocado la cabeza—. Esta cosa me devora. La veo crecer dentro de mi cabeza. La veo. Va cambiando de forma. Es como un dedo de color carbón, delgado y sinuoso. Como

un bastón de coral quemado. Como el hueso que una bruja emplea en sus maleficios. Como un gusano que se ha secado al sol hasta quedar de color negro. A veces es blanca, blanca como un cartílago de pescado. O rosada, como una tira de carne de pollo cruda. La veo. No es nada. Células que se han rebelado, nada más. Unos trocitos con vida propia que se han ido por el mal camino. Inadaptados y deformes. Bárbaros microscópicos. Delincuentes juveniles que se joden a sí mismos hasta matarse. —Se ha reído—. Están consagrados a la muerte... esos pequeños diablos. Me matan, y al matarme morirán. —Ha levantado la mirada—. No podemos evitar cierta admiración, ¿verdad que no?

—Estás desvariando.

—Precisamente —ha asentido—. Es por eso por lo que...

—¿Por lo que qué?

—Déjalo. —Ha parpadeado con fuerza—. Bird tiene una infección. No sé de qué será. Los gérmenes provienen del perro..., será una septicemia, o una meningitis, o algo parecido. No lo sé. No soy médico. Tampoco importa. Va a morir. Probablemente le quedan unos pocos días. Así que ya lo ves. Dos de nosotros estamos muertos ya. A ti te bastaría con uno.

He empezado a comprender lo que quería decirme.

—¿Quieres que...?

—Sí, sí —ha afirmado con una sonrisa—. Hazle trampas en su juego. Mátame a mí, o a Bird, o a los dos, si quieres, y así él te dejará marchar. Podrías volver a casa, volver con tu padre, y luego conseguir que sacaran a los otros, a Jenny, a Fred... —Ha echado una mirada astuta hacia el techo y ha bajado la voz—. No sabe que vamos a morir igualmente... no lo sabe...

Me han venido ganas de llorar.

Llorar por la mente de Russell.

También por la mía.

He dejado que charlara durante un rato, que divagara acerca de la filosofía de la muerte, de la justicia natural, del tiempo y de la física, hasta que, por fin, su cabeza ha vuelto a descender, sus ojos han empezado a cerrarse, y sus palabras han terminado. Se le había acumulado baba en la comisura de los labios. Me he acercado y se la he limpiado, y lo he cubierto con una sábana. Luego, entristecido, he regresado a mi habitación.

Y aquí estoy.

Extraviado.

He perdido todo equilibrio.

Lo que pensaba antes sobre él, sobre el Hombre del Piso de Arriba... que se lo está pasando bien... era cierto. Eso es lo que hace. Lo único que hace es pasárselo bien. Y el caso es que no importa lo que yo piense al respecto. No importa lo que

nadie piense al respecto. Comprensión, juicio, desaprobación... nada de eso importa. Lo único que le importa es su propio disfrute. Porque él es todo lo que hay. Aquí no hay nada más en juego. Solo él. Lo que él quiera, lo que él necesite, lo que él haga. Todo eso es incuestionable.

Eso es todo lo que hay.

¿Lo ves?

Ya te había dicho que era una pérdida de tiempo pensar en ello.

Domingo, 11 de marzo

Esta mañana nos hemos acabado la carne. Ha sido una verdadera estupidez. Todos nosotros sabemos que no nos va a enviar más. Todos nosotros sabemos que había que racionarla al máximo, ser razonables, emplear el cerebro. Pero parece que nuestros cerebros se hayan declarado en huelga. Ahora vivimos igual que animales. Vivimos para nuestras necesidades. Comer, beber, respirar, pasar el día.

¿Mañana? ¿Qué es el mañana?

Hoy es mañana.

Hoy el ascensor estaba vacío.

Mañana también.

Esta tarde, Bird ha actuado como un loco con Jenny. La niña me ha dicho que estaba en la cocina y que había ido a beber un vaso de agua. Bird ha entrado. Murmuraba para sí mismo y se protegía los ojos de la luz, y ha caminado hasta la pared opuesta. En un primer momento no parecía que se diera cuenta de la presencia de Jenny. Se ha quedado un rato de pie mirando a la pared, a continuación ha sacudido la cabeza y ha empezado a contonearse por toda la cocina al mismo tiempo que insultaba a los objetos que había allí.

—¿Se contoneaba? —le he preguntado.

—Sí, así... —Jenny me lo ha enseñado. Ha caminado de un lado para otro con las rodillas dobladas y los pies hacia adelante—. Como un pato.

—¿Como un pato?

—Sí. Caminaba de un lado para otro, y entonces se ha parado en mitad de la cocina y ha mirado al suelo. Tenía los ojos muy abiertos y miraba fijamente. Entonces ha empezado a golpear el suelo con los pies y a decir frases sin sentido sobre las avispas, y entonces ha vuelto a parar y se ha quedado otra vez mirando fijamente.

—¿Avispas?

—Creo que era eso. Costaba un poco entender lo que estaba diciendo. Hablaba de manera extraña, como si tuviera toda la boca llena de saliva. Y creo que hablaba sobre avispas.

—¿Qué has hecho?

—Me he acercado a él y le he ofrecido un vaso de agua. Ha enloquecido, Linus. Le ha dado un golpe al vaso y lo ha hecho caer al suelo, y me ha gritado, y luego me ha dado un empujón.

—¿Te ha hecho daño?

—No, solo me ha dado un empujón. Luego se ha marchado contoneándose.

Esta noche se quedará conmigo.

Me ha contado un chiste. Dos patos compiten en una carrera. ¿Cómo quedan al final? Empatados.

Pato = 29

Avispa = 30

El planeta no ha dejado de girar.

Lunes, 12 de marzo

Ha sido un día largo. Lleno de frío y de hambre. Al no tener comida, todo se vuelve mucho más difícil. El hambre es una cosa lenta y deprimente. Se apodera de ti. Te quita las fuerzas y te arrebató el ánimo. Y el frío te sorbe las energías, te sorbe la voluntad hasta que no puedes hacer nada. Aunque de todos modos ya no me quedaba mucha voluntad. Sea lo que sea la voluntad. Esperanza, decisión, optimismo, aguante...

Palabras.

El frío se te mete en los huesos y consume la vida que había en tu sangre. Duele. Yo ya había pasado frío. Sé cómo es. Pero saber cómo es algo no te ayuda a soportarlo. Simplemente sabes cómo es.

Y además, aquí abajo es distinto. Aquí abajo, el frío es... no lo sé. Es distinto. Más frío que el frío. Frío subterráneo. En todas partes. Implacable.

Jenny no lo soporta. La hace llorar.

Esta mañana hemos desgarrado las páginas de una Biblia y hemos encendido una hoguera en el suelo. Una hoguera pequeña. Nada del otro mundo. Tan solo un montón desigual de páginas arrugadas dispuestas en círculo. Lo he encendido con el mechero de Fred.

Clic, raac.

La magia del fuego.

Justo cuando las llamas empezaban a parpadear, se ha oído un siseo en la rejilla del techo y nos ha llovido desde arriba un espray de gotitas finas. Jenny ha chillado y se ha acurrucado contra la pared, y yo me he quedado sentado en el suelo, empapado y helado, y he visto cómo las llamas chisporroteaban y morían.

Al cabo de unos pocos minutos el agua ha parado.

Las páginas medio quemadas de la Biblia han quedado cubiertas por un charco.

He mirado a la rejilla. El agua goteaba poco a poco desde la malla metálica... plip plip... plip plip... como lágrimas de un ojo de metal.

En mi corazón latía el deseo de matar.

Luego ha empezado el ruido. Ese estruendo infernal con el que ya nos ha torturado en otras ocasiones, la batería, los chirridos, los gimoteos... sacude las paredes, nos mete un temblor en los huesos, nos hace llorar y bajar la cabeza y enroscarnos en la cama como bebés.

Ha durado mucho rato, pero ahora ya ha terminado.

En cierta ocasión, una mujer me explicó lo que tenía que hacer para enfrentarme a lo que me diera miedo. Era psiquiatra, o psicoterapeuta, o algo así. No lo sé. ¿Hay alguna diferencia? No importa. Era una de esas mujeres que hablan en voz baja, todo calma y relajación. Falda larga, cara pálida, labios pálidos. Llevaba una piedra pequeña y pulida colgada del cuello con un cordel. Negra y brillante, en forma de huevo. Le pregunté para qué servía. Me dijo que la ayudaba a disipar la energía negativa. Ah, sí, claro, pensé. Energía negativa. Una piedra pulida... eso va a funcionar, ¿verdad que sí? Va a ser una gran ayuda.

En cualquier caso, me dijo que...

Déjame que lo piense.

Era algo relacionado con los miedos no resueltos.

Sí, ahora me acuerdo.

Dijo:

—Imagínate algo que te asusta, Linus. Por ejemplo, algo que te vaya a suceder. Una situación. Algo que te preocupa. ¿Podrías hacerlo por mí?

—Sí.

—Bien. ¿Ya lo estás imaginando?

—Sí.

—De acuerdo, ahora imagínate que sabes volar.

—¿Volar?

—Como un pájaro.

—Vaale...

—Que podrías volar hacia el futuro.

—¿El futuro?

—Tú puedes, Linus. Lo único que tienes que hacer es elevarte en el aire... volar hacia el futuro, y luego mirar hacia abajo y verte a ti mismo en esa situación que tanto te preocupa. Ahora mismo estás ahí. Estás en esa situación. ¿Lo entiendes? Estás ahí. ¿Estás ahí?

—Sí —respondí, aunque fuese mentira.

—Bien. Ahora mira hacia abajo, hacia ti mismo. Te estás viendo a ti mismo... Estás ahí. ¿Ves? No pasa nada. Puedes con ello. ¿Lo ves? La situación no es tan mala, ¿verdad?

No estaba seguro de si tenía que asentir o negar con la cabeza. Por eso elegí una opción intermedia, una especie de asentimiento en diagonal, de lado a lado. Tampoco importaba, en mi mente no había absolutamente nada.

La mujer de los susurros siguió hablando.

—Ahora vuela un poco más, un poco más lejos, hacia el futuro, e imagínate a ti mismo cuando todo haya terminado. Habrás pasado por esa situación que te preocupa y ahora ya está todo en orden. Mira, te ves a ti mismo. Estás muy bien. Te sientes a ti

mismo... siéntete a ti mismo, Linus. Te sientes bien, ¿verdad que sí?

—Mmm.

—Estupendo. Ahora empápate de esa sensación, empápate el cuerpo por dentro y recuérdalo. Recuerda lo que has sentido. Ahora vuélvete y vuela de regreso al ahora, y conserva durante todo el rato esa buena sensación dentro de ti. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Sonrió.

—Ya está. Eso es todo lo que tienes que hacer, Linus. Mirar adelante, verte a ti mismo en el momento en el que te sientas bien, empaparte de esa sensación y recordarla. Recordar el futuro. Recuerda lo que ahí se siente, y entonces todo estará bien.

—¿Y si no está todo bien? —pregunté.

—¿Disculpa?

—¿Qué pasa si contemplo el futuro y en el futuro no está todo bien? ¿Y si tengo razones para estar preocupado?

—Ah —sonrió para infundirme confianza—, pero es que todo estará bien. Tienes que ser tú el que consiga que todo esté bien.

—Pero...

—Mira, te lo voy a repetir todo...

Finalmente me rendí. Dejé de escuchar. Desconecté. Sí, claro, sí, ya veo, de acuerdo, fenomenal...

Y eso fue todo.

No sé qué hora es. Deben de ser las diez o las once de la noche. Te voy a decir la verdad: el miedo no me deja salir a mirar el reloj. Están ocurriendo muchas cosas malas. Jenny está conmigo, y hemos tenido que apuntalar la silla contra la puerta.

Bird no ha parado en toda la noche: grita, dice palabrotas, da patadas, farfulla como un loco. Lo he visto antes, una hora después de que actuara como un chiflado con Jenny. Yo iba por el pasillo en dirección al baño y él estaba en la puerta de su habitación, pendiente de todos mis pasos. Su rostro ha quedado teñido de una horrible tonalidad de rojo, casi púrpura, y la piel se le ha estirado como la de un tambor.

—Liiinus —ha dicho con voz cansina—, eh, Liiinus, ¿quieres ver esto? —Ha sonreído con una mueca de horror y ha tirado violentamente de la herida que aún tiene abierta en el cuello. Los dedos se le han cubierto de sangre. Se los ha lamido, me ha señalado con uno de ellos, y ha empezado a canturrear—: Liiinús Liiinús Liiinús Liiinús...

Me he alejado. El corazón me latía con fuerza.

Luego ha venido Fred.

—Quedaos aquí dentro —ha dicho—. Colocad la silla detrás de la puerta para que no se pueda abrir. Bird ha tenido un ataque de locura.

—Es por la mordedura del perro —he apuntado—. Se le ha envenenado la sangre, o algo así.

—Sí, ya lo sé. Quedaos aquí dentro, ¿vale? Ha leído esa imbecilidad de nota. Ya sabéis, la nota donde dice que nos matemos unos a otros. No para de leerla, una y otra vez. No creo que vaya a hacer nada, pero nunca se sabe.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Fred ha sonreído con sorna—. No tenéis que preocuparos por mí. Soy invencible.

—¿Dónde está Russell?

—Atrincherado en su habitación.

—¿Y Anja?

Fred ha movido la cabeza con desagrado.

—Se empeña en tratar de hablar con Bird. Cree que logrará razonar con él. Yo ya le he dicho que es peligroso, pero no me escucha. Ya sabéis cómo es.

De pronto me ha venido a la mente una imagen de Anja, la Anja de hace seis semanas. Una mujer segura de sí misma, vestida con un top blanco transparente, falda corta de color negro, medias y tacones altos. Poco menos de treinta años, con buena conversación, cabello rubio de color miel, bonita nariz, labios gruesos bien dibujados, dientes perfectos, collar de plata. Era muy distinta de la Anja de hoy, flaca, desastrada, andrajosa y sucia, encerrada en una habitaciónapestosa de paredes blancas...

El problema de las personas como Anja es que no tienen ningún sentido del peligro. No saben lo que es el miedo. Se pasan la vida entera envueltas en comodidades, y los únicos miedos que conocen son los pequeños: preocupaciones, ansiedades, pequeñeces. Lo más probable es que Anja no haya pasado nunca miedo, miedo de verdad. Y quien no sabe lo que es el miedo tiene un buen problema.

El miedo tiene una función.

No está ahí para cuando veamos películas de miedo, ni para subir a las montañas rusas.

El miedo nos mantiene con vida.

Se acerca la medianoche. Fred se ha ido. Jenny duerme. Estoy sentado contra la pared y escucho este silencio expectante, y me pregunto por lo que va a suceder. Sé que va a suceder algo. Lo siento en el aire. Sólo es cuestión de saber el qué y el cuándo.

Fuera todo está en calma.

El silencio murmura.

Esta noche va a ser larga.

Miércoles, 14 de marz

Todo ha cambiado mucho desde la última vez que escribí.

Mucho.

No sé por dónde empezar.

Es increíble.

Quizá cuando lo haya puesto todo por escrito lo comprenderé mejor.

Empezaré por el principio.

Martes por la mañana, a las ocho.

El día más frío desde que todo empezó.

Estoy echado en el suelo. El frío no me deja dormir, pero tampoco me deja levantar. Me duele el estómago. Alzo la cabeza y miro a mi alrededor. La cama de Jenny está vacía. No sé dónde estará. Supongo que en el baño, o quizá en la cocina. Aún nos quedan unos pocos sobrecitos de té. Habrá ido a prepararse una infusión bien caliente. Apoyo la cabeza en la almohada y me imagino que tengo el té entre las manos, que aspiro su aroma, que sorbo su líquida calidez...

Y entonces se abre la puerta y entra Jenny, sin té, y agitada.

—¡Levántate, Linus! —dice—. Rápido, levántate.

—¿Eh? ¿Qué...?

—¡Ven, rápido!

Tiene la cara blanca y los ojos consternados.

Me siento sobre la cama.

—¿Qué sucede, Jen? ¿Qué pasa?

—Anja —dice, y la voz se le quiebra en sollozos enronquecidos—. No lo sé...

Fred ha dicho... estaba... está...

Salgo de la cama y la tomo entre mis brazos.

—Venga, cálmate. No pasa nada...

—Sí que pasa.

—¿Qué ocurre? Dímelo, Jenny. ¿Qué sucede?

No consigue hablar, está demasiado alterada. No puede parar de llorar. La tengo en mis brazos durante un rato y luego la deposito suavemente sobre la cama.

—Está bien —digo—. Quédate aquí, ¿vale? Voy a ver lo que sucede. No tardaré ni un minuto.

Salgo de la habitación y cierro la puerta. Al final del pasillo, frente a la habitación de Anja, Fred y Russell hablan en voz baja. Cuando me acerco, dejan de hablar.

—¿Qué sucede? —les pregunto.

Me miran con cara lúgubre.

—¿Dónde está Jenny? —pregunta Fred.

—En mi habitación.

Asiente, y luego abre la puerta de Anja con el codo.

—Será mejor que vayas a echar un vistazo.

Entro en la habitación.

Anja está tendida sobre la cama con la cara hacia arriba. Desnuda. Tiene la garganta cubierta de horribles moretones y el rostro pálido e hinchado.

Está muerta. La han estrangulado.

—Mierda —digo.

Fred y Russell entran y se quedan a mi lado.

—La he encontrado así hará unos diez minutos —dice Fred.

Miro por la habitación. Todo está revuelto. Sábanas y almohadas hechas un amasijo, ropa sucia por todas partes, el pequeño armario caído en el suelo.

Muevo la cabeza con gesto de disgusto, tan abrumado que ni yo mismo sé cómo me siento.

Russell me pone la mano en el hombro. Parece ligera como una pluma.

—¿Dónde está Bird? —pregunto.

—Ahí.

Me vuelvo. Bird está de pie en la puerta. Va descalzo y se ha puesto el traje. Debajo del traje lleva una sábana enrollada en torno al pecho. Tiene la cabeza ladeada y rígida, casi sobre el hombro. No me mira a mí, sino que mira fijamente el cuerpo de Anja, con los ojos llenos de nada.

Le lanzo una mirada interrogadora a Fred.

—¿Qué ha sucedido?

Se rasca la cabeza y sorbe por la nariz.

—No lo sé. Esta noche he estado despierto hasta las seis. No he visto nada. Tampoco he oído nada.

—Pues entonces ¿qué? ¿Después de las seis?

No me responde.

—Eh, Bird.

Parpadea y me mira.

—¿Humm?

—¿La has matado tú?

—¿Si he hecho qué?

—¿Has matado a Anja?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Hace crujir el cuello y tuerce los labios en una sonrisa forzada.

—¿Por qué iba a matarla? Ella me quería. —Sonríe con los ojos fijos en mí—. Y además, no soy yo el que padece una *pro-per-pensidad* por la *vio-o-lennnzz-ia*, ¿verdad? ¿Quién de nosotros dos es un matón callejero, eh? ¿Soy yo? —Niega con la

cabeza—. Creo que no. ¿Verdad que no? Creo que no soy yo el que va por ahí...

Fred da un paso adelante y lo golpea con fuerza en el vientre. Bird gimotea y se desploma en el suelo.

Primero le atamos las manos con un cinturón. Luego, Fred y yo envolvemos el cuerpo de Anja en una sábana y lo arrastramos hasta el ascensor. Deben de ser las ocho y media. El ascensor todavía no ha bajado y dejamos el cuerpo al lado de la puerta.

Fred agarra a Bird y nos vamos todos por el pasillo. Nos sentamos en torno a la mesa. Bird ha cerrado el pico. No ha dicho una palabra desde que Fred le pegó. Tiene la boca cerrada y la mandíbula prieta. Hace movimientos bruscos con la cara. Se le nota el temblor en la piel.

—¿Sabes? —dice Russell—, probablemente no sabía lo que hacía. En el estado en que se encuentra no es responsable de sus actos.

—¿Y qué? —le suelta Fred.

Russell se encoge de hombros.

—Yo solo decía...

—Pues no lo digas.

Russell parece un muerto viviente. Sin color, frágil, sin nervio. No queda nada de él.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto.

Nadie responde.

Miro a Bird y luego a Russell.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—¿A quién?

—A Bird. ¿Cuánto tiempo le queda?

—No lo sé —dice Russell—. No soy médico. Ni siquiera sé qué es lo que le ocurre.

—Dijiste que se había infectado...

—No. Yo solo dije que mientras no se infectara no le pasaría nada.

—Pero sí que le ha pasado algo, ¿verdad? Está enfermo y loco.

—Yo no diría eso exactamente. Tal vez sufra un desorden de personalidad de algún tipo... Puede que el dolor y la infección de la herida hayan exacerbado los síntomas...

—Por favor, cállate —dice Fred.

Nos quedamos todos en silencio.

En estos momentos todavía me esfuerzo por poner orden en mi cabeza y comprender lo que ocurre. No lo entiendo en absoluto. El frío choque de la muerte, la extraña situación que ha venido luego, llena de confusión...

Y mientras pienso en ello, empieza a sucederme algo raro de verdad. De pronto me veo a mí mismo, o a una parte extraña de mí mismo, flotando fuera del cuerpo... Subo, subo, subo... y cuando llego al techo me doy la vuelta, y entonces contemplo

la escena de abajo. Contemplo cuatro figuras andrajosas abatidas en torno a una mesa. Cuatro criaturas apenas humanas, todas ellas sucias y fatigadas, con los ojos hundidos y la piel que parece enferma. Veo a un hombre de cabello castaño y denso y barba revuelta. Veo a un negro esquelético, con la piel colgándole del cuerpo. Veo a un hombre de cuerpo hinchado, con las manos atadas, vestido con un traje de loco, un hombre demente y retorcido. Y veo a un muchacho, una criatura de aspecto patético con el cabello chungo y piel de yonqui, y la ropa más holgada del mundo.

Y pienso para mis adentros... ¿qué hace toda esta gente?

«Bueno —dice una voz dentro de mi cabeza—, tres de ellos discuten el acto que se le imputa a un cuarto. Tres de ellos —un hombre de mala vida y drogadicto, un moribundo y un chico de la calle— discuten qué hacer con el hombre gordo de piel purpúrea que, según piensan ellos, ha matado a una mujer más bien repelente».

Y con ese pensamiento regreso hasta mi cuerpo, a tiempo para comprender que mientras estábamos allí sentados y nos recreábamos en nuestra propia futilidad no nos habíamos dado cuenta de que Jenny salía de mi habitación y se dirigía al ascensor. No hemos hecho nada para impedir que viera el cadáver que yace en el suelo envuelto en una sábana. Y me odio a mí mismo por ello.

No es que me odie a mí mismo por muchos motivos, pero por ese sí.

Estamos todos aquí sentados, perdidos dentro de nuestras mentes enfermas, y la pobre Jenny está de pie, sola, al lado de un cadáver envuelto en una sábana.

Y entonces el ascensor baja.

Ssshhh, Ssshhh, brrrr, clunc, clic, zummmm... zuuummmmm... — mmm — cssss — toc.

Me pongo en pie y salgo al pasillo, y se me para el corazón al ver que Jenny sube al ascensor. Se agacha, recoge algo y vuelve a salir con una hoja de papel en la mano. La lee. Levanta los ojos, se vuelve hacia mí, sonrío de manera extraña, y luego mira el cuerpo envuelto en la sábana, se me acerca y me entrega la hoja de papel. Veo unas palabras impresas.

Miro a Jenny.

—¿Te encuentras bien?

La niña asiente.

—¿Estás segura?

Asiente de nuevo.

Le sonrío, y solo entonces leo la nota.

Dice:

MeNTIRAS — mI VERDAD:

LiNUS mATÓ a lA CHICa

Lo leo otra vez. Y otra, y otra. Y lo único que soy capaz de pensar es: ¿qué? ¿QUÉ? Y entonces mi cerebro se pone a funcionar y pienso: mierda, ¿qué voy a hacer

con esto? ¿Lo rompo? ¿Lo arrugo hasta hacer una bola y me lo como? ¿O puedo confiar en los demás? Russell, Fred, Jenny... ¿Tengo suficiente fe en que van a confiar en mí? ¿Tienen ellos fe en mí? ¿Confían en mí?

Pues claro que sí.

Jenny me sigue hasta la mesa. Nos sentamos y le paso la nota a Russell. La lee, me mira, y luego le pasa la nota a Fred. Fred la lee, me mira y arroja la nota sobre la mesa.

—¿Y bien? —digo, a nadie en particular.

—¿Y bien, qué? —replica Fred.

—¿Qué es lo que pensáis?

—¿A propósito de qué?

—De esa nota, por Dios. ¿Qué pensáis?

—¿Qué piensas que puedo pensar?

Muevo la cabeza con desagrado.

—Pues que es una gilipollez —dice—. Una chorrada. Tendrías que sentir vergüenza por haberlo preguntado.

Siento un hormigueo en la garganta.

Pero entonces Russell dice:

—Oye, espera un momento...

Y es entonces cuando empieza a divagar acerca de cuestiones varias: justicia, culpa, verdad, inocencia... la necesidad de ser objetivos. En un primer momento pienso que no significa nada, que desbarra. Está confuso, enfermo, no sabe de qué habla.

—No debemos sacar ninguna conclusión precipitada —dice—. Tenemos que escuchar a todas las partes. Tenemos que dejar a un lado nuestras emociones y ceñirnos a los hechos. Y también tenemos que tomar en consideración las palabras de un testigo, aun cuando no nos fiemos de sus intenciones. Tenemos el deber de tomarlo en consideración...

—¿Qué testigo? —pregunta Fred—. ¿De qué hablas?

Russell no dice nada, tan solo se pone lentamente en pie y señala al techo.

Fred arruga el entrecejo. No lo ha entendido.

Al principio yo tampoco lo entiendo, pero entonces un pensamiento turbador se me cuela en el cerebro.

Miro la nota que está sobre la mesa.

MeNTIRAS — mI VERDAD:

LiNUS mATÓ a lA CHICa

—¿Estás hablando de esto? —le pregunto a Russell, y agarro la nota—. ¿Es esto lo que tú llamas «las palabras de un testigo»?

Russell me mira sin decir nada, y es evidente, por su silencio, que era eso lo que

quería decir.

—Ah, por Dios bendito —resopla Fred, que de repente lo ha entendido. Mira con rabia a Russell—. Esto es una broma, ¿verdad?

—No había hablado con tanta seriedad en toda mi vida —replica Russell.

Fred vuelve a resoplar y mueve la cabeza con incredulidad.

Russell sigue hablando.

—Mira, yo no digo que tengamos que creer en su testimonio...

Fred se ríe con desprecio.

Russell no se altera.

—¿Quién más, aparte del asesino, ha visto lo que ocurrió?

Fred vuelve a mover la cabeza con disgusto.

—Esto es ridículo. No es Linus quien ha matado a Anja, por Dios.

—Yo no estoy diciendo que la matara. Tan solo digo que...

Mientras Russell y Fred discuten (y Jenny se marcha a mi habitación sin hacer ruido), me quedo en la silla, sin hablar, demasiado abatido y desconcertado como para hacer nada. Sé muy bien que Russell ha perdido la razón, y sé muy bien que no sabe lo que hace, pero no por eso me resulta más fácil aceptarlo. Duda de mí. Independientemente de que esté enfermo, duda de mí. Y eso duele. Por eso me quedo ahí, ya sin escucharlo, y trato de vaciarme de toda la amargura que siento...

Y entonces otro pensamiento se me cuele en el cerebro, una voz interrogadora que me dice:

«¿Y si sabe lo que hace?

»O, por lo menos, a él le parece que lo sabe.

»¿Y si a él le parece que tan solo quiere ayudarte?».

Y entonces me acuerdo de la otra nota, la que nos incitaba a matar...

eSCUCHAD MIS PALABRAS:

aQUEL QUE MATE A OTRO QUEDARÁ LIBRE

. y recuerdo que Russell trató de convencerme para que obedeciera. «Mátame a mí —me dijo—, o a Bird, o a los dos, si quieres, y así él te dejará marchar». Y ahora pienso que quizá el motivo por el que Russell trata de convencer a Fred y al Hombre del Piso de Arriba de que fui yo quien mató a Anja es porque piensa que así me va a ayudar a salir de aquí.

En su confuso estado mental, cree de verdad que el asesino de Anja va a salir libre, y piensa (en su locura) que si logra persuadir a Fred y al Hombre del Piso de Arriba de que yo soy el asesino, el Hombre del Piso de Arriba me dejará marchar.

Pero, naturalmente, el Hombre del Piso de Arriba sabe que no he sido. Lo ve todo, lo sabe todo. Él es, en verdad, el único testigo. Y no va a permitir que nadie se marche.

Pero Russell no se da cuenta. Tiene el cerebro trastocado, ha dejado de razonar.

Ha enloquecido.

Pero no quiero decirlo.

No quiero decirle a Fred: «Eh, no escuches a ese viejo loco. Es un enfermo mental. Tiene el cerebro hecho polvo».

No, no quiero decirlo. No estaría bien.

Así que no me muevo. Ahora ya no siento tanto dolor como antes, y espero a que Russell termine de hablar.

Al cabo de unos veinte minutos que se me hacen muy largos, Russell empieza a perder el hilo de lo que está diciendo. Su distorsionada lógica se distorsiona cada vez más, empieza a estar confuso de verdad, murmura, masculla, se pierde en frases incoherentes, y al final se queda sentado con la mirada puesta en la mesa, la mandíbula inferior colgando y el desconcierto pintado en su pobre rostro.

—Lo acompañaré a su habitación —le digo a Fred.

Fred asiente.

Llevo a Russell de nuevo a su habitación, lo acuesto en la cama y vuelvo a la mesa.

—¿Qué le ocurre? —me pregunta Fred.

Le cuento a Fred lo del tumor cerebral.

—Él sabe que no he matado a Anja —le explico—. Solo que tiene la absurda idea de que si el Hombre del Piso de Arriba cree que la he matado yo me dejará marchar.

Fred asiente.

—Ya me lo había imaginado.

Suspiro.

Entonces Bird emite un sonido áspero y horrible, un carraspeo que le surge del fondo de la garganta. Fred y yo nos volvemos hacia él. Bird mira fijamente al vacío y tiene espasmos en el ojo izquierdo.

—¿Qué diablos vamos a hacer con él? —le pregunto a Fred.

Fred no dice nada, tan solo mueve la cabeza.

No hemos logrado ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a hacer con Bird. Lo hemos dejado en su habitación, atado a la cama, y luego nos hemos sentado y hemos charlado durante horas y horas, en un intento por decidir lo que vamos a hacer. No sabemos por qué Bird mató a Anja, ni si sabía lo que hacía, y —tal como ha indicado Fred— ni siquiera podemos estar seguros de que la haya matado.

—Tan solo podemos suponer que ha sido él —ha dicho.

—¿Quién más podría haberla matado?

—Russell.

Me he quedado mirando a Fred.

Se ha encogido de hombros.

—Es posible, ¿verdad que sí? Ya no está en sus cabales, está medio loco...

podría haberlo hecho él.

—No —he dicho, y he negado con la cabeza—. No puede ser.

Fred ha vuelto a encogerse de hombros.

—Eso no lo sabes.

—Sí, sí lo sé.

Fred tenía razón, desde luego. Yo no sabía que Russell no había matado a Anja. Estaba seguro al 99 % de que no había sido él, y creo que Fred pensaba lo mismo, pero no podíamos descartar esa posibilidad. Así que también teníamos que acordar lo que haríamos al respecto.

No hemos llegado muy lejos.

¿Cómo podíamos demostrar lo que fuera? ¿Cómo podíamos demostrar que había sido Bird, o que había sido Russell? Y aunque pudiéramos demostrarlo, ¿qué haríamos entonces? ¿Juzgar al asesino? ¿Castigarlo? ¿Encerrarlo?

Ya estaba encerrado. Todos nosotros lo estábamos.

Al final, hemos entrado en la fase en la que ya no podíamos pensar más. Estábamos demasiado cansados, demasiado confusos para continuar. Era el final de la tarde y habíamos hablado durante todo el día. Nos decidimos a dejarlo correr por el momento y a descansar. Mañana volveremos a hablarlo.

Ha sucedido en las primeras horas de la mañana.

Yo dormía en mi habitación en compañía de Jenny. Fred estaba en el pasillo. Bird y Russell se encontraban en sus respectivas habitaciones. Bird seguía atado —tenía las manos atadas con el cinturón, y este, a su vez, estaba sujeto a la cama con otro cinturón—, pero no habíamos hecho nada para inmovilizar a Russell. Estaba tan débil que a duras penas podía andar. Antes había tenido que ayudarlo a ir al baño. No tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que hacía. Y además, Fred iba a pasarse la noche sentado en una silla en el extremo del pasillo que daba a la cocina, así que, si Russell salía de su habitación por algún motivo, Fred lo iba a ver. Por lo menos mientras no se apagaran las luces. Y si salía más tarde, lo oiría.

—Y además, todavía tenemos esto —dijo Fred sonriendo, y encendió uno de los mecheros que el Hombre nos había mandado hace un millón de años—. No te preocupes, Linus —declaró, y me dio unas palmadas en el hombro—. No va a pasar nada. Tú y Jenny podéis echaros a dormir. Ya volveremos a hablar por la mañana.

El sonido del ascensor me ha despertado y me ha dejado confuso. Ssshhh... sshhhh. Estábamos a oscuras y parecía que aún era temprano. Y eso no era normal. El ascensor baja a las nueve. A las nueve, las luces siempre están encendidas. El ascensor no baja cuando está oscuro.

Me he sentado en la cama, me he frotado los ojos y he prestado atención.

Brrr, clunc, clic, nnnnnnnnn...

Sí, desde luego, era el ascensor.

No era un sueño.

Jenny aún dormía. La he oído respirar como cuando está dormida. Me he levantado sin hacer ruido, he caminado de puntillas por la habitación a oscuras y he abierto la puerta.

—¿Fred? —he susurrado en la oscuridad.

Se ha encendido una luz junto al ascensor: la llama parpadeante del mechero de Fred. Estaba de pie frente a la puerta del ascensor, con la cabeza ladeada, como si escuchara algo.

El ascensor se ha detenido. Tuc-clong.

La puerta no se ha abierto.

—¿Qué sucede? —le he preguntado a Fred mientras me acercaba a él.

—Escucha —ha sido su respuesta.

He escuchado. Silencio.

—Ahora se ha parado —ha dicho Fred.

—¿Qué es lo que ha parado?

—Sonaba como el timbre de un móvil.

—¿Dónde? ¿En el ascensor?

Ha asentido.

—Podría jurar que...

Un teléfono ha empezado a sonar.

—¡Ahí lo tienes! —ha exclamado Fred—. Sabía que lo había oído.

Era un timbre telefónico como los antiguos —brrr, brrr... brrr, brrr—. Me he acercado a la puerta del ascensor y me he esforzado por escuchar. No cabía ninguna duda de que provenía de allí.

—¿Qué es lo que hace? —he preguntado.

Fred ha movido la cabeza con disgusto.

—Solo Dios lo sabe.

El timbre ha dejado de sonar.

Por un instante no ha ocurrido nada.

Y entonces, de pronto, la puerta se ha abierto y el teléfono ha empezado a sonar de nuevo. Entonces lo hemos visto. Estaba en el suelo, al fondo del ascensor. Un móvil que parecía barato, de carcasa blanca y mugrienta. La pantalla se encendía y apagaba al ritmo del tono de llamada.

Brrr, brrr... brrr, brrr.

Brrr, brrr... brrr, brrr.

—¿Qué vamos a hacer? —le he preguntado a Fred.

—Nada —ha respondido—. Déjalo ahí.

—Pero es que quizá...

—No es nada, Linus. Ese tío vuelve a jugar con nosotros. Tan solo es otro...

Entonces se han encendido las luces en un estallido de deslumbrante blancura, y al cabo de un segundo hemos oído el chillido. Se ha oído a nuestras espaldas, en mi habitación... Era Jenny. Me he dado la vuelta y he corrido.

—¡JENNY! —he gritado—. ¡JENNY!

Mi puerta estaba medio abierta. He irrumpido en la habitación y he visto a Bird inclinado sobre la cama. Trataba de agarrar a Jenny. La niña se revolvía en un intento por escapar, le golpeaba las manos para tratar de apartarlas, tenía el rostro blanco y los ojos se le salían de las órbitas de puro miedo. Me he arrojado sobre Bird, lo he sujetado por el cuello y he empezado a tirar. Se ha vuelto y me ha clavado las uñas como un loco, ha silbado y ha refunfuñado, ha escupido, ha gruñido, y entonces ha llegado Fred, ha agarrado a Bird por los hombros, lo ha sacudido y lo ha golpeado en la cara con su voluminosa cabeza. Una vez, crac. Y otra, crac.

Bird se ha desplomado sin emitir ningún sonido.

Todavía no tenemos claro lo que ha ocurrido. Sabemos que Bird ha cortado los cinturones a dentelladas, porque hemos visto los jirones masticados por el suelo de su habitación, pero el resto son meras conjeturas. Pensamos que el Hombre del Piso de Arriba debía de observar a Bird (¿con cámaras de infrarrojos?). Habrá visto que cortaba los cinturones a mordiscos, ha esperado el momento en el que estaba a punto de liberarse y entonces nos ha distraído con el móvil en el ascensor para que no lo viéramos salir de su habitación. Por supuesto que él no sabía lo que haría Bird, pero era muy evidente que haría algo, y me imagino que eso es lo único que le importa. Se queda satisfecho con tal de poder ver algo.

Dios sabrá lo que pretendía Bird.

¿Me buscaba a mí?

¿Sabía que Jenny estaba en mi habitación?

Ni siquiera me apetece pensar en ello.

Ahora Jenny está bastante bien. Durante un rato ha estado muy alterada, pero he pasado más o menos una hora sentado con ella y le he repetido una y otra vez que ya no tenía por qué preocuparse, que Bird ya no estaba y que no volvería a verlo jamás... y así se ha ido tranquilizando poco a poco.

—¿De verdad que ya no está? —me ha preguntado en voz baja.

He asentido.

—¿Está muerto?

He vuelto a asentir.

—¿Lo ha matado Fred?

Yo no quería matarlo, Linus.

—Lo sé.

—Pensaba que tan solo lo había dejado inconsciente. No me he dado cuenta de que estaba muerto hasta que lo he sacado a rastras de la habitación.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Fred. De todas maneras, lo más probable es que no hubiera vivido mucho más. Tampoco importa. Lo único que cuenta es que Jenny está bien.

Ahora mismo lo estoy mezclando todo. No recuerdo si he hablado primero con Fred y luego con Jenny o si ha sido al revés. Solo estoy seguro de que en algún momento me he sentado a la mesa con Fred y Jenny estaba en mi habitación, y de pronto me he dado cuenta de que mientras ocurrían todas estas locuras no habíamos visto ni oído en ningún momento a Russell.

—Será mejor que vayamos a ver cómo está —le he sugerido a Fred.

Antes he pasado a ver a Jenny. Estaba dormida, con el cuerpo enroscado, bonita y mona, y se chupaba el dedo en silencio. He cerrado la puerta y la he dejado que durmiera.

Fred me ha seguido por el pasillo hasta la habitación de Russell.

He llamado a la puerta.

No ha contestado.

He vuelto a llamar.

Tampoco ha contestado.

He mirado a Fred.

Se ha encogido de hombros.

He abierto la puerta tan solo un par de centímetros.

—¿Russell?

Nada.

—¿Russell?

El silencio no presagiaba nada bueno.

He abierto la puerta con el corazón en un puño y he entrado. Durante una fracción de segundo me ha parecido que todo estaba normal —las paredes, el suelo, el techo, la cama—, y entonces lo he visto. Estaba echado sobre la cama, envuelto en una sábana manchada de rojo.

La sábana estaba húmeda.

El rojo era de la sangre.

Me he acercado para verlo mejor, con las piernas temblorosas. Me he derrumbado sobre la cama, helado hasta los huesos. Sentía en mi estómago vacío las ganas de vomitar.

¿Sabes lo que he pensado entonces? He pensado: «Es esto. Es esto lo que ocurre, y lo que va a ocurrir. Este es el final al que tú mismo llegarás, Linus. Este... este silencio, esta quietud, esta falta de sensación... este es el final al que tú mismo llegarás».

Al contemplar el rostro sin vida de Russell, un sentimiento de miseria me ha anegado el corazón. En mi vida había experimentado nada semejante. Las palabras no alcanzan a describirlo. A través de mis frías lágrimas, he observado la cuenca vacía donde debería haber estado su ojo artificial. Sobre la sábana, al lado de su cabeza, había un trozo de cristal coloreado.

He tardado un instante en comprenderlo.

Russell Lansing se había extraído el ojo de cristal, lo había arrojado al suelo para romperlo y luego se había cortado las venas con un fragmento blanco y azul.

Se hace tarde.

He hablado con Jenny. Le he hablado de Russell. No se lo he contado todo, pero tampoco le he mentado. Le he explicado que Russell tenía cáncer.

—Una niña de la escuela tenía cáncer —me ha contado—. Carly Green. También murió. La central eléctrica le había provocado *leucémula*.

—¿Era una central *nucular*?

Jenny ha sonreído.

No es tonta.

Me ha preguntado qué nos va a ocurrir a nosotros.

—No lo sé —he reconocido.

—¿También nos vamos a morir?

—Noo —le he asegurado—. Nosotros, no.

—¿Por qué no?

—Por muchos motivos.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, que tenemos el Canijopoder.

—¿Y qué otros?

—Bueno, para empezar, Fred es invencible. Segundo, tú eres muy lista. Y tercero, yo soy muy bonito.

Se ha reído.

—Tú no eres bonito. Son las chicas las que son bonitas.

—¿Ah, sí? ¿Pues qué soy, entonces?

—Muy feo. —Ha soltado una risilla.

—Gracias.

—Y además hueles mal —ha añadido.

—Ah, ¿y tú no?

De repente me ha puesto mala cara.

—Eh —he dicho—, no te lo tomes mal...

—Sí, ya.

Ha sorbido moco y se ha pasado la mano por la nariz. Me he sentido muy mal.

Mal por todas las pequeñeces como esa. No son los problemas importantes los que de verdad nos martirizan, sino las pequeñeces. Como los cuartos de baño glaciales, las sábanas sucias y las niñitas que tienen que conformarse con oler mal.

Jenny se ha vuelto hacia mí.

—¿Qué nos va a pasar, Linus?

—Nada —he dicho, aunque fuese mentira—. Todo irá bien.

He buscado las libretas de los demás —las de Anja, Bird y Russell—. También he registrado sus habitaciones. He esperado a que Jenny estuviera dormida para salir a husmear. La situación tenía un punto espeluznante, y desde luego no me siento orgulloso de lo que he hecho, pero de todos modos no me quedan muchos motivos para sentirme orgulloso.

La libreta de Anja estaba en blanco. Ni una palabra. Nada. Parece como si ni siquiera la hubiese abierto. En un primer momento me ha parecido muy triste... no tener nada que decir, nadie con quien hablar, ningún secreto, ningún deseo de dejar nada para los que vengan después. Pero entonces se me ha ocurrido que, después de todo, tal vez no estuviera tan mal. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene compartir los pensamientos de uno mismo con alguien que ni siquiera existe? ¿Para qué sirve? ¿Adónde nos lleva? A ninguna parte, que yo sepa. En cualquier caso, a ninguna parte en la que vayamos a conseguir nada.

La habitación de Anja tenía un olor peculiar. Olía exactamente como uno se imaginaría que puede oler la habitación de una pija cuando está sucia: una curiosa mezcla de basura y riqueza. Un olor algo dulce y algo amargo. Como una flor muerta. O como el billete de cincuenta libras que se ha pasado una semana entera en el calcetín de un vagabundo. No es muy agradable, pero tampoco muy molesto.

También he vuelto a encontrar comida. No había mucha: un par de galletas debajo de la almohada, cuatro tiras de tocino asado entre las páginas de la Biblia, un trozo pequeño y sucio de chocolate bajo la cama... pero nos bastará para aguantar durante unos días más. Ya no me he enfadado porque Anja nos la escondiera. A decir verdad, no he sentido nada.

La habitación de Bird estaba más ordenada que la de Anja. No más limpia, sino más ordenada. El orden resultaba inquietante, como si Bird no se hubiera movido mucho cuando estaba en la habitación, como si no hubiera hecho nada más que estar tendido en el lecho y mirar al techo y tener pensamientos espeluznantes. Aunque estuviera más ordenada que la de Anja, olía mucho peor. Olía a cincuenta años de sudor y putrefacción. También he encontrado un par de indicios de que Bird enloqueció cuando faltaba poco para el final. Manchas de orina en la pared, mierda seca bajo la cama...

He agarrado su libreta y he salido de allí.

Sus anotaciones son muy difíciles de leer. La letra es muy apretada e irregular,

como si hubiera escrito siempre borracho. Aparte de los apuntes que tomaba durante nuestras reuniones, casi todo lo demás son notas breves y extrañas, sin fechar, cada una de ellas en una página distinta. No estoy seguro de lo que pueden significar. Por ejemplo:

10.59
a11.25
13.00B
a1306

movimiento/tiempo/perdido

Philp Satar 99273

7 abajo
7 Marlett
3

fuegoluegoruegojuegomuero
inútil

ley = devolución (debilidad).
debilidad de la ley
la debilidad está parotegida por ley

152
1142

empezar con 1 2 61 67 8 47 final 34

¿FOTOS?

Piz peiza piza piza peiza

He dejado la habitación de Russell para el final. En realidad, no quería entrar. Ha muerto, pero el recuerdo que tengo de él todavía vive, y habría preferido dejarlo tal cual. Pero algo me ha obligado a entrar. No sé qué ha sido, supongo que una especie de curiosidad macabra. Algo más fuerte que los sentimientos.

El aire estaba cargado y olía a cobre, casi a sal, y en la habitación reinaba un silencio que me ha recordado el silencio de una iglesia. Ya me entiendes, como si no

tuvieras que estar allí, como si alguien te observara. Me he quedado un rato, he mirado por todas partes, he tratado de respirar con calma. No ha sido fácil. Había vidrios pequeños de colores por el suelo, cerca de la cama, y la luz se reflejaba en ellos con un brillo apagado. Parecían alfileres de color blanco y azul. La cama todavía estaba ensangrentada y también había feas manchas en el suelo, en los lugares por donde habíamos arrastrado el cuerpo. También he encontrado otras cosas... pero no quiero hablar de ello. Ha sido excesivo. He sacado la libreta del armario y me la he llevado a mi habitación.

Hace un momento he terminado de leerla. Una página tras otra llenas de palabras, dibujos y diagramas...; aquí hay de todo. Pensamientos, cartas, teorías, ecuaciones, dibujos, incluso poemas. Es increíble. Hermoso, lúgubre, espeluznante, complejo, e indescriptiblemente triste.

No te voy a enseñar nada.

La última anotación se dirige a mí.

Empieza con «Querido Linus».

Lo demás es ilegible, tan solo los garabatos de un moribundo.

Me voy a acostar.

Domingo, 18 de marzo

No tardamos mucho en volver a la rutina. Aunque nos cueste. La aceptas y la vives una hora tras otra tras otra.

07.00: Te despiertas tembloroso. Este frío es imposible. No puedes levantarte. Sientes un sabor desagradable en la boca y te notas la lengua pastosa. Tienes un palpito doloroso en la cabeza y la nariz llena de mocos. Estás cansado. No tienes hambre, pero no puedes dejar de pensar en comer. Queso, miel, carne recién horneada, verduras bañadas en salsa *gravy*. Y eso que la verdura ni siquiera te gustaba. Y el aire fresco. No puedes dejar de pensar en el aire fresco. En el viento, en el cielo, en espacios abiertos. Jardines, abetos, setos...

¿Qué vas a hacer?

Me quedo tendido sobre la cama y pienso en otros tiempos.

En cuando era niño. En cuando papá estaba en casa y me recitaba poemas. Recuerdo el de los pericos, los cangrejos y los osos, y el de los búfalos, y anoche, finalmente, recordé otro. Era sobre una tortuga. Empecé a pensar en él hará unos tres días, y anoche, por fin, logré recordarlo:

Una tortuga rica que se llamaba Joyce
salía de paseo con su lindo Rolls-Royce
cuando una ostra joven y muy jaranera
cual gallo fue a cantar junto a la carretera,
y Joyce se estrelló en su lindo Rolls-Royce.
Y la tortuga Myrtle, muy cariacontecida,
corrió a preguntarle: «¡Oh! ¿Estás herida?».
Y ella declaró: «Estoy bien, gracias, Clyde».
Y Myrtle respondió: «Yo no soy Clyde, querida».
Vais a ver, es que Joyce estaba desposada
con un guapo marido de cara atortugada,
y Joyce en ese instante se hallaba confundida,
efecto inevitable de la gran colisión,
y por error pensó que Myrtle era Clyde.

Pero no estoy seguro...

No era así exactamente, ¿verdad?

Lo más probable es que no lo recuerde bien.

De todas maneras, había otro. Algo sobre una cebra, pero no consigo recordarlo. Hace días que me estrujo el cerebro, pero no puedo. Y eso me molesta de verdad.

08.00: La luz se enciende y mis recuerdos se apagan. Me levanto de la cama ya vestido y me envuelvo en mantas. Siento frío por todo el cuerpo, pero lo peor son los pies. Están siempre fríos. Seguramente, los litros de agua helada que bebo no contribuyen a que mi situación mejore. Voy al baño, me lavo, meto la cabeza por el agujero de la sábana y trato de utilizar la taza. Apenas si llevo nada dentro. Me marcho por el pasillo y hago un gesto con la cabeza para saludar a Fred, que viene en dirección contraria, y me voy a la cocina. Me siento y espero que baje el ascensor.

08.45: Entra Jenny. Hablamos. Tiene llagas en la boca y la nariz llena de mocos. Su aliento despide un olor horrible. Supongo que el mío también.

08.55: Viene Fred, sin camisa, rascándose la barriga. Apenas dice nada. Le revuelve el cabello a Jenny. Le digo que quiero verlo más tarde. Me dice que de acuerdo, bebe agua del grifo y se marcha a su habitación.

09.00: El ascensor baja. Vacío.

09.30: El día pasa con lentitud. Hablo con Fred. Discutimos cuánto tiempo vamos a aguantar sin comida. Ninguno de los dos está seguro, pero los dos pensamos que puede ser bastante tiempo. Diez días, un par de semanas, un mes...

—Mientras tengamos agua... —apunta Fred—. El agua es lo que cuenta.

—Sí.

—¿Tú tienes alguna idea?

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo salir de aquí.

Lo miro. Se me escapa una risilla.

—Mierda —dice.

Mi risa termina en lágrimas.

Luego, de nuevo en la habitación, me echo y vuelvo a pensar en la cebra. Empiezo a obsesionarme. *¿Érase una vez una cebra...?* No. *¿Las cebras son...?* No. Trato de imaginarme la boca de papá cuando decía esas palabras, con la esperanza de que así se me refrescará la memoria. Veo sus dientes, sus labios, su bigote erizado... pero no oigo las palabras. Y ahora ya ni siquiera recuerdo cómo es él.

Tampoco recuerdo cómo era mamá.

No, espera... sí, esa es. Ahora la veo. Caminamos juntos por la calle... hace mucho tiempo. Una calle polvorienta. Al otro lado de la calle hay albañiles que construyen una casa nueva o algo así. Oigo los volquetes. Los taladros. El estruendo del martillo neumático. Los gritos que piden té. La calzada está cubierta de arcilla seca, y sobre la arcilla seca ha quedado marcado el zigzag de los neumáticos de los volquetes. La arcilla seca es buena para dar patadas. Al agrietarse es agradable y dura.

Mamá me da un tirón de la mano.

—Por la acera, por favor.

Me separo de ella y doy otra patada, y un trozo de arcilla seca sale disparado por la calle.

—¡Linus!

Al llegar al final de la calle pasamos por el lado de un trabajador que se acerca. Uno de los albañiles. Mochila, sombrero, cigarrillo, botas, un chaleco sobre la piel tostada por el sol. Lleva un brazalete en la muñeca, una serpiente plateada. Se aparta para dejarnos pasar. Ojos negros, gesto indiferente con la cabeza. Luego sigue adelante por la calle. Me vuelvo para mirarlo y me pregunto qué será. Parece un forajido indio de uno de los libros ilustrados de mi padre. *Blue Duck el Cherokee*, o *Apache Kid*. Sí, ese mismo, *Apache Kid*, se echó al monte como un renegado, y de tiempo en tiempo bajaba de nuevo para saquear y robar, y escapaba de todos sus perseguidores.

—No mires —me dice mamá—. Es de mala educación.

—Lo has mirado tú.

—¿Yo? No.

—Has sido tú. Te he visto.

—No seas tonto. Venga, no te pares.

Doblamos la esquina y bajamos de la colina.

—¿Era un hombre malo? —pregunto.

—¿Quién?

—Ese hombre, el hombre del sombrero.

—No es más que un albañil. Su trabajo es construir casas.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. Dame la mano, que vamos a cruzar la calle.

—¿Yo podría llevar sombrero?

—Dame la mano.

Cruzamos la calle.

—¿Cómo se llamaba eso, mamá? Lo que llevaba en el brazo.

—¿El qué? Cuidado, no pises la caca de perro.

—El...

—¡Cuidado! Mira por dónde vas.

Me he puesto a brincar y a trazar círculos con la muñeca.

—Aquí, en el brazo. Ese hombre tenía una serpiente.

—¿Un tatuaje?

—No.

—¿Pues qué era, entonces?

—Como un anillo. Como un... ya sabes... en la muñeca.

—¿Un anillo? Ah, un brazalete.

Volvemos a detenernos, cogidos de la mano, esta vez frente al quiosco. Hay poco tránsito, pero mamá lo hace bien, mira a la derecha, mira a la izquierda, mira otra vez a la derecha, y luego cruza —«no corras»— la calle.

—¿Y yo podría llevar un brazalete en forma de serpiente?

—No.

Lunes, 19 de marzo

Anoche pensé que tenía la gripe o algo parecido. Me he despertado temprano por la mañana. Me sentía fatal. Como enfermo y vacío por dentro. Tenía la cabeza a punto de estallar y todo me dolía como mil diablos. Sentía pálpitos en las piernas, los brazos, el pecho, incluso en los ojos. Tenía la nariz taponada por los mocos y a duras penas lograba respirar. Luego, al cabo de una hora, más o menos, he empezado a sentirme bien.

Qué raro.

Me imagino que será por falta de energía. Sin combustible, no hay energía. Sin energía, no vamos bien. Si no vamos bien, vamos mal.

He estado buscando insectos. Cucarachas, moscas, arañas... lo que sea. Sí, ya sé que las arañas no son insectos. No soy imbécil. Ya me habías entendido. Bichos, gusarapos, invertebrados, cositas pequeñas con patas y cuerpo crujiente. He mirado por todas partes. Detrás del fogón, por las paredes, hasta en el último rincón. No he encontrado nada. Nada. Ni siquiera el cadáver reseco de una mosca.

Ahora que los bichos nos hacen falta, ¿dónde se han metido?

La idea misma de escapar parece haberse desvanecido. Ya no pienso en ello. ¿Para qué? No quiero que me vuelva a gasear. No quiero volver a quedarme empapado. No quiero que me bombardee la cabeza con ruido. Durante la mayor parte del tiempo lo único que quiero es dormir.

Me pregunto qué habrá hecho con los cadáveres. Anja, Bird, Russell, el perro... ¿qué habrá hecho con todos ellos? ¿Los habrá enterrado? ¿Los habrá quemado? ¿Los habrá cortado en trozos? ¿Los habrá puesto en bolsas de basura y arrojado al río? Tal vez se los haya comido. Sería muy fuerte, ¿verdad?

Otra pregunta que me hago es por su aspecto. ¿Cómo es él? No me acuerdo. El recuerdo que me queda de él no me sirve. Tan solo recuerdo a un ciego con un impermeable, y sé que él no es eso. Hace un rato he pasado las páginas de esta libreta y he encontrado la descripción que hizo Russell. «Mediana edad, cabello oscuro, debía de medir aproximadamente un metro setenta y ocho. Buena constitución física, sin ser muy musculoso. Manos fuertes. Rapado al cero. Gafas ligeramente polarizadas. Traje de color carbón, camisa blanca, corbata de color burdeos. Zapatos negros sin cordones, calcetines burdeos».

Es una descripción bastante buena, pero a mí no me dice nada. Yo no lo veo así.

Eso me ha molestado durante un rato. No entiendo por qué tengo una imagen

diferente en la cabeza. ¿Por qué voy a rechazar lo que probablemente sea verdad? Pero luego he pensado, ¿por qué no? Puedo hacer lo que me apetezca.

Así que te voy a explicar cómo lo veo yo.

Es muy bajito, algo regordete, de unos cuarenta años. Lleva puestas unas gafas de montura de plástico con marcas grasientas de dedos en los cristales. Las gafas le resbalan una y otra vez por la nariz, y al ponerlas bien arruga el labio superior. Su piel es pálida, cetrina. Tiene una boca como de niño, una nariz que no destaca por nada en particular, y orejas pequeñas y redondeadas. Su cabello es de color mierda. Se lo peina hacia un lado y se cree elegante, pero no lo es. ¿Ropa? Viste camisas de nailon de colores pálidos, con las mangas siempre abrochadas. Sin corbata, pantalones de vestir, zapatos sin cordones y chaqueta de cremallera comprada en algún lugar barato, tipo Peacocks o Primark.

¿Qué te parece, Hombre Monstruo?

¿He acertado?

¿No?

Bueno, pues te voy a decir algo. Esa es la imagen de ti que me he formado, y eso es todo lo que cuenta. No importa lo que tú puedas pensar. Todo lo que importa soy yo. Porque solo estoy yo. Aquí no entra nada más. Soy yo y solo yo. Lo que yo imagine, lo que yo vea, lo que yo piense... es incuestionable.

Eso es lo que hay.

¿Vale?

Lo que yo veo es lo que tú eres.

Miércoles, 21 de marzo

Las luces se encienden.
El ascensor vacío baja.
El día pasa.
El ascensor vacío sube.
Las luces se apagan.

A lo largo de toda mi vida nunca me he sentido enraizado en ningún lugar. Ni en casa, ni en la escuela, ni en la calle... en ninguno de los sitios donde he estado me he sentido bien. La calle fue aceptable mientras duró, pero, en realidad, no era para mí. No tengo lo que hay que tener para vivir en la calle. Durante un tiempo me adapté, pero sé muy bien que al final habría tenido que dejarlo. Mi casa fue siempre un desastre. Jamás me he sentido bien en casa, ni siquiera cuando era pequeño, antes de que mamá muriera. Y la escuela fue todavía peor, sobre todo después de que papá se hiciera rico. Los muchachos ordinarios la tomaban conmigo porque pensaban que era rico, y los muchachos ricos la tomaban conmigo porque pensaban que era ordinario. Nunca llegué a saber cuál era mi lugar. Y ahora estoy aquí, atrapado en las profundidades de este búnker frío y blanco...

¿Y sabes qué? Por fin he descubierto lo que significa sentirse enraizado en un lugar.

Ahora los tres pasamos la mayor parte del tiempo juntos. Hemos traído todos los colchones y mantas a mi habitación, todas las sábanas, todo. No sé si nos sirve para algo, pero al menos nos quedamos con una sensación de mayor calidez. Nos pasamos todo el día echados, acurrucados en esta pequeña habitación, sin hacer gran cosa. Ahorramos energía. Ahorramos calor. Sobrevivimos.

La piel se nos arruga y se nos pone amarillenta. Tenemos los músculos flacos y fibrosos. Pasamos frío en todo momento. Tendríamos que habernos quedado la ropa de los demás. No les habría importado. Los muertos no necesitan ropa.

A veces, cuando no hace demasiado frío, charlamos. Así el tiempo pasa más rápido.

FRED: Deberíamos habernos quedado con el perro.

YO: ¿Qué?

FRED: El perro muerto, el dobermann. Deberíamos habérselo quedado. Meterlo

en la nevera. Si lo hubiéramos hecho, ahora podríamos atiborrarnos de carne de perro frita.

YO (echándole una mirada): Fred, por Dios...

FRED: ¿Qué pasa? ¿No me irás a decir que ahora mismo no te comerías un bocado de carne de perro frita?

YO: Bueno, no... pero...

FRED: Es lo mismo que comerse otro animal. Pollo, vaca, cerdo... No es más que carne. Comida. Energía. Es todo lo mismo. (Sonríe con malicia). También tendríamos que habernos quedado con Bird y con los otros. Bird nos habría alimentado durante varios meses.

YO (sonriente): Eres un animal, Fred.

FRED: Todos nosotros somos animales.

JENNY: Yo no soy un animal.

FRED (en tono amable): Sí, sí lo eres.

JENNY: Que no.

FRED: Que sí.

JENNY: No.

FRED: Sí.

Jenny sonríe y golpea con el puño en el brazo a Fred. Fred grita y se agarra el brazo, fingiendo que le ha hecho daño. Se deja caer y rueda por el suelo, y gimotea como si agonizara.

Nos quedamos mirándolo durante un rato.

Al final se detiene, sonríe y se queda tendido en el suelo.

Pasamos un rato en silencio.

Entonces:

JENNY (a mí, en voz baja): ¿Tú tienes miedo?

YO: No lo sé. Creo que sí. Sí.

JENNY (a Fred): ¿Tú tienes miedo?

FRED: No.

JENNY: ¿Por qué no?

YO: Porque es demasiado tonto.

FRED (lanzándome una mirada asesina): Eres afortunado de que no me queden energías para levantarme.

YO: ¿Ah, sí?

FRED: ¿Quieres saber por qué no tengo miedo?

YO: En realidad, no.

FRED: Te voy a decir por qué. (Se apoya en las manos para sentarse). He estado en lugares peores que este. Escapé de ellos, y ahora también voy a escapar.

YO: ¿Qué tipo de lugares?

FRED: Mejor que no te lo cuente.

JENNY (a Fred): ¿Cuál ha sido el lugar que te ha dado más miedo?

FRED (vuelve a sonreír): Bueno, en cierta ocasión... Estaba con unos amigos en el campo, en algún lugar, no recuerdo dónde. Puede que fuera en Gales, o tal vez en Cornualles. Un sitio así. Sea como sea, estábamos en una casa de campo antigua, de piedra, en un lugar dejado de la mano de Dios, y una noche yo estaba en la cama, dormía profundamente, y lo único que recuerdo es que de pronto me desperté y vi un mono sentado al otro extremo de la cama.

JENNY: ¿Un mono?

FRED: Estaba allí sentado. Me miraba fijamente.

YO: ¿Un mono? ¿Y qué hacía allí un mono? ¿No sería uno de los Monkees^[1]?

FRED: ¿Qué?

YO: Uno de los Monkees. ¿Davy Jones? ¿O ese otro del sombrero raro?

FRED (riéndose): Anda, eso sí que habría sido terrorífico.

Jenny no lo pillaba, como era de esperar. Jamás en su vida ha oído hablar de los Monkees. Así que tengo que explicarle quiénes eran (un grupo de pop de los años sesenta que llegó a tener su propia serie en televisión), y también le explico cómo es que conozco un grupo de pop de los años sesenta (a mi papá le encantan, tiene todos sus discos), y cuando he terminado de explicárselo, el chiste con los monos y los Monkees había perdido ya toda su gracia.

Y entonces hemos empezado a hablar de otra cosa...

Y el tiempo pasa.

Sábado

Esto de escribir cansa demasiado. Es demasiado deprimente. Por si no me bastara con sentirme así, encima tengo que escribirlo. Pero te voy a decir una cosa...: estoy harto de pasar hambre. Ahora, en realidad, ya no me duele, ya no me produce ningún sufrimiento violento. De hecho, el dolor físico apenas es digno de mención. El hambre es un deseo, más que un sufrimiento. Pero está siempre ahí y me perfora por dentro como un gusano. Lo odio.

Es una sensación difícil de describir.

Piensa en cómo te sientes cuando llevas un tiempo sin comer. Piensa en lo vacío que estás. En la fosa que tienes en el estómago. En la parte de atrás de la garganta. Seca y vacía. Piensa en ti mismo encogiéndote.

Piensa en algo que es cien veces peor.

No creo que vayamos a aguantar mucho más.

Pienso en ti.

En ti y en ti.

Pienso en ti, comfortable en tu ninguna parte. Sin hacer nada. Existes, lees esto, me matas. No voy a salir jamás de aquí. Jamás voy a quemarte. Te reconozco por lo que eres.

Pienso en ti.

Aunque me cueste, aunque me cueste...

Promesas.

Cuerpo. Aire. Comida. Agua. Sangre.

Eternidad.

Piensas en todo eso.

Domingo

Me como varias páginas de la Biblia. Ha sido una idiotez. Las he arrancado, las he rasgado en tiras, las he masticado y me las he tragado. Sabían a papel. Con un punto de tinta. No es el peor sabor del mundo, pero tan pronto como las páginas me llegan al estómago el hambre explota como no te podrías imaginar. Me pongo a devorar más, me meto las páginas en la boca, dos, tres, cuatro a la vez.

Y entonces empiezan los calambres. Calambres estomacales. Dios mío, qué dolor. He pensado que me moría.

Me paso el resto del día fatal.

Vómito, diarrea, vómito...

El consejo del día: si te estás muriendo de hambre, no te comas una Biblia.

Lunes

08.00: las luces se encienden.

09.00: el ascensor baja.

Me he acostumbrado hasta el punto de que ya no miro el reloj. Mi cuerpo me marca las horas. La súbita esterilidad de las luces, el clic silencioso, y luego, sesenta minutos más tarde, el sonido metálico del ascensor... *ssshhh... clunc...*

Tan fiable como la salida del sol.

Por ello, esta mañana, al no bajar el ascensor, me he sentido como si fuera el fin del mundo.

Imagínate cómo te sentirías si no saliera el sol. Imagínatelo.

Nos hemos reunido los tres en el pasillo.

—Quizá el reloj esté mal —ha sugerido Fred.

—El ascensor es el reloj.

Fred me ha entendido.

Hemos contemplado la puerta cerrada. Metal sólido, plateado, sin brillo.

—Quizá se haya averiado —ha apuntado Jenny—. Los ascensores se averían sin parar. Una vez mi papá quedó atrapado en uno. Tuvieron que esperar a que vinieran los bomberos.

—No creo que él vaya a llamar a los bomberos. —He mirado a Fred—. ¿A ti qué te parece? ¿Está averiado?

—¿Y yo cómo diablos lo voy a saber?

Nos hemos quedado allí durante un rato. No hacíamos otra cosa que contemplar la puerta cerrada, más los ocasionales comentarios.

—Puede que baje más tarde.

—Sí.

—Tampoco es que importe mucho...

—No.

Sí que importa, por supuesto. El ascensor podría haberse averiado. Y eso podría significar algo, aunque no sé el qué. Aunque también podría ser que una vez más juegue a sus juegos idiotas. Que nos dé algo en que pensar. Que nos sacuda.

Pero tampoco tiene mucho sentido.

Lo que quiero decir es que, en comparación con lo que ya nos ha hecho y con lo que aún nos puede hacer, sería un juego muy cutre. En realidad, no valdría la pena que se tomara las molestias.

Por otra parte —y eso es lo que importa de verdad—, también podría significar que él ya no está ahí arriba. Quizá se haya marchado. Se hartó y se fue. También podría estar enfermo. O tal vez solo finge.

Sí, lo más probable es esto último. Es un buen juego. Se hace el muerto. Finge que se ha marchado, y cuando tratemos de hacer algo... ¡BUUM! ¡Ja ja, os había engañado a todos!

Muy gracioso.

Tendré que pensar en ello.

Hablarlo.

Pero antes que nada tengo que dormir. Toda esta actividad me ha fatigado. Levantarme, caminar, hablar, escribir... estoy exhausto.

He dormido durante unas pocas horas. Me parece que he dejado de soñar. Aunque de todos modos no me acuerdo. Deben de ser las diez de la noche.

El ascensor aún no ha bajado. Tengo tanto frío... Creo que se me ha helado la sangre.

Hemos hablado sobre las diversas posibilidades.

¿Qué pasará con nosotros si el ascensor está averiado?

¿Qué pasará si no lo está?

¿Qué pasará con nosotros si él se ha ido?

¿Qué pasará si tan solo finge?

Teníamos mucho de que hablar.

Opciones, riesgos, resultados.

Esperanzas, miedos, *quizases*.

Optimismo, pesimismo, no-te-lo-tomes-con-tanto—*entusiasmo*.

Ha sido una tarea difícil.

1) porque todos nosotros ya estamos medio muertos y nos cuesta pensar con claridad.

y 2) porque tenemos que dar por sentado que él sigue ahí arriba, que nos observa y nos escucha.

Hemos empezado con bolígrafos y papel, pero nos llevaba tanto tiempo, nos resultaba tan extraordinariamente frustrante y fatigoso, que al final lo hemos dejado correr. Al final, hemos montado una especie de tienda de campaña con sábanas y nos hemos escondido dentro y hemos hablado en susurros. Había la posibilidad de que él nos gaseara, o que empleara el agua, o el ruido, pero merecía la pena correr el riesgo.

No ha ocurrido nada.

Hemos hablado de nuestra situación. Hemos pasado del optimismo al pesimismo, y luego hemos vuelto al optimismo. Finalmente nos hemos quedado en un punto

intermedio.

Vamos a esperar.

En un primer momento, Fred no estaba de acuerdo. Quiere averiguar si él sigue allí arriba o no, de una u otra manera. Quiere saberlo ya.

—Si él no está arriba, podríamos hacer algo. Deberíamos hacerlo ahora mismo. No tenemos tiempo para esperar.

—Pero ¿y si él aún sigue allí?

—¿Qué podemos perder?

Nuestras vidas, he pensado.

—Muy bien —he asentido—, esperemos tan solo un día más.

—¿Por qué?

—Tenemos que emplear todas nuestras fuerzas. Estamos débiles, exhaustos, confusos, hambrientos, ateridos de frío. Lo único que podemos hacer es esperar. Durante estos dos últimos meses no hemos hecho nada. Somos buenos en eso. Él no. Saquemos partido de todo lo que tenemos.

—¿Y luego qué?

—Luego haremos algo.

Fred me ha mirado. Sus ojos luchaban por mantenerse abiertos.

—De acuerdo —ha dicho por fin.

Los dos nos hemos vuelto para ver si Jenny estaba bien, pero ya se había dormido.

Ahora que estoy solo, contigo, escucho el murmullo de las paredes y empiezo a dudar de mí mismo. Quiero decirte algo, pero sería mejor si no lo hiciera.

Solo te diré que empiezo a ver el final de algo, el final de una sucesión de dudas.

Y que ese final no pinta nada bien.

Ojalá tuviera algo para leer, aparte de la Biblia. No puedo leer eso. Me serviría cualquier otro libro, cualquiera que me distrajesse de mis pensamientos. Me vendría bien un diccionario. Sí, un diccionario. Si pudiese elegir entre un pastel de chocolate y un diccionario... bueno, está claro que elegiría el pastel. Pero tendría que pensarlo.

No, no lo pensaría.

Regalaría un millar de diccionarios a cambio de una porción de pastel caducado.

De todas maneras, me gustaría tener un diccionario. Un diccionario contiene todos los libros que se hayan escrito jamás, y también todos los libros que se vayan a escribir jamás. Qué fuerte, ¿verdad? Las palabras no están en el orden correcto, por supuesto, pero de todos modos es muy fuerte.

¿Sabes qué más me gustaría?

Un mapa de todo el mundo.

Lo pondría en la pared. Así sabría dónde están todos los lugares. Estaría ahí, en la pared.

Creo que ahora me voy a poner a pensar en cebras.

???

Las luces se han apagado. No sé qué hora es. El reloj se ha parado. Son las 11.35 para siempre. Escribo esto a la luz de una hoguera.

Ahora avanzamos por la sucesión de dudas.

Estaba en la cocina cuando ha sucedido. Jenny dormía. Fred estaba en el baño. Acababa de lavarme la cara y buscaba mi propio reflejo en la superficie de acero del fregadero, y trataba de convencerme de que no me veo así, de que el verdadero problema era la insuficiencia —recuerdo cómo la palabra me vino a la cabeza—, de que era la insuficiencia del fregadero como espejo, y no yo... o alguna otra idiotez de ese mismo género.

¿De ese mismo género?

¿Insuficiencia?

¿Qué me pasa? ¿Cómo es que de pronto hablo igual que un personaje de Charles Dickens? Será que me convierto en Oliver Twist. Desesperado por culpa del hambre y temerario a causa de la miseria... por favor, señor, deme más...

En cualquier caso, estaba inclinado sobre el fregadero. Todo estaba tan deslucido y mortalmente silencioso como siempre. Aburrido, mal ventilado, monótono, blanco. De pronto he notado algo. No he sabido qué era. Quizá una vibración. Una alteración en el tono o en la presión. Un cambio leve en el ritmo inaudible del búnker... no lo sé. Fuera lo que fuese, no ha durado mucho. Un segundo, dos como mucho, y luego se ha hecho el silencio. Silencio absoluto. Por un momento ha sonado muy fuerte, y después la ausencia de sonido ha sido extraordinaria. Juro que habría podido oír cómo se me helaba la sangre.

El murmullo había enmudecido.

Eso era lo que ocurría.

El murmullo de las paredes. Había parado. Desaparecido.

«No hay corriente eléctrica —he pensado—. Mierda, si no hay corriente eléctrica...».

Y ha sido entonces cuando se han apagado las luces.

La cocina estaba más negra que el propio color negro. Sin luz. Sin que se pudiera ver nada. Mientras estaba allí de pie, con la mirada fija en la oscuridad, me ha asaltado una visión de la primera mañana que desperté aquí. Me he visto a mí mismo cuando salí de la cama y anduve a tientas hasta la puerta y salí al pasillo. Muerto de miedo. Tocando las paredes. Atemorizado por la oscuridad. Explorando el suelo con el pie. Atemorizado por lo que no podía ver. Ni reloj, ni manos, ni cielo, ni sonidos, tan solo una oscuridad compacta y un sordo murmullo que surgía de dentro de las

paredes.

Y en ese momento incluso el murmullo había desaparecido.

Yo no era nada, existía en la nada.

—No deberíamos haber esperado —he dicho en voz alta.

Mi voz era una sirena en la niebla.

—Mierda.

Lo que he hecho entonces ha sido lo más estúpido que haya hecho jamás.

Después de pasar un rato inmóvil, mientras oía los gritos lejanos de Fred en el baño —«¡Eh! ¿Qué sucede aquí? ¿Qué pasa con la luz? ¡Eh! ¿Linus? ¡Linus!»—, me he dado cuenta de que tenía una sed increíble. No sé por qué. Quizá fuera la adrenalina o algo parecido que se me comía mis preciosas reservas de combustible... La verdad es que no lo sé.

Lo único que sabía era que tenía que beber de inmediato.

Sin pensar, he abierto el grifo, he dejado que saliera el agua y me he puesto a tantear en la oscuridad en busca de una taza. Pero no encontraba ninguna. He palpado a lo largo del mostrador, y finalmente he buscado en el armario. He sentido pánico. ¿Sabes que la oscuridad puede provocar que sientas pánico por estupideces? Bueno, pues esa es mi excusa. He sentido pánico. No he pensado. Mis manos armaban un gran estruendo en el armario, encontraban bandejas y cuencos, pero ninguna taza, y entretanto el agua salía del grifo, chapoteaba en el fregadero y se marchaba por el desagüe...

Y entonces han ocurrido simultáneamente tres cosas.

1) mi mano ha encontrado una taza;

2) un pensamiento me ha pasado por la cabeza: «¡ahorra el agua!»;

3) el grifo ha empezado a sacar el agua a borbotones y finalmente ha escupido las últimas gotas.

Sin electricidad, sin luz, sin agua.

¡Mierda! ¡Sin agua!

He soltado la taza, he metido las manos torpemente en el fregadero para tratar de encontrar el tapón, lo he encontrado, se me ha escapado de las manos, he vuelto a encontrarlo y he cerrado el desagüe. Pero para entonces el agua del grifo se había terminado. El grifo estaba en silencio. Ni siseo, ni borboteo, ni nada. He gemido. Me he secado la mano en la camisa, he vuelto a gemir y he metido la mano en el fregadero. Esperando esperando esperando sentir el tacto del agua.

Por favor...

Había la suficiente para humedecerme la palma.

Ahora tengo que descansar.

Luego sigo.

Luego.

Así que estoy aquí, en la cocina, y me siento muerto, e idiota, e incrédulo. Oigo que Fred, en el otro extremo del búnker, trata de vaciar la cisterna del váter. Hace que una momentánea sonrisa me aflore a los labios. Siempre hace lo mismo. Siempre está tirando de la palanca, agua, agua, agua... solo que esta vez suena distinto. Suena seco y vacío... sin agua.

Oh, no.

—¡Fred! —grito— ¡No lo hagas! ¡FRED!

Pero está demasiado ocupado en vaciarla. No me oye.

Salgo deprisa de la cocina, me lanzo a correr en la oscuridad... y me la pego contra la puerta abierta. ¡Blam! Apenas si me doy cuenta del primer choque, un sonido de algo que se parte, un golpe sordo, y durante una mínima fracción de segundo pienso: «No pasa nada, estoy bien, he tropezado con la puerta, eso es todo, no hay para tanto», y entonces la verdad irrumpe con un bramido cegador que me abrasa el cerebro, y me voy hacia un lado como un borracho y me caigo al suelo, agarrándome la nariz rota con la mano, y sollozo como un bebé. Dios mío, cómo duele. La cabeza me arde... la nariz, la boca, los dientes... sangre cálida y lágrimas me bajan por el rostro...

—¡FRED! —llamo de nuevo entre los labios ensangrentados.

Y luego me desmayo.

Lo siguiente que recuerdo es que Fred se yergue frente a mí con un mechero encendido en la mano. Jenny está detrás de él. Sus rostros se hacen visibles como los de dos espectros a la luz de la llama.

—¿Qué haces echado en el suelo? —dice Fred.

—Sangrar —le respondo.

Se acabó. Nos queda como un milímetro de agua en el fregadero. No tenemos comida, ni electricidad, ni luz, ni calefacción...

No, sí que tenemos calefacción. Hemos encendido una hoguera en mi cuarto. ¿La oyes chisporrotear? Quemamos madera, patas de mesa, papel... Es cálida y confortable. Tenemos luz suficiente para ver todo lo que tenemos que ver.

—¿Ahora podríamos hacer algo? —dice Fred.

—Todavía no sabemos si él se ha marchado.

—Por supuesto que se ha marchado, joder. El generador se ha parado. El ascensor no funciona. Hemos encendido una hoguera. Él no nos permitía encender hogueras, ¿verdad? Si aún estuviera, ya la habría apagado.

—No necesariamente. Es posible que...

Fred da un manotazo en la puerta.

—¡Se ha MARCHADO, Linus! Se ha marchado. Mierda, tío, ¿qué te pasa? Se ha marchado. ¿Cómo es que no lo ves?

Le dirijo una mirada a Fred.

—No lo sé. Supongo que tengo miedo.

Fred mueve la cabeza. Enfadado, triste, gentil.

—Ahora ya no tienes por qué tener miedo. Se ha marchado.

—Sí.

—Créeme. Se ha marchado. Nos hemos quedado solos. Nadie nos observa. Ahora lo único que tenemos que hacer es salir de aquí.

Lo único que tenemos que hacer es salir de aquí.

Todo esto lo hemos dicho hará unas pocas horas, quizá más que unas pocas horas. Un día, dos días... ¿quién sabe? Creo que Fred tiene razón. Creo que él se ha marchado. Hemos hurgado en las cámaras, les hemos acercado fuego, les hemos escupido... no ha habido ninguna reacción. Se ha marchado. No sé por qué me ha costado tanto aceptarlo. Quizá me esté volviendo loco. Loco de remate. Quizá no quiera salir. Me he acostumbrado tanto a vivir aquí abajo que la idea de salir fuera me asusta todavía más que la idea de morir.

O quizá sea otra cosa.

En cualquier caso, él se ha marchado.

¿Ha muerto?

Puede ser.

Un accidente con el coche, una enfermedad... podría ser cualquier cosa. Se cayó por una escalera. Una espina de pescado se le atravesó en la garganta. Bebió demasiado, se cayó, y se rompió el cuello. Metió el dedo en un enchufe de la pared y se electrocutó. Esos accidentes ocurren, ¿verdad que sí? Las personas mueren, no pasa nada.

Porque no es probable que él tenga muchos amigos, ¿verdad que no? Nadie lo echará de menos. Nadie lo visitaría. Y estemos donde estemos, seguro que será un lugar aislado. Podría pasarse años muerto en el piso de arriba hasta que alguien lo encuentre.

Pero, por otra parte, también puede ser que yo estuviera en lo cierto al principio. Puede que él no haya muerto, que tan solo se haya marchado. Se hartó de toda esta historia. Se aburrió, se metió en el coche y se marchó para ir a crear otro infierno en algún otro lugar.

Es posible.

Además, es irrelevante.

Hace horas, días, que tratamos de salir de aquí, y no hemos conseguido nada.

Hemos pegado, golpeado, quemado, rasgado, martilleado, gritado. Nada. En ningún lugar. Nos hemos sentado a la lumbre de la hoguera y hemos hablado. Nada. Hemos quemado prácticamente la cocina entera. Ha sido inútil.

Peor que inútil.

Nos habíamos olvidado de la nevera.

No puedo creérmelo. Nos habíamos olvidado del hielo de la nevera. Prendimos fuego en la cocina... Dios sabrá por qué..., en aquel momento parecía una buena idea..., estuvimos a punto de freírnos nosotros mismos en el proceso, y lo único que logramos fue quemar la cocina y, de paso, el hielo. Acabamos acalorados, acabamos sudorosos, acabamos fatigados y deshidratados, acabamos sedientos...

Nos queda media taza de agua.

Ni días, ni noches. Ni fechas. Tan solo horas de sueño y de vigilia. El agua se ha terminado. Lamemos la que se condensa en las paredes. Fred golpea la puerta del ascensor con todo lo que tiene a mano. Sartenes, patas de sillas, los restos del fogón. Cuando por fin se rompen, busca otra cosa. Apenas ha logrado dejar unos rasguños en la puerta.

Fred se enjuga el sudor de la piel y luego lo sorbe de la ropa.

—Es sal —le digo. *Szal*. Las palabras me salen confusas y arrastradas—. Solo hay sal y poca cosa más. No te servirá de nada.

Fred sorbe moco y se frota la garganta. Tiene los labios azules.

—En el baño aún hay una botella para la limpieza —declara.

—Lejía.

—Es líquido. Es posible que nos sirviera. Podríamos probar...

—Es lejía. Te morirías.

Se encoge de hombros.

Jenny está echada. La piel se le ha vuelto de un color grisáceo, con manchones.

Contemplo la hoguera y pienso en cebras.

No puedo andar, no puedo levantarme. No puedo hablar. Tengo la boca pastosa. Mi lengua está grande como una montaña. Adormecida. Fred ha dejado de dar golpes. Está sentado en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza gacha, como un Buda harapiento. La piel pegada a los huesos, los ojos hundidos en el cráneo.

Me duele mear.

Me duele beberme el meado.

Todo me duele.

Montaña... sal...

Ya lo tengo.

Montaña... cebra.

La cebra de papá.

En lo alto de una montaña

Fred ha muerto.

Ha ido al baño y se ha bebido la lejía.

Ha aullado durante una hora y luego ha tosido sangre y ha muerto.

Qué horror. No me quedan palabras.

No podemos sacar su cuerpo del baño. Es demasiado grande. No importa. Ya no vamos allí.

Jenny...

He tenido otra visión. La he visto a ella. Está echada en el suelo a mi lado. El fuego se apaga. Ya no puedo levantarme a buscar madera. Ahora podría quemarte a ti. Ahora podría quemarte a ti. La vi hace mucho tiempo. Miraba al techo. Ojos castaño claro, cabello brillante y sedoso, boca pequeña y curiosa.

Ese hombre es malo, ¿verdad?

Y miraba al techo.

Mucho tiempo.

Días.

Muy lejos de todo. A la deriva, triste, frío. Ojalá todo fuera distinto. Ojalá estuviera en casa. Ojalá papá estuviera sentado en su sillón con un cigarrillo y un vaso de coñac, con un libro de ilustraciones del Salvaje Oeste en el regazo, y mamá en la cocina, y los Monkees sonando suavemente en el reproductor de CD. Ojalá fuera el niño pequeño que está de pie al lado del sillón, como un fantasma pequeñito vestido con un pijama de franela de algodón, envuelto en una silenciosa fragancia de zumo y piel de naranja. Ojalá estuviera allí, con la cabeza hacia un lado, y mirara las ilustraciones del libro. Ilustraciones de vaqueros, Buffalo Bill, Wild Bill Hickok, Wyatt Earp, Frank y Jesse James, Davy Crockett.

—Tiene un perro en la cabeza.

Papá me mira, y luego vuelve a mirar la imagen del hombre apuesto con calzones de ante y gorro de piel de mapache.

—Este es Davy Crockett —dice.

—Doggett^[2].

—Crockett, Davy Crockett. Nació en un monte de Tennessee, en lo más verde de este país, creció en los bosques siempre feliz y a los tres años domó un oso gris. — Papá canta en voz baja—: Davy, Davy Crockett, de la frontera el rey...

Le señalo la gorra de Davy Crockett.

—Tiene un perro en la cabeza.

—No, es un mapache. Ma-pa-che.

—Perro.

—Mapache. Se parece a un perro...

—¿Qué perro?

—No es un perro, Linus. Es un mapache. Ma-pa-che. Un gorro de piel de mapache. ¿Ves esa cola rayada?

—Tendría que irse a dormir —dice mamá desde la puerta.

—Perro mapache —digo yo—. Oso. Zorro.

Papá suspira, bebe un sorbo de coñac y pasa la página.

—Tú, ven aquí —dice mamá—. Es hora de que te vayas a la cama.

Jenny muere en mis brazos.
Se duerme, no se despierta.
Mis lágrimas saben a sangre.

Días, no luz.
Horas días años.

carne y sangre carne bebida eso es todo lo que hay carne y sangre es todo lo mismo
pollo vaca cerdo = 3 todo eso es solo comer carne alimento energía todo es lo mismo
cambiar el mal en bien todos nosotros somos animales animales animales
carne y bebida
tus ojos líquidos

ya no lloro
demasiado tiempo
enfermo
nome importa la luz del túnel
no

esto es todo lo que sé
que ya no duele
esto es

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. Los Monkees es una banda de *rock* americana de los sesenta. (N. del T.) <<

[2] *Dog* en inglés perro. (*N. del T.*) <<